

El siglo XXI y el papel de la Universidad

30000
R. 1912
0572-36/2001

El siglo XXI y el papel de la Universidad

Una radiografía de
nuestra época y las tendencias
en la educación superior

Ángel Ruiz



Comisión Nacional de Rectores



Editorial de la Universidad de Costa Rica

Edición aprobada por la Comisión Editorial
de la Universidad de Costa Rica

Primera edición: 2001

Jefa de Planificación:
María Elena Camacho V.

Jefe de la Editorial:
Nimrod Cabezas M.

Dirección Editorial y Difusión de la Investigación:
Mario Murillo R.

© Editorial de la Universidad de Costa Rica
Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio".
Apdo. 75-2060. Fax: 207-5257
e-mail: editucr@cariari.ucr.ac.cr
San José, Costa Rica.

338.9

R934s

Ruiz, Ángel

El siglo XXI y el papel de la Universidad : una radiografía de nuestra época y las tendencias en la educación superior / Ángel Ruiz. - 1. ed. - San José, C.R. : Editorial de la Universidad de Costa Rica : CONARE, 2001.
252 p. : il. (algunas col.)

ISBN 9977-67-622-4

I. POLÍTICA ECONÓMICA - SIGLO XXI. 2. EDUCACIÓN SUPERIOR. I. Título.

CIP/ 897

CC/ SIBDI.UCR

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados.
Hecho el depósito de ley.

DEDICATORIA

*A la memoria de un hombre bueno, honesto y gentil,
de quien tuve la dicha de ser su amigo,
y con quien este trabajo tiene una enorme deuda:*

Jorge Vargas Carranza.

A su esposa Marcela Arguedas y a sus hijos Sebastián y Celina.

CONTENIDO

Índice de Cuadros	xi
Índice de Gráficos	xii
Siglas Usadas	xiii
Prefacio	xv
Agradecimientos	xix

Capítulo Primero

EL ESCENARIO HISTÓRICO GENERAL	1
• DEMOCRACIA, ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL	5
• MERCADO, ECONOMÍA Y ESTRUCTURA SOCIAL	16
• LA GLOBALIZACIÓN Y SUS CONTRADICCIONES	23
Multipolaridad	25
Globalización económica, transnacionales y especulación	27
Fragmentación y regionalización	30
• EL CAPITALISMO Y LAS ESTRATEGIAS DE DESARROLLO	33
Modelos de desarrollo	33
Tendencias económicas y la política del desarrollo	47
• EL GOBIERNO INTERNACIONAL	51
• LA MODERNIDAD QUE SE ESCAPA	58
Mercado, democracia y el progreso	63
Postmodernismo y crítica de la “Razón”	67
Una época de transición	71

Capítulo Segundo

EL DESARROLLO CIENTÍFICO Y TECNOLÓGICO 75

- LAS MEGATECNOLOGÍAS 78
 - La tecnología de la información 78
 - Comunicaciones, redes internacionales y cultura 80
 - Biotecnologías 85
 - Automatización 89
- EL IMPACTO DE LA TECNOLOGÍA EN EL CONOCIMIENTO Y LA ACADEMIA 91
- EL CONOCIMIENTO EN LA ECONOMÍA 94

Capítulo Tercero

EL DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO DE LAS NACIONES 105

- DIVERSIDAD Y DESIGUALDAD 106
 - La comparación 107
- ALGUNAS VARIABLES SOCIODEMOGRÁFICAS 111
 - Estructura demográfica 111
 - Tercera edad 114
 - Migración 115
 - Salud 117
 - La participación de la mujer 121
 - Pobreza y desarrollo social 123
- LAS PERSPECTIVAS DEL DESARROLLO HUMANO SOSTENIBLE 130
 - Sostenibilidad y colaboración internacional 130
 - Las posibilidades del futuro 133

Capítulo Cuarto**LA CULTURA DEL SIGLO XXI**

137

- EL ESCENARIO PARA LA CULTURA DE NUESTROS TIEMPOS 138
 - El influjo de los medios colectivos de comunicación 139
 - Educación, conocimiento y uso de tecnologías modernas 142
 - El mundo digital 144
 - La transformación de la cultura y la identidad nacionales 145
 - El influjo de lo local y la posición del individuo 147
- VALORES DE NUESTRA ÉPOCA 149
- EL LUGAR DE LA EDUCACIÓN 153

Capítulo Quinto**PRESENTE Y FUTURO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR**

157

- LA EXPANSIÓN DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR Y LAS VARIABLES DEL ESCENARIO HISTÓRICO 160
 - Expansión 160
 - Diversidad 163
 - El inevitable mercado 164
 - Globalización e internacionalización 165
 - El nuevo conocimiento en la educación superior 168
- LOS GRANDES EJES DEL DESARROLLO DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR 171
 - La relación entre educación superior y entorno social en el nuevo escenario 171
 - La educación permanente 176
 - Flexibilidad, reforma, multidisciplina y transdisciplina 181
 - La diversificación de la educación superior 186
 - Uso de tecnologías 190
 - La investigación 192

• LA EXCELENCIA ACADÉMICA Y LA PERTINENCIA SOCIAL	198
La comercialización de la academia	198
La calidad, la evaluación y la acreditación	200
Las finanzas y el papel del Estado	209
• UN RETO HISTÓRICO	213
NOTAS	217
BIBLIOGRAFÍA GENERAL	241
SOBRE EL AUTOR	251

ÍNDICE DE CUADROS

• Población mundial en edad activa, distribución relativa por sectores	19
• Valor total de fusiones y adquisiciones en alta tecnología, 1988, 1998	101
• Concentración del capital en empresas de alto contenido en conocimiento	101
• Demografía internacional por regiones	112
• Porcentaje de población urbana para algunos países de América Latina	114
• América Latina: esperanza de vida al nacer	119
• Salud en el mundo: algunos datos	120
• Mujeres: participación en algunos puestos	121
• Pobreza de ingreso en los países en desarrollo	124
• América Latina: algunos indicadores de pobreza	125
• Situación internacional de medios de comunicación	140
• Matriculaciones brutas en educación superior, 1985, 1995, porcentajes	161
• Científicos e ingenieros dedicados a investigación y desarrollo, gasto en el sector en educación, porcentajes en cada sector del país	193
• Publicaciones científicas de América Latina y El Caribe, 1986-1991	197
• Desempleo en algunos países desarrollados, 1995	226

ÍNDICE DE GRÁFICOS

SIGLAS USADAS

AAAS	American Association for the Advancement of Science.
AID	Agency for International Development
ALCA	Area de Libre Comercio de las Américas
AOD	Asistencia Oficial para el Desarrollo
BCIE	Banco Centroamericano de Integración Económica
BID	Banco Interamericano de Desarrollo
BM	Banco Mundial
CEE	Comunidad Económica Europea
CEFSA	Consejeros Económicos y Financieros SA
CEPAL	Comisión Económica para América Latina
CONARE	Consejo Nacional de Rectores
CONESUP	Consejo Nacional de la Educación Superior Privada
CONICIT	Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas
CRESALC	Centro Regional para la Educación Superior en América Latina y El Caribe
CSUCA	Consejo Superior Universitario Centroamericano
EEUU	Estados Unidos de América
EUA	Estados Unidos de América
FLACSO	Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
FMI	Fondo Monetario Internacional
GATT	General Agreement on Tariffs and Trade
I&D	Investigación y Desarrollo
IICE	Instituto de Investigaciones en Ciencias Económicas de la UCR.
ITCR	Instituto Tecnológico de Costa Rica
MEP	Ministerio de Educación Pública
MIT	Massachusetts Institute of Technology
NAFTA	North American Free Trade Agreement
NASA	National Aeronautics and Space Administration de los Estados Unidos
OCED	Organización para Cooperación Económica y el Desarrollo
OMC	Organización Mundial del Comercio
ONB	Organizaciones de base

ONG	Organizaciones no gubernamentales
ONU	Organización de las Naciones Unidas
OPES	Oficina de Planificación de la Educación Superior
OTAN	Organización del Tratado Atlántico Norte
PAE	Programa de Ajuste Estructural
PEA	Población económicamente activa
PIB	Producto Interno Bruto
PLN	Partido Liberación Nacional
PNB	Producto Nacional Bruto
PNUD	Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo
PUSC	Partido Unidad Social Cristiana
RACSA	Radiográfica Costarricense SA
SICEVAES	Sistema Centroamericano de Evaluación y Acreditación de la Educación Superior
SINAES	Sistema Nacional de Acreditación de la Educación Superior
UCR	Universidad de Costa Rica
UDUAL	Unión de Universidades de América Latina
UNA	Universidad Nacional Autónoma
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
UNED	Universidad Estatal a Distancia
UNESCO	Organización de las Naciones Unidas para la educación, la ciencia y la cultura
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
USAID	United States Agency for International Development

PREFACIO

En este libro haremos converger dos realidades que se podrían considerar por separado: el escenario histórico en que vivimos y, dentro de éste, la situación de la educación superior. La mayor parte de nuestro estudio buscará interpretar este escenario en el que estamos sumergidos; si se quiere: un balance y perspectivas de la sociedad mundial en que vivimos. Eso nos conducirá a la economía, la política, la sociología e, incluso, la filosofía. Ineludiblemente, tendremos que abordar la situación de la cultura, el lugar de la educación y de los valores del nuevo orden social, en un nudo colectivo imbricado e interdependiente con los mundos del trabajo, del conocimiento, de las estrategias colectivas para el desarrollo humano. Pero, es necesario advertir, el lector encontrará un énfasis, una vocación subyacente, con valorizaciones y subrayados, “negritas”, signos y llamados de carácter casi multimedia, en las características que se analizan: la búsqueda por comprender el significado y el destino de la educación superior en ese escenario.

¿Por qué este “privilegio” para la universidad? Sin duda, en ese territorio, como una opinión abstracta, nadie se atrevería a negar la relevancia de la educación superior, como parte constitutiva del destino de las naciones, y cada día más decisiva. Pero la vida transcurre también en otros planos, de carne y hueso. Ya en concreto, el asunto podría ser colocado dentro de otra perspectiva, al fin y al cabo todo lo que refiere a educación no se logra apreciar más que en tiempos generacionales, es el dominio de los intangibles. Ahora bien, la educación superior siempre ha sido más o menos importante. ¿Por qué nuestra valoración posee ahora un sentido más drástico? En su justa proporción: el significado de la *universitas*, su lugar y su futuro, está definido por la época de la que somos hijos, que, esto es lo esencial: no es cualquiera. La palabra “caliente” del nuevo siglo es conocimiento, y en su gestación, configuración y utilización está el alma de la universidad. La fase histórica que vivimos coloca a la educación superior en la primera línea, con extraordinarios recursos, posibilidades insospechadas, y, sobre todo, muchos retos. Nos encontramos en un momento en que se reclama un nuevo pacto entre la Sociedad Civil, el Estado y la Educación Superior, otro matrimonio. Su significado y su nueva misión sólo se podrán entender a partir del escrutinio cuidadoso de las entrañas de ese escena-

rio histórico. Nuestra interpretación de este tiempo, de nuestra realidad, en sus dimensiones políticas, económicas, sociales, y, especialmente, en las perspectivas, buenas y malas, fundamentará nuestra explicación del papel de la universidad, y, más lejos, concurrirá en el trazo de orientaciones precisas, incluso prescripciones, para la educación superior. Escenario histórico y educación superior: una convergencia, de nuevo, inevitable.

Nuestra aproximación nos llevará a buscar respuestas para preguntas que, además de tocar el tejido político y económico, rozan necesariamente la filosofía y la epistemología sociales. ¿Estaremos sumergidos realmente en una nueva época? ¿Bastarán los poderosos cambios en la geopolítica y en la tecnología para catapultar nuestra especie hacia otro mundo? ¿Existe la *postmodernidad*? O, más bien, ¿seguimos en un mundo con las reglas idénticas aunque exacerbadas que configuraron la modernidad? Nuestra especie: ¿se mueve en la línea invisible del progreso? ¿Es la globalización un paso más en la occidentalización del planeta? O, en ruptura con el eurocentrismo tradicional: ¿nos espera en la esquina cercana un *crash* de civilizaciones? Estos temas aparecerán recursivamente en nuestro estudio, a veces tratados de manera explícita y a veces como un trasfondo de una descripción y un análisis del mundo que vivimos.

Pero no queremos permanecer en la incertidumbre. Nuestra visión va a afirmar la realidad de un proceso de *transición*, no sólo engendrado por el fin de la Guerra Fría, ni por un cambio de siglo, sino por condiciones aun más generales. En nuestro análisis se buscará la perspectiva más amplia, la que nos conducirá a una valoración histórica que responda a una de las preguntas de arriba. Y seremos claros: afirmaremos el desprendimiento de la modernidad y, lo que es esencial, un *cambio de época*. Dentro de ese escenario general, ubicación de espacio pero sobre todo *tiempo*, de vida, procederemos a estudiar algunas de las condiciones económicas y políticas. El replanteo de dos grandes vectores: la democracia y el mercado, un balance y perspectivas. Aquí convergerán en nuestro foco las ideologías, el Estado, la sociedad civil y casi todas las dimensiones sociales que se ven afectadas por la gran transición. No podremos interpretar este escenario histórico sin brindar una especial relevancia a la llamada *mundialización* o *globalización*, con su cortejo de consecuencias, promesas, retos y contradicciones. Y aquí introduciremos una reflexión sobre las estrategias o modelos de desarrollo nacional, confrontación de posibilidades, decursos, alternativas. Estas poderosas fuerzas de lo internacional y lo global, reclamo de política y acción colectiva lúcida, nos conducirán, inevitablemente,

a revisar el *estatus* de las organizaciones de la vida internacional y explorar el posible destino de un gobierno internacional.

Establecido el escenario histórico más general en sus componentes políticos y económicos, resultará esencial la consideración de las dimensiones cognitivas en el decurso mundial: factores centrales en la definición de estos tiempos. Las macrotecnologías serán revisadas, pero, también, la estructura de relaciones internas entre ciencias y tecnologías. De igual manera, será importante para nosotros analizar el impacto del conocimiento y su utilización en la economía, que ha alterado las reglas en torno a los factores de la producción.

El influjo combinado de cambios y rupturas de épocas políticas, modelos económicos y progreso del conocimiento no se da, sin embargo, en un mundo abstracto. El culto a la ideología abstracta debe desaparecer para morder el tejido vivo de la realidad. La estructura social, nacional y regional, mundial, está cargada de la disparidad, de lo desigual. Y todo se fragua en el mismo planeta: la diferencia se vuelve concreta en la combinación *simultánea* de desarrollos. Las grandes variables sociodemográficas adquieren su rostro preciso en esta disparidad: la explosión poblacional, la pirámide social, la salud, el género, nos permiten mostrar la configuración de nuestro mundo. Esto nos permitirá incursionar en la perspectiva que nutre nuestro análisis: las posibilidades contradictorias del desarrollo humano sostenible y el progreso de nuestra especie en el escenario del Siglo XXI.

Para nuestros propósitos en este trabajo, una vez radiografiadas economía, política, conocimiento y perspectivas de la historia, se volverá esencial incidir directamente en grandes líneas de la cultura de nuestra época. Aquí, en la convergencia ineludible de educación, cultura y valores de la sociedad globalizada, podremos palpar la fibra con la que están contruidos nuestros tiempos, como una introducción al análisis de las principales características, variables de situación y ejes de desarrollo de la educación superior en el planeta. En lo que se refiere a la educación no iremos más allá de las fronteras de lo necesario para poder incursionar en el submundo de la *universitas*.

Hacia el final de nuestro libro buscaremos construir nuestro discurso intelectual confrontando decisivas interrogaciones que presionan nuestras sienas. ¿A dónde va la educación superior? ¿Cuál será su lugar en el nuevo siglo? ¿Cuál será la relación entre universidad y economía? ¿Destruirá la globalización el modelo de la universidad que tuvimos antes? ¿Existió, realmente, ese

modelo, o siempre han habido varios? ¿Será el humanismo una meta de la nueva etapa de la educación superior? ¿Estamos ya, desde hace años, en una nueva fase de la evolución de la *universitas*? ¿Hay aquí diferencias de fondo entre los países del Norte y del Sur? ¿Cuál es el significado de la excelencia académica y el de la pertinencia nacional de la educación superior? Estos son solamente unos cuantos de los interrogantes que queremos abordar en este libro. De muchas maneras, el análisis conducirá a revisar las perspectivas de la misión y fines de la educación superior, y al replanteo de las relaciones entre ésta y la sociedad que la nutre.

En todo momento, se buscará la perspectiva más amplia, privilegiando el análisis cualitativo aunque introduciendo el dato cuantitativo para subrayar la validez de nuestra incursión intelectual. Muchas de las ideas evaluadas, criticadas o sugeridas pueden vincularse a las tareas que nuestra región y nuestra sociedad tienen por delante. No hemos querido hacer explícitas las vinculaciones, pero no es difícil verlas en el trasfondo de esta disquisición que busca apuntalar el significado y la relevancia de la educación superior en el complejo escenario que vivimos.

Este libro se realizó con base en una investigación concluida por este autor en 1999, para el Consejo Nacional de Rectores de Costa Rica, la cual dio origen a un extenso documento: *La educación superior en el nuevo contexto histórico*. Aunque la mayor parte de esta obra fue elaborada antes de mayo de 1999, en varios casos, también integra en el análisis situaciones, datos y fuentes obtenidas posteriormente, y, por supuesto, amplía las opiniones y construcciones intelectuales de este autor que fueron condensadas en el documento mencionado.

Ángel Ruiz

Director

Centro de Investigaciones Matemáticas y Meta-Matemáticas

Universidad de Costa Rica

8 de setiembre del año 2000

AGRADECIMIENTOS

Este libro fue posible solamente con el apoyo y la ayuda de muchas personas. Por eso, deseo consignar mi agradecimiento a todas ellas. En primer lugar, en especial, al Dr. José Andrés Masís, Director Ejecutivo de CONARE-OPES, por sus lúcidas indicaciones e intercambios intelectuales fructíferos que, de muchas maneras, estuvieron presentes a lo largo de la elaboración de esta obra. El apoyo del Dr. Jorge Vargas Carranza (q.d.e.p.) fue, también, importante: no solo me suministró documentos, datos, lectura de borradores y valiosos consejos, sino que fue responsable en buena medida de que este proyecto se desarrollara. Al Consejo Nacional de Rectores, institucionalmente, muchas gracias por sostener de tantas maneras la elaboración y publicación de esta obra. De igual forma, en el decurso propio de la investigación, debo reconocer la ayuda cuidadosa de la Dra. Vera Barillas Solís, y en la logística misma, debo consignar el trabajo del Ing. Mario Castro Zamora. A tod@s ell@s deseo expresarles mi agradecimiento sincero. Por supuesto, no sobra decir que soy completamente responsable del uso del apoyo e información que me dieron y, por eso, de los defectos y omisiones que este trabajo pueda presentar.

Mi agradecimiento para el Ing. Mario Murillo, Presidente de la Editorial de la Universidad de Costa Rica, por su apoyo permanente en estas aventuras académicas, y también para el Ing. Nimrod Cabezas, su Jefe Editorial, y la Licda. María Elena Camacho, Jefa de Planificación y Producción, por su gentil colaboración y eficaz dedicación para que este libro pudiera ver la luz pública.

No deseo dejar por fuera en esta página un reconocimiento de otro tipo: esta obra no habría sido posible sin la solidaridad, paciencia y comprensión de Susanne, Julián y Sebastián, mi familia, quienes tuvieron que “sufrir” los avatares que en la vida cotidiana siempre supone la elaboración, el parto, de un libro.

Ángel Ruiz

CAPÍTULO PRIMERO

EL ESCENARIO HISTÓRICO GENERAL

Si hubiera que ponerle fecha al ingreso del Siglo XXI en la historia, deberíamos señalar a 1989, el año de la destrucción del Muro de Berlín, o a 1991, cuando Mijaíl Gorbachov colocó una lápida definitiva sobre la URSS. ¿Por qué escoger estos linderos? ¿No sería mejor acudir al dominio cognoscitivo o a la economía como sus vectores de definición? Si bien, retrospectivamente, es posible visualizar el inicio de una nueva época con la revolución *científicotecnológica* que siguió a la Segunda Guerra Mundial (que se intensifica cada día) o a partir de la nueva economía postcapitalista que, desde entonces, nutre crecientemente el planeta, la realidad es que casi todo se jugó en la arena política: la historia se habría podido enrumbar de otra forma en presencia de otros desenlaces políticos. La nueva edad enseñaba su fisonomía desde antes, pero primero había que resolver “contradicciones” medulares del Siglo XX; y antes de la década de 1980 nada podía ser seguro, o, lo que es igual: el derrotero de la humanidad podía haber sido otro, como cuando decimos que, en los años 1940, todo habría sido diferente si Hitler hubiera ganado la guerra. No por ser testigos de las vicisitudes de este proceso y esto nos provoque alguna inhibición intelectual, podemos reconocerle un valor menor: el vector que ha permitido delimitar el inicio de una nueva fase es político, y se cristalizó con la caída del comunismo soviético. Se podría afirmar que mientras que la Primera Guerra Mundial cerró el Siglo XIX y fue la partera del XX, la implosión del mundo soviético sepultó al Siglo XX y abrió el XXI. Aquella engendró las dinámicas que dieron origen tanto al nazismo como al comunismo real (gemelos en la represión y el crimen de masas), pero también un relieve internacional decisivo de los EUA: razones y protagonistas relevantes de la Segunda Guerra Mundial, de su desenlace. Como afirma el historiador británico Eric Hobsbawm, se trata de un “corto” Siglo XX (si se compara con un “largo” Siglo XIX).

Los EUA ya eran una potencia antes de estallar esta segunda conflagración mundial: combinación de recursos naturales y humanos, fortaleza institucional y democrática, vigorosa economía y una “prudente” conducta interna-

cional "aislacionista" que la preservó intacta fuera de las guerras europeas (la intervención justa en momentos apenas adecuados para fortalecer su posición). Con la URSS es otra historia: apenas como una nación sobreviviente antes de la Segunda Guerra Mundial, y después de ser pieza central en la derrota de Hitler, emergió de la guerra como una gran potencia. El Ejército Rojo llegó a ocupar casi toda Europa y parte de Asia del Este, dando a luz nuevos regímenes comunistas, y, a pesar de la disolución de la *Komintern* algunos años antes (para favorecer una alianza contra Alemania), la URSS nutría y se nutría de grupos de apoyo en todo el planeta, algunos de ellos con serias posibilidades para acceder al poder. La Primera Guerra Mundial había parido un régimen soviético en lo que había sido el mundo zarista, la Segunda expandió el comunismo en una escala inimaginada. Ni siquiera las nuevas máquinas de guerra se interpusieron en su camino. En poco tiempo, con el concurso de científicos alemanes extraídos algunos del mismo Peenemünde, la URSS se encontró en posesión de la bomba atómica, con lo que los EUA y las potencias capitalistas occidentales no podían derrotarla militarmente, ni siquiera echando mano a ese tétrico producto de Los Alamos usado en Hiroshima y Nagasaki. Había empezado la Guerra Fría. Y, con ella, la polarización política, el mercado mundial dividido, la sobreestimación de lo ideológico y fortalecimiento de la geopolítica.

El antagonismo entre los Estados Unidos y la Unión Soviética como superpotencias definió los tiempos. ¿Democracia versus totalitarismo? ¿Capitalismo versus comunismo? Más que dos países poderosos se trataba de dos sistemas sociales, políticos y económicos en pugna con amplio poder: un mundo *bipolar*, alrededor del cual giraron muchos de los desarrollos nacionales e internacionales. Esa polarización no condujo a una guerra mundial, aunque sí a varias guerras locales de diferentes intensidades a lo largo del planeta. La Guerra Fría produjo una importante distorsión en las relaciones entre las naciones, dispositivos económicos y políticos y, en general, toda la vida social; por ejemplo: algunas naciones utilizaron el contexto para elevarse al primer mundo, otras de débil desarrollo económico con la "ayuda geopolítica" ocultaron sus limitaciones, y hasta tuvimos países de democracia avanzada que apoyaron dictaduras retrógradas por el solo hecho de levantar la misma bandera. La polarización simplificó el mundo en dos bandos frente a los cuales había que tomar partido. Aunque la economía capitalista siguió siendo la economía central del mundo, los mercados se habían visto divididos por razones políticas y de conveniencia militar (mercados divididos afirmaban una forma de economía). La

autonomía de los procesos nacionales se vio tremendamente deformada por esta polarización mundial.

Pero vayamos a otros asuntos: la ideología necesaria para poder amalgamar y cohesionar bloques geopolíticos, también, jugó un papel importante. Al ser el comunismo una ideología muy poderosa anclada en la historia desde el Siglo XIX, sus premisas hacían referencia a muchas dimensiones de la vida social e incorporaban elementos de la "modernidad" que no se podían desestimar unilateralmente. Para Peter F. Drucker, un agudo analista de nuestro siglo, el marxismo constituyó la ideología más importante hasta nuestros días y representó el equivalente de una "religión secular", con gran poder de convocatoria, que se extinguió a la par de la apertura de una nueva época. O como dice el gran intelectual mexicano Octavio Paz: "Una de las razones del poder de contagio de las ideologías totalitarias y, sin duda, la causa profunda de su caída, fue su semejanza con la religión. El comunismo se presentó en más de un aspecto como la continuación y la transfiguración del cristianismo: una doctrina universal para todos los hombres, un código fundado en un valor absoluto: la Revolución y, como remate, la fusión de cada parte con el todo, la comunión universal."¹ La confrontación geopolítica, entonces, era solo una de las dimensiones involucradas en un debate cultural y socialmente más amplio. Por eso, en gran medida, las tensiones ideológicas ocuparon un papel distorsionador con relación a la vida política cotidiana. En general, los acomodamientos y reacomodamientos con base en criterios geopolíticos crearon una realidad internacional con características inequívocas, varias de ellas reñidas fuertemente con el progreso humano.

La implosión del mundo soviético y la caída de la Guerra Fría constituyen el inicio de la derrota del comunismo en la perspectiva histórica. Es casi imposible que a los 400 millones de personas en Europa Oriental y la Comunidad de Estados Independientes, no se sumen en pocas décadas esos 1.300 millones de China, Corea del Norte, Viet Nam, y Cuba. No se sabe si el Siglo XXI será democrático, es poco probable que sea capitalista *stricto sensu*, pero no será comunista. Geopolítica y economía se imbrican en una manera diferente, con relieves y pesos distintos, y constituyen una nueva realidad: se transforman todas las dimensiones de la vida internacional, y se crean nuevos procesos o potencian otros (algunos, más o menos, subterráneos) que convivían y se desarrollaban dentro del anterior orden histórico. Citemos los ejemplos evidentes: una redimensión de lo económico, de lo *cientificotecnológico* o de lo

cognoscitivo, de los valores individuales y colectivos (paz, seguridad, sostenibilidad, calidad de vida), una reconstrucción de las funciones de los entes internacionales en cada latitud, una transformación de la cultura nacional, una modificación de las expectativas sociales y de los estilos colectivos de desarrollo, un reavivamiento de fundamentalismos políticos, ideológicos, religiosos, una renovación de nacionalismos, regionalismos y tribalismos, y, como es natural, un reacomodo de los grupos sociales, políticos y económicos nacional e internacionalmente, etc. Todo esto sin mencionar la expansión exponencial de la mundialización de la vida.

¿Cómo organizar todos estos elementos que describen un nuevo escenario mundial? ¿Qué cartografía usar para integrar los nuevos tiempos? Inevitablemente, dejaremos varios asuntos por fuera, pero nos concentraremos de primera entrada en los siguientes: el *status* de la democracia, la relación entre Estado y Sociedad Civil, el lugar del mercado, la internacionalización y mundialización de la vida, los modelos de capitalismo y las estrategias posibles de desarrollo nacional, así como las posibilidades de un gobierno internacional. Esta primera descripción nos permitirá buscar la perspectiva histórica más amplia que refiere a los grandes cambios de época, el gran recipiente invisible en el que adquieren su rostro completo todas las cosas, en especial la educación superior.

DEMOCRACIA, ESTADO Y SOCIEDAD CIVIL

La democracia como forma de convivencia colectiva se ha dado, recreado y reinventado de muchas maneras a lo largo de la historia de la humanidad, pero nunca ha tenido la relevancia social ni tampoco pudo progresar tanto como en esta segunda parte del Siglo XX. A veces es fácil olvidar que, no tan lejos, en los años de nuestros padres y abuelos, por ejemplo entre 1914 y 1942, la democracia liberal solamente existía en unos cuantos países de América, en algunos de Europa Occidental y Australasia. La mayoría de la humanidad vivía, como siempre, bajo regímenes más o menos despóticos y autoritarios, y carentes de un ejercicio democrático. La derrota del fascismo abrió vías para el fortalecimiento de la democracia representativa, aunque, paradójicamente, también, expandió los regímenes estalinistas, llegando éstos a cobijar una tercera parte de la población mundial. En nuestro tiempo, el desplome del mundo soviético abrió, de otra manera, otra fase en la evolución de la democracia liberal.

Ya desde la década de los ochenta, en varias partes del mundo se habían vivido procesos de democratización, caída de dictaduras, un sustancial retroceso de los sectores militares en las decisiones políticas nacionales más importantes y crecimiento de la sociedad civil y de las oportunidades ciudadanas: un dividendo radicalmente positivo. Aunque fue una época de crisis económica para muchos países, como por ejemplo para América Latina, tanto que se habla de una "década perdida", no puede perderse de vista el progreso en la participación civil y en las formas de convivencia democrática. Todo esto se potencia en la escala histórica con la caída del comunismo soviético, regímenes que restringieron las libertades ciudadanas y los derechos humanos de millones de personas durante muchas décadas. Ese es un punto de partida. Pero, no puede dejar de consignarse, este desarrollo no ha sido unívoco y libre de contradicciones; en la vida social nunca se va en una sola dirección, nunca existe una tendencia con un solo signo: como las resultantes vectoriales, sumas de fuerzas en varias direcciones. La caída del mundo soviético, también, fortaleció tendencias políticas conservadoras y negativas para la misma democracia, y la cohesión y estabilidad sociales. Más aun, no debemos perder las dimensiones de la realidad: más de un 25% de la población mundial no vive en regímenes relativamente democráticos y pluralistas. Y muchos de los que se denominan

democráticos distan mucho de haber desarrollado una auténtica vida democrática. Inestabilidad, guerra, represión, dictadura, síndromes del pasado y del presente. No hay que ir a Timor Oriental o Indonesia, o al África de las rivalidades tribales (resultado de una historia también tejida por los europeos), para encontrar la evidencia de nuestra afirmación. Ahí está el gigante ruso asediado por la inestabilidad política, la corrupción, el chauvinismo nacionalista y la guerra; y los Balcanes siguen siendo un corredor densamente minado por la etnia, la religión, la política, y en el que esperamos cada día una nueva sorpresa, o, más cerca de nuestra sangre: la acción terrorista en el País Vasco que no se logra sepultar. ¿Paz, consensos civiles, respeto? ¿Cuál es el destino de la convivencia democrática en estas regiones? Hay elecciones, ¿y qué?

Y, para señalar otra dimensión, a principios del año 2000, ¿acaso no nos debe llenar de preocupación el ascenso al poder en Austria de grupos políticos que evocan al nacionalsocialismo, la xenofobia y al mismo influjo de Hitler (los cuerpos de seguridad de las SS eran "gente decente y de gran carácter que merecían todo honor y respeto histórico"), el Partido de la Libertad de Joerg Haider; las preguntas sobre el futuro de la democracia y la solidaridad humanas son muchas: ¿se potenciará el ejemplo austriaco un fortalecimiento de grupos xenófobos y autoritarios en el mismo corazón de Occidente?, ¿cuál será el destino de los inmigrantes, en la sombra de esta globalización que todo lo invade?

Una pincelada sobre la misma América Latina nos ratifica un diagnóstico en el mismo sentido de altibajos y complejidad: Jamil Mahuad en Ecuador zozobró y cayó a principios del 2000, como producto de una crisis de gobernabilidad, acuciada por la reacción ante medidas económicas de austeridad y en donde concurren la bota militar, la manipulación de los indígenas y la ineptitud de sus gobernantes y legisladores; y qué decir de Venezuela con un Hugo Chávez (militar exgolpista) que llegó a la presidencia e incluso logró reelegirse, y cambiar la Constitución, más que por sus propias credenciales y por un mensaje populista, por la incapacidad y corrupción de los grandes partidos tradicionales y la crisis interna del sistema democrático en el país; y no se debe olvidar Paraguay que vivió también una crisis profunda de *ingobernabilidad* ante un enfrentamiento abierto entre los principales poderes del país, que obligó al presidente Cubas a escapar del país y a su protegido Oviedo (otro militar golpista) a asilarse en Brasil, y luego, ya en mayo del año 2000, el gobierno conjuraba el tercer levantamiento militar de los últimos 4 años. Ahí está Colombia que no descansa en paz asediada por guerrillas izquierdistas, grupos

paramilitares, narcotraficantes: un fragmentado mundo cotidiano de inseguridad y escepticismo ciudadanos. ¿Cómo juzgar la era "Fujimori" del Perú para conjurar progreso económico, derrota de la guerrilla, y autoritarismo antidemocrático sostenido por el ejército? ¿Cómo conjurar la corrupción vulgar que, como en Nicaragua, conspira seriamente contra las posibilidades de la democracia? No se puede pasar por alto: en Centroamérica todavía se requerirán muchos años para que la democracia representativa, la vida del consenso y la paz social sean parte del tejido íntimo de la sociedad. ¿Un balance? La sustitución democrática de gobernantes es apenas un punto de partida. Los regímenes políticos de Venezuela, Perú y Ecuador se han apoyado en el ejército, y su mano se percibe en otros gobiernos desde Guatemala a la Tierra del Fuego: ¿estaremos volviendo a formas de gobierno militar con una fachada democrática, eso sí, renovadas por el nuevo escenario (en el que ya no hay Guerra Fría, y los gringos no desean sostener dictaduras)? ¿La dictadura latinoamericana "new age"? ¿Razones o sinrazones? La desigualdad social perniciosa, la corrupción, la delincuencia galopante, debilitan la credibilidad de los gobiernos civiles, y nutren el protagonismo de los militares. Gran territorio para la inseguridad, para la preocupación y hasta el pesimismo: ¿qué esperar ante, por ejemplo, la impotencia mostrada por la comunidad internacional en las elecciones peruanas que en junio del 2000 daban un tercer mandato a Fujimori?² Nada es seguro, sin embargo: lo que la OEA no pudo hacer, y mucho más que eso, lo logró un vídeo casero revelando la corrupción, con nombre Montesinos, que obligó a Fujimori a renunciar en setiembre de ese mismo año. Un mundo de paradojas.

Resumimos: el destino de la democracia solamente puede colocarse en esta perspectiva que relativiza cualquier tendencia que se conceptualice: globalmente, ha habido progreso democrático, pero el camino que queda por delante está lleno de nubarrones, incertidumbre y mucha complejidad. Pero vayamos a asuntos más teóricos.

El tema de la democracia invoca actores sociales fundamentales de la construcción nacional moderna: la sociedad civil y el Estado. En los últimos años, al igual que el cadáver del "socialismo científico" hemos visto corretear el fantasma del liberalismo decimonónico. Desde el punto de vista más avanzado para la especie humana, y en particular, es necesario consignar que se ha dado una especial reevaluación del papel del Estado. Aquí ha habido mucha discusión y, a veces, mucho incienso. Muchos, a pesar de las heridas recientes y los fracasos del comunismo (o tal vez por ello: ¡la psicología!) han defendido

hacerlo más grande, y otros argumentado hacerlo más pequeño, pero los criterios más lúcidos se orientan, más bien, a reinventarlo, de tal manera que pueda cumplir sus tareas eficaz y eficientemente de cara al nuevo orden histórico: del "tacticismo" político a un papel estratégico y prospectivo. En la misma dirección, al debilitarse algunas razones de la tantas veces manipulada "seguridad nacional", se ha puesto en relieve un papel concertador hacia las políticas internas de las naciones: la búsqueda de los consensos para lineamientos de largo alcance que permitan que diferentes estratos de la vida social, política y económica de una nación se pongan de acuerdo en el devenir nacional. Pero el asunto que se ha invocado es aun más general: un replanteamiento de las relaciones entre la sociedad civil y el Estado y, si se quiere, entre lo público y lo privado. Esto inevitablemente ha conducido a una revaloración de la *participación ciudadana* y el papel de la democracia.

Nos parece pertinente hacer aquí una pequeña digresión sobre este último tema para así evidenciar la perspectiva que nutre nuestra visión del desarrollo actual de la sociedad y sus retos. Empecemos por lo más general, por una premisa metodológica: pensamos que se debe poseer una óptica *histórica* para entender que a veces la intervención estatal debe ser una y en ocasiones debe ser otra. Es decir, lo fundamental siempre será adecuar la esfera de intervención del Estado a las condiciones históricas y nacionales precisas en las que se vive. Es probable que en ciertas circunstancias algunas acciones estatales sean correctas y apropiadas para un país y, también, es perfectamente probable que, en otro momento, esas mismas acciones se conviertan en un freno para el desarrollo del país. Sin un misticismo ideológico y político, se impone el análisis concreto de la situación concreta. Nuestro criterio: adecuada intervención del Estado en beneficio de la libertad individual y colectiva y de la sociedad civil, *en un momento histórico y en condiciones nacionales específicas*. El papel del Estado siempre debe comprenderse como histórico, concreto y, por ello mismo, siempre *temporal*.

El fracaso del modelo *estatista* del comunismo no debe llevar a la conclusión de un Estado *minimal*, expresión, más bien, de un dogma ideológico. Cortamos el nudo gordiano: el Estado debe ser *fuerte* (grande o pequeño en dependencia de la realidad), con capacidad y autoridad para poder establecer los lineamientos directivos de la sociedad, y garantizar las condiciones básicas en las oportunidades para los diferentes estratos sociales. Lo decisivo, aunque formulado de manera muy abstracta: el Estado debe estar *al servicio de la so-*

ciudad civil. Creemos que es una lección histórica inapelable: la única alternativa en el largo plazo para asegurar el progreso en una colectividad debe fundamentarse en la fortaleza de la sociedad civil. En ese sentido, las posibilidades para un *desarrollo sostenible* son directamente proporcionales a la fuerza y capacidad de la misma, y solamente ahí deberá definirse el papel del Estado moderno. El Estado, entonces, debe ocupar los espacios que la sociedad civil no puede asumir, lo que, por supuesto, insistimos, es un asunto histórico y específico para cada nación. Más lejos aun, el Estado debe concebirse como promotor del fortalecimiento y expansión de los espacios de la sociedad civil.

Ahora bien, por más simpatía que pudieran despertar los añejos ideales anarquistas de ausencia de Estado, autoregulación civil, progreso libertario (y todos sus parientes ideológicos decimonónicos), no se puede negar la relevancia del mismo en las sociedades vivientes, las de carne y hueso. Esto no es ideología, ya es historia. La sociedad moderna ha colocado en manos del Estado responsabilidades políticas públicas esenciales para el progreso colectivo; no solo en aquellas clásicas dimensiones como la defensa de la cohesión colectiva, la preservación del territorio, de la seguridad o la formación ciudadana, sino también en territorios prohibidos para el liberalismo clásico, por ejemplo: intervención directa para promover la producción y el crecimiento económico o creación de empresas estatales, así como, de igual manera, construcción de dispositivos con el propósito de reducir la desigualdad social y democratizar el progreso colectivo.

Es en este territorio donde debe colocarse la discusión en torno al tipo de Estado para las estrategias nacionales de desarrollo. Por ejemplo, el Estado encuentra un lugar privilegiado en las grandes inversiones en educación, infraestructura, formación humana, conocimiento, salud, que son fundamento, por ejemplo, de esa nueva economía de la que todo el mudo habla, en proceso después de la Segunda Guerra Mundial.³ Pero, también, en asuntos que tienen que ver con la protección del entorno nacional para permitir el crecimiento y la potenciación de las mismas empresas locales frente a contextos internacionales adversos, o para garantizar a la población servicios apropiados a costos razonables. El Estado ha podido ocupar inteligentes y decididos papeles en la regulación, gestión y en la dirección estratégica de la actividad económica (cuyos contornos precisos han dependido de la situación concreta), y ha servido como un poderoso instrumento para propiciar el desarrollo de una nación. Y esto debe asumirse como otra lección práctica de la historia.

Detengámonos un poco más en este asunto. La economía capitalista ha sido uno de los principales nutrientes de la sociedad moderna, de la construcción tecnológica, de la ampliación de la calidad de vida, y la empresa privada uno de los principales instrumentos del progreso colectivo además del individual. Pero tiene sus fronteras, y más aun sus problemas. Por ejemplo, en las actividades de largos plazo y ejecución que escapan la seguridad de la ganancia del inversor, tocamos directamente esos límites (aunque "largo plazo" es relativo). Y lo mismo sucede cuando la dinámica económica promueve la concentración y el monopolio, o cuando lo que está en el tapete es una solidaridad colectiva reñida con el beneficio individual. ¿Cómo negar que la competencia capitalista además de competitividad y progreso puede engendrar la desigualdad o el desprecio de valores humanos fundamentales?

En todo esto no hay que perder la perspectiva. Una lectura equivocada de la realidad, que sobrevaloró los aspectos negativos del capitalismo, fundamentó la catástrofe del comunismo, como estrategia hipertrofió el Estado y anuló la sociedad civil, la democracia y el crecimiento económico. El balance histórico es aquí cristalino. "Prueba superada", esperamos. Sin embargo, lo que se ha debido imponer siempre, no se debe perder la perspectiva, es un papel regulador, estratégico, defensor y constructor del bien común, por parte del Estado.

"Zapatero a tus zapatos", dice el refrán. No hay que pedirle a la empresa capitalista tareas para las que no está preparada, que no le competen, y nunca se deben olvidar los problemas que genera, su tensión con los valores que pueden sostener el destino de nuestra especie. Establecer fronteras, delimitar espacios, he ahí el *quid* de este asunto, pero no se trata de un *diktat a priori*, doctrinal, se trata de un asunto a definir con el concurso de la historia, y en armonía con el tejido íntimo de cada sociedad. Al igual que no se puede prescribir una intervención económica específica, no se puede hacer lo contrario. Todo dependerá del escenario en juego. No todo será válido, por supuesto, ya hay historia y aprendizaje. Pero se impone el principio metodológico de la flexibilidad y el pragmatismo.

Hay muchos ejemplos de cómo el Estado, bajo diferentes circunstancias, puede servir no solamente como generador de acciones de amortiguación de las pérdidas que puede suponer el comercio internacional sobre los trabajadores o empresas nacionales, sino sobre el éxito mismo de la producción. Es difícil poner en duda que en la recuperación europea de la posguerra si bien pesó el

comercio internacional (condiciones que promovió EUA), también lo hizo la intervención estatal para generar un Estado benefactor y un capital humano altamente calificado: fundamentos de una nueva competitividad. No se debe olvidar tampoco, otro ejemplo, que en su exitoso despegue en los años 60 para Taiwan y Corea del Sur las empresas estatales, una mayoría, resultaron un importante instrumento económico. Y no hablemos del Japón. ¿Lecciones para el desarrollo? Apropiadamente señala el economista y profesor de la Universidad de Harvard, Dani Rodrik:

“La lección de largo plazo que se extrae tanto de Europa como de Asia, es que quienes lograron el éxito en la globalización, tuvieron gobiernos que simpatizaban con el mercado, pero que intervenían activamente, que contaron con una adecuada seguridad social, y que se integraron a la economía mundial en sus propios términos. Esta lección contradice mucho de lo que hoy se considera el sentido común —que la globalización requiere de estados pequeños, que los sistemas de seguridad social deben ser reducidos, y que existe un único modelo (léase estadounidense) al cual todos los países tendrán necesariamente que converger.”⁴

El asunto del progreso económico invoca competitividad, exportación y comercio agresivos, pero, también, un grado de intervención estatal sobre la economía y la sociedad que dependerá determinar en forma específica. Y además, para no dejar dudas, como veremos más tarde, hay más que economía en todo esto: la cultura cada vez más se afirma como el factor decisivo para el mismo avance económico.

Es interesante señalar los cambios en la ideología sobre el desarrollo que se dieron en la segunda mitad del Siglo XX. Durante los años 50 y 60, tuvo gran influencia el *desarrollismo*, aun con variantes más radicales durante los años 70. En los años 80, se dio un cambio sustancial: un movimiento pendular en la política e ideología que se concentró en tres aspectos fundamentales (“the Washington consensus”). Por un lado, la estabilidad macroeconómica, por el otro un papel reducido del gobierno en la economía apuntalando la desregulación y la privatización, y finalmente una mayor apertura al exterior reduciendo las barreras al comercio y con una aproximación menos promotora de la inversión de capital extranjero. Este esquema se vio fortalecido por la existencia de gobiernos conservadores en varios de los principales países industrializados

(Reagan, Thatcher, Kohl). A este proceso debe sumarse la caída del comunismo soviético. No debe dejarse por fuera, tampoco, una lectura parcial y distorsionada de la experiencia del capitalismo asiático (que vio allí todos los elementos que se usaron como banderas, a pesar de que solo se encontraba la promoción agresiva de las exportaciones). Con la mayor influencia adquirida por el FMI y el BM, estos elementos ideológicos y políticos para el desarrollo fueron impuestos en muchísimas naciones. Muchas veces, sin importar las consecuencias en el tejido social y en la estabilidad política de los países. Ya en los años 90, en las mismas agencias internacionales se expresaron dudas acerca de la eficacia de las propuestas de los años 80 (por ejemplo, un serio cuestionamiento de la eficacia de la privatización como medio para favorecer la competitividad). Con relevancia especial, los planteamientos de los japoneses, que han reiterado los beneficios de una estrategia capitalista diferente, similar a la seguida por este país y otros asiáticos en las últimas décadas. Y, por supuesto, en estos cambios de percepción en la década de los 90 no está excluida la *real politik*: en la política y la ideología dominantes internacionales, el golpe del péndulo que sustituyó los gobiernos conservadores de Reagan, Thatcher, Kohl, por los de Clinton, Blair, Schröder. Aquí hay asuntos teóricos que convocan la construcción intelectual, las estrategias culturales, educativas y universitarias. Ya volveremos sobre esto.

Que se afirme la necesidad de un Estado fuerte no quiere decir que pensemos en el esquema comunista o sus familiares cercanos (incluyendo algunos de los nuevos socialdemócratas). Al mismo tiempo, no hay duda que todas estas políticas estatales estratégicas solo pueden tener éxito en la medida de que integren amplia y profundamente los organismos de la sociedad civil. Las políticas gubernamentales necesarias deben guiar la conducta de la sociedad en su conjunto, pero deben ser respetadas, acuerpadas y sostenidas por el conjunto del país. Estas, definidas en plazos diferentes y en armonía con una sociedad civil activa, representan el corazón para el éxito de una estrategia nacional de desarrollo.

¿Cuál es el significado de todo esto? La democracia y su perfeccionamiento se vuelven el mecanismo vital para el control del Estado. El paso democrático que aquí invocamos es la fiscalización social del quehacer estatal con participación y poder ciudadanos. No dejemos las cosas en el simple territorio de lo abstracto. Se debe afirmar, en particular: la posibilidad de la sustitución inmediata de los funcionarios del Estado. Es decir: de elegir y remover

los funcionarios públicos de manera *directa y permanente* por los sectores sociales a los que concierne el servicio. Todas las funciones del Estado deben considerarse *servicios* a la sociedad civil y ésta debe poseer el *poder* de controlar la forma y la calidad del servicio. La sociedad civil es el gran "cliente" del servicio estatal, y debe poder controlar su calidad permanentemente. A esta altura de la historia, se debilitaron las razones de "seguridad nacional" para justificar un menor progreso de la democracia participativa. En síntesis, lo que está en la agenda política del nuevo siglo: *Estado fuerte bajo fuerte control social democrático*. Estamos ante la posibilidad de una nueva fase en la convivencia democrática que, además, se podrá nutrir, ya lo hace en varias latitudes, del escenario tecnológico y cognoscitivo, que incluye con privilegio la potenciación de las comunicaciones humanas y la mundialización de la vida, esperanzas, valores y oportunidades. No todos los pueblos se encuentran en la misma posición, ya lo hemos señalado, el imperio de la desigualdad, pero se trata de algo así como de un gran recipiente social en el que se han abierto posibilidades para construir relaciones colectivas con mejores perspectivas para la calidad de vida en las naciones.

La perspectiva que prevemos es la de una mayor fortaleza de la sociedad civil y una mayor madurez colectiva. No deberá asumirse como exclusivo en todo esto el rostro de las grandes empresas industriales o comerciales. La sociedad civil es más que la empresa capitalista. Todo favorece en los tiempos que vivimos otros tipos de agrupación colectiva, que complementan de múltiples maneras los espacios sociales ocupados por el Estado y la empresa. Por ejemplo, las organizaciones dirigidas hacia objetivos sociales de múltiple naturaleza: no gubernamentales (ONG) o de base (ODB), ya sean de naturaleza internacional como nacional. Estas se distinguen de colectivos como familia, comunidad o sociedad, establecidos con base en lazos como la sangre, la historia, la geografía, la cultura, más que por una función específica. Tanto por las debilidades presupuestarias estatales, como por la ineficiencia, burocracia administrativa o corrupción, o por la simple eficacia de este instrumento social, este tipo de organizaciones han proliferado en todo el mundo. Un dato de su lugar: las ONG ofrecen empleo a 9 millones de personas en los EUA, a 6 millones en Europa, 2 millones en Japón y 1 millón en Brasil. Aunque no se puede poseer una valoración universal de los resultados de las organizaciones no gubernamentales en el mundo (a veces útiles, otras inútiles, insuficientes o no),⁵ no se puede negar su crecimiento en la organización colectiva del pre-

sente y del futuro.⁶ Lo que esto plantea es un sentido diferente en los medios de construcción del progreso social y del desarrollo sostenible.⁷

La discusión teórica invoca un plano aun más profundo: la organización como fundamento colectivo para la nueva sociedad. Tal vez, con Peter Drucker podríamos sostener que nuestro mundo, cada vez más lejos de la dicotomía entre clases capitalistas y proletarias, se dirige hacia un conglomerado de organizaciones, que absorberán y cada vez más servirán de medio a la actividad de las personas. Es una perspectiva que posee grandes consecuencias para la vida económica, la cultural, y para la construcción institucional. De hecho, puede pensarse que estas organizaciones son las llamadas a corregir o asumir tareas que hasta nuestros días han sido adjudicadas al Estado o a la empresa capitalista (lo que ya han hecho en muchos casos). En la visión de una nueva etapa en el desarrollo democrático, al igual que ya en las entrañas de una nueva economía, será inevitable incluir un lugar privilegiado para las "organizaciones". Un gran espacio para la ingeniería colectiva. Lo que estará en juego es la búsqueda de una nueva estructura de sociedad que pueda integrar armónica e equilibradamente los papeles del Estado, las empresas y las organizaciones.

Estado, sociedad civil, política y economía dibujan un nuevo futuro en el actual momento histórico. Y, de la misma manera, vivimos un replanteamiento del mundo ideológico. No es, como dicen algunos analistas internacionales, que la ideología ha muerto, tal vez como producto de una historia que ya llegó a su curso final. En estos últimos años algunos intelectuales no cesan de buscar como Hegel la "Idea Absoluta" que defina su curso, ya sea en la democracia y el mercado, el choque de civilizaciones, la tecnología o la decadencia del "imperio gringo". Esa eterna pretensión de reducir la historia y la vida a unas cuantas cosas. La realidad es que vivimos algo difícil de encasillar en pocas variables y donde no se puede poner un final *a priori*. Las contradicciones o las tensiones entre signos, vectores opuestos, semiopuestos, ortogonales, etc., cubren nuestros días, y dejan el espacio abierto para vivir una construcción social libre, sin un destino asegurado. Es, en el fondo, la esencia de nuestra especie. Aquí hay que encontrar las acciones, ideas y estrategias apropiadas para buscar la felicidad colectiva e individual, y en ese territorio algunas cosas pintan bien,

aunque no haya “Idea Absoluta” o “infraestructura económica” que determinen lo que vivimos y nos aseguren un permanente “Reino de la Libertad”.

No se deben sobrestimar algunos elementos de esta fase histórica que vivimos ni sacar lecciones universales. Todo cambia, “nunca cruzarás el mismo río dos veces”, y no es posible determinar su dirección con certeza apodíctica. Lo que sí constatamos es que al desaparecer los grandes bloques internacionales, que necesitaban un componente ideológico importante (democracia *versus* comunismo), muchos de los argumentos y justificaciones ideológicas se debilitan: el valor mismo de los cuerpos ideológicos se ha transformado hacia una “pragmatización” de los conjuntos de ideas sociales, políticas, económicas que siempre requiere una sociedad. La afirmación de la democracia y la derrota del comunismo soviético, que debilitan las formas ideológicas “metahistóricas”, y el cambio en la percepción del tiempo, empujan hacia ideologías o cuerpos teóricos con una “vocación” de presente. El paso de una razón “doctrinaria” a una “práctica”. Esto es particularmente importante para la cultura y la educación.

MERCADO, ECONOMÍA Y ESTRUCTURA SOCIAL

Otra de las consecuencias de la caída del comunismo: la evidencia del fracaso de los sistemas de planificación estatal centralizada, y la reafirmación del mercado como el instrumento más adecuado para dirimir el flujo de transacciones que la producción económica determina. El mercado es el gran sancionador de la vida económica, para bien o para mal. No quiere decir esto, que el mercado sea el instrumento para lograr una distribución equitativa y justa de la riqueza social o de la producción económica; tampoco quiere decir que la ausencia de planificación deba ser la regla en la vida social contemporánea. Lo anterior solamente quiere decir que el mercado adquirió la relevancia cultural y política, que siempre ha debido tener para el devenir económico de nuestras sociedades, para dirimir la capacidad y la eficiencia de su manejo económico. De alguna manera, el vector "mercado" se vuelve un factor a considerar en cada una de las dimensiones de la vida social. No es, por supuesto, que deba determinarlas o regirlas (depende de la situación), pero se obliga a su consideración permanente. Hacer caso omiso de esta realidad, por razones ideológicas o políticas, sería por ejemplo, hoy más que nunca, un error de grandes implicaciones en las estrategias colectivas de desarrollo o en las reformas institucionales. Tampoco podemos olvidar sus límites. Se puede lograr mayor eficiencia productiva con el desarrollo de mercados competitivos, pero no necesariamente justicia y equidad sociales: son necesarios, pero no suficientes para el desarrollo humano. Fuera del mercado se encuentran vectores decisivos para el desarrollo humano: bienes y funciones públicos, acciones de atención social, la defensa del ambiente. Por eso, una época que fortalece la valorización del mercado presenta riesgos extraordinarios:

"Cuando el mercado va demasiado lejos en el control de los efectos sociales y políticos, las oportunidades y las recompensas de la mundialización se difunden de manera desigual e inicua, concentrando el poder y la riqueza en un grupo selecto de personas, países y empresas, dejando al margen a los demás. Cuando el mercado se descontrola, las inestabilidades saltan a la vista en las economías de auge y depresión, como la crisis financiera de Asia Oriental y sus repercusiones a escala mundial, que redujeron el producto mundial en una suma que se estima en dos billones de dólares en 1998-2000. Cuando el afán de lucro de los participantes en el mer-

cado se descontrola, desafían la ética de los pueblos, y sacrifican el respeto por la justicia y los derechos humanos”.⁸

Las razones y sinrazones se condensan muy bien en las palabras de Octavio Paz, que coinciden con las nuestras:

“El mercado es un mecanismo que crea, simultáneamente, zonas de abundancia y de pobreza. Con la misma indiferencia reparte bienes de consumo y la miseria.

A la injusticia y la desigualdad hay que añadir la inestabilidad. Las sociedades capitalistas sufren crisis periódicas, desastres financieros, quiebras industriales, altas y bajas de sus productos y sus precios, cambios repentinos de fortuna entre los propietarios, desempleo crónico entre los trabajadores. La angustia psicológica, la incertidumbre, el no saber qué será de nosotros mañana, se ha convertido en nuestra segunda naturaleza. El mercado es el promotor de los cambios y las innovaciones técnicas; también es el rey del despilfarro. Fabrica miles de objetos, todos de poca duración y baja calidad; para Fourier, el ideal consistía en producir un número limitado, pero en cantidad suficiente para todos, de objetos de insuperable calidad y de duración ilimitada. A nosotros el mercado nos condena a desechar lo que compramos ayer y, por la boca ubicua de la publicidad, nos intoxica con la droga infernal de la novedad. Idolatría del siglo XX: la adoración de las cosas nuevas que duran lo que dura un parpadeo. Gran engañifa del mercado, servidor de la nada, rival de Satanás.”⁹

Ahora bien, ¿cuál es la situación precisa de ese mercado internacional? Creció en los últimos años: la economía de los países que antes estuvieron bajo el bloque soviético empezó a ocupar un espacio nada despreciable. La creación de un mundo globalizado sin polarización ha hecho que, incluso, los mismos países comunistas participen en el mercado internacional y en la vida del planeta, en una forma inconcebible antes de la Guerra Fría. Por un lado: se han abierto oportunidades extraordinarias para el comercio y la gestión económica. Por otra parte, han aumentado los protagonistas económicos con muchas consecuencias: precios más baratos para ciertos productos, expansión de los recursos humanos con diferentes especialidades y destrezas, y una movili-

dad internacional mayor en la fuerza de trabajo, en fin: un cuadro socioeconómico diferente. Un ejemplo: los profesionales técnicos y científicos del mundo excomunista que compiten en los países occidentales con consecuencias sobre las oportunidades laborales de estos países (el caso de los físicos y matemáticos en Estados Unidos e Inglaterra, es apenas un ejemplo). China comunista, otro ejemplo, compete crecientemente en el mercado internacional, poniendo en aprietos la producción no solamente del mundo en desarrollo sino de algunos países desarrollados (industria liviana). Y, en este último caso, que merece resaltarse, el camino es imparable: una expansión extraordinaria de su economía de exportación, con una creciente participación extranjera y una apertura del gigantesco mercado chino (en mayo del 2000, solicitó su inclusión en la OMC, y llegó a relevantes acuerdos con los EUA); todos asuntos antes insospechados.

De igual manera, sin ser una consecuencia directa de la caída de la Guerra Fría, pero potenciada por la misma, se ha dado una inserción mayor de la producción económica del Tercer Mundo en el mercado internacional. Esto establece condiciones más complejas para la economía mundial (incluso para los países desarrollados). Los esquemas antiexportadores y proteccionistas han sido abandonados, más o menos, en la mayoría de países del Tercer Mundo.¹⁰ El comercio internacional ha crecido y continuará haciéndolo. La parte que representan los países del Tercer Mundo no debe subestimarse. Los logros macroeconómicos, el progreso de la democracia, la mayor estabilidad política, y la capacidad de acción de muchos países del Sur han generado flujos de capital, inversiones, infraestructura, y nuevas condiciones de participación en el mercado internacional; es previsible un significativo impacto socioeconómico del Sur en la economía mundial, con todas las consecuencias que esto supone. Pero, además, el avance de los nuevos paradigmas económicos, que hacen hincapié en la globalización y la libertad de comercio, ha abierto grandes posibilidades que ya han sabido aprovechar algunos de los países del Sur. Añádase a eso las oportunidades que abren los nuevos tipos de tecnología, que implican inversiones de una diferente calidad, con factores económicos estructurados en una nueva perspectiva, y que pueden permitir competir en el mercado mundial con productos tecnológicamente avanzados.

Más que producto de la caída de la Guerra Fría, un resultado de la dinámica de la sociedad moderna que involucra la ampliación de mercados, el progreso económico y cultural y la dinámica de la sociedad moderna: la creciente

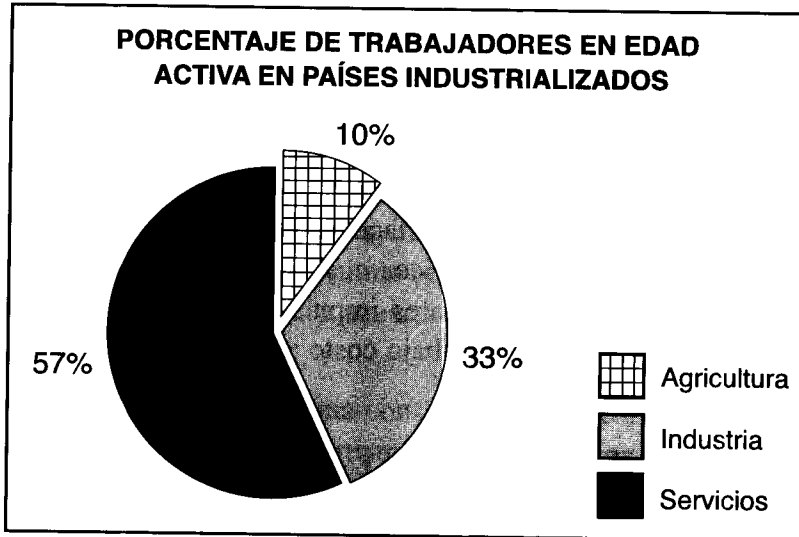
importancia del sector “servicios” en la economía mundial (*versus* industria manufacturera y agricultura). Este proceso se ha desarrollado desde hace varias décadas y se puede apreciar, por ejemplo, en el peso de los trabajadores empleados y las inversiones realizadas en este sector. Y en la misma dirección: los patrones que establece el consumo de la población, que obligan a un desarrollo mucho mayor de los servicios, y condicionan la evolución de la economía y de la tecnología. El caso elocuente es el de las computadoras personales, las ciencias de la computación, áreas eminentemente técnicas que ya no son parte exclusiva del territorio de los sectores militares, empresariales o gubernamentales, sino de aquellos sectores que satisfacen un servicio a los consumidores. Otro ejemplo son los juegos electrónicos cuyo desarrollo obviamente basado en las necesidades de los consumidores impulsa la tecnología del visor, haciendo que la realidad virtual sea de bajo costo y de amplia difusión.¹¹ Sobran los ejemplos.

POBLACIÓN MUNDIAL EN EDAD ACTIVA						
Distribución relativa por sectores						
	Agricultura		Industria		Servicios	
	1960	1990	1960	1990	1960	1990
Todos los países en desarrollo	77	61	9	16	14	23
Países menos adelantados	86	74	5	10	9	17
África al sur del Sahara	81	66	7	9	12	25
Países industrializados	27	10	35	33	38	57
Total mundial	61	49	17	20	22	31

En los países no industrializados, la agricultura sigue siendo el sector económico principal; pero en los países industrializados, existe un predominio del sector servicios.
Fuente: [PNUD, *Informe sobre desarrollo humano*, 1997]

Evidentemente, la industria de manufactura (pesada o liviana) no dejará de ocupar un lugar fundamental, pero lo relevante con vista al futuro es ese crecimiento en los servicios, y, en particular, en las labores vinculadas con el conocimiento. Lo importante no es, por supuesto, el incremento de locales *fast food* o aquellos que demandan *saloneros* y *bartenders*; lo clave es que, sobre la propia manufactura, se construyen crecientes complejos de actividades de servicio que ya ocupan un lugar insospechado: un salto cualitativo en el desarrollo del capitalismo y, más precisamente, de la sociedad moderna. De hecho, lo mejor sería hacer una distinción cualitativa entre trabajadores de los servicios y

aquellos del conocimiento. El cuadro anterior nos permite observar esa tendencia entre 1960 y 1990; la tendencia es más aguda en los países desarrollados.



El gráfico nos muestra esa relación en los países más avanzados en 1990. En los años 90 esta tendencia se incrementó aun más, y todo en nuestro mundo la potencia.

Ahora bien, en este tema se debe tener la perspectiva histórica más amplia. El lugar que ocupan los empleados agrícolas e industriales en la estructura productiva tiende a ser cada vez menor. Esto es así porque los vectores edificantes de la nueva estructura social son los trabajadores del conocimiento y aquellos de los servicios. Hoy en día, los trabajadores del conocimiento de los países desarrollados constituyen una tercera parte de la fuerza laboral mientras que los del sector servicios constituyen otro tercio. Por ejemplo, nos informa Drucker, mientras que en 1960 en los Estados Unidos el empleo industrial representaba el 25%, en 1990 no sobrepasaba el 17%. Sin embargo, durante esos años la fuerza laboral de ese país se multiplicó por dos. De igual manera, la producción industrial aumentó significativamente en esos años. Algo similar sucedió con el Japón. ¿Conclusión? El número de empleados industriales tenderá a caer más en los siguientes años. Es decir: al igual que sucedió con la agricultura, cada día serán necesarios menos empleados en el sector industrial

para realizar las tareas que éste posee. En su lugar, la mayoría de empleos se encontrarán en los sectores de servicios y aquellos relacionados con el conocimiento. En términos económicos globales, puede afirmarse con toda drásticidad: "El trabajo manual dedicado a fabricar y trasladar cosas ya no es un activo para un país desarrollado; es un pasivo."¹²

Estas tendencias poseen implicaciones sociales, políticas y culturales extraordinarias. Una de ellas, la tensión entre las clases de la sociedad capitalista, proletarios y capitalistas, desaparece en una estructura social con otros grupos o clases sociales mayoritarios y fundamentales: los trabajadores del sector servicios y aquellos del conocimiento. Es decir una arquitectura colectiva diferente. Y, como en toda sociedad del pasado, presente y del futuro, no deberán excluirse contradicciones y antagonismos entre estos dos sectores, que definirá mucho de las tensiones sociales del nuevo orden económico. ¿Y en el Sur? No es ésta la misma situación de los países del Tercer Mundo, pero hay que encontrar las principales tendencias de la nueva sociedad mundial en los factores que hoy constituyen la base de edificación de las naciones altamente desarrolladas.

El nuevo orden económico pone en juego protagonistas sociales, y lugares económicos, en una nueva relación que rompe cualitativamente con el pasado. Un ejemplo significativo: el peso de los consumidores en la definición de la economía. Las relaciones entre empresarios, trabajadores y consumidores y usuarios, en un medio social diverso que incluye la acción estatal, replantean las ecuaciones económicas básicas. Esto es relevante para las políticas económicas de una nación.

Una situación que, también, refleja las diferencias que encontramos en la sociedad moderna se refiere a los fondos de pensiones. En los Estados Unidos, por ejemplo, un fondo de pensiones puede controlar inversiones de entre 1000 millones y 80 millardos de dólares. Esto representa una concentración financiera que tiene un importante impacto en el manejo de capital. Ahora bien, se trata de un funcionamiento atípico dentro del capitalismo: "El capitalismo de los fondos de pensiones es asimismo capitalismo sin 'capital'. El dinero de los fondos de pensiones, y de sus hermanas gemelas, las mutualidades, no encaja en ninguna definición conocida del capital, y no sólo por una cuestión semántica. En realidad, los fondos son salarios diferidos; se acumulan para proporcionar equivalente a unos ingresos salariales a las personas cuando ya no traba-

je.”¹³ Esto será cada vez más significativo, y tendrá impacto más allá de las fronteras de los países desarrollados: otro signo de los nuevos tiempos de cambio.

Volvamos a la discusión general. ¿Hacia dónde vamos? De cara a las estrategias de desarrollo nacional, la perspectiva que tenemos frente a nuestras narices apunta a la necesidad de intensificar el trabajo en el conocimiento y los servicios, procurando un incremento de la productividad y competitividad en ambos sectores. Los servicios son poderosos nichos económicos de esta época: desde los turísticos, profesionales, educativos, culturales, hasta los institucionales en la vida pública o privada. Las sociedades más desarrolladas se escapan de los barrotes del capitalismo (contradicción entre obreros *versus* capitalistas, fundamento de la “lucha de clases”), se recompone la estructura social de otra manera con base en el conocimiento, pero también el mismo uso del capital y la inversión económica se aleja de las reglas básicas. Las naciones tendrán que tomar al toro por los cuernos, pero muy rápido, de lo contrario se perderán en un mundo que tampoco se extralimita en su paciencia y solidaridad. En todo esto, es apenas evidente, la educación, adaptada y renovada, juega un papel medular, como insumo decisivo de los ejes de desarrollo económico del futuro.

Relevancia especial para la interpretación del escenario histórico encierra la llamada mundialización o la globalización.

LA GLOBALIZACIÓN Y SUS CONTRADICCIONES

Para algunos la globalización no es más que una “americanización” del planeta: el establecimiento de las reglas del juego de los Estados Unidos aplicadas a todo el orbe. Otros la ven como un proceso esencialmente económico. Ni lo uno ni lo otro. La realidad es que se trata un proceso complejo que involucra todas las dimensiones de la vida social internacional (no basado ni en las premisas ni en los intereses de un sola nación). Pero pongámonos primero de acuerdo en ¿qué es la globalización?: “Por definición un sistema global es un sistema donde los factores de producción –los recursos naturales, el capital, la tecnología y la mano de obra– así como los bienes y servicios se desplazan alrededor del mundo.”¹⁴ Desde un punto de vista económico, hace referencia a un mercado mundial cada vez más libre tanto en lo que se refiere a inversiones como a los servicios. Aunque, las cosas deben colocarse en su lugar real: la libertad comercial no es tanta como se suele decir. Los sectores de textiles y agricultura, por ejemplo, todavía poseen grandes protecciones y gravámenes.

¿Es la globalización algo realmente novedoso? No y sí. Se trata de procesos que se han dado antes, solo que ahora suceden en una escala y diversidad mucho mayores (mercados nuevos 24 horas al día), con posibilidades de comunicación mundial extraordinarias (Internet, fax, celulares), con otros actores internacionales (como la Organización Mundial del Comercio creada en 1995 y, en especial, un peso determinante de las transnacionales) y normas internacionales multilaterales que “reducen el ámbito de la política nacional”.¹⁵ Políticamente, la globalización de finales del XIX y principios del XX se hizo con Gran Bretaña como potencia fundamental, hoy la potencia es los EUA, cambio de continente, que recoge su predominio geopolítico de la Guerra Fría para colocarse en condiciones privilegiadas para la construcción de esta nueva etapa. El tamaño también importa, nunca en la historia de nuestra especie ha existido un volumen tan grande de transacciones comerciales, cuantitativa y cualitativamente es otro mundo. Pero además se trata de una globalización dentro de arquitecturas sociales, reconstrucción de relaciones intranacionales, progresos democráticos, y culturales extraordinarios. Las fases de globalización que vivió la humanidad nada tienen que ver realmente con ésta. Económica, política, y tecnológicamente es otra realidad; también socialmente. La “criatura” que empezamos a visualizar e inteligir es otro sistema mundial, se trata de la apertura

o construcción de una nueva era en la historia humana; pero bueno, ya incurSIONAREMOS luego dentro de ese debate intelectual.

No puede negarse, a pesar de que algunos lo afirmen con testarudez, no solo se trata de capital y finanzas, hablar de la mundialización es, también, referirse a una ruptura en los obstáculos locales o nacionales para las aspiraciones individuales y colectivas del consumo. ¿Cómo no tener en mente, por ejemplo, ese mercado de adolescentes que busca marcas mundiales, una cultura *pop* de música, videos, que desea *jeans*, camisetas, juegos electrónicos, bajo la presión de una fuerte publicidad¹⁶ que satura todas las sensaciones? Ese es un mercado global de unos 270 millones de jóvenes entre los 15 y los 18 años.¹⁷ La globalización ha supuesto patrones internacionales en el consumo mundial, aunque acompañados de desigualdades tanto en la información que se propaga como en las posibilidades efectivas de realizar el consumo. Pero estas referencias a patrones de consumo y formas sociales ¿nos describen la mundialización que vivimos? El asunto debe ponerse en su justa perspectiva, en acuerdo con Van Ginkel:

“La mundialización, inicialmente un concepto económico, ha pasado ahora a entenderse en un sentido mucho más amplio como un proceso poderoso y omnipresente que, de hecho, abarca todos los aspectos diferentes de la vida y la sociedad. Ofrece grandes oportunidades de bienestar sostenido, pero también plantea numerosos desafíos de política.”¹⁸

La globalización o mundialización es un proceso en curso, no una realidad acabada; nunca, tampoco, va a ser una realidad única, integrada y armónica en el ámbito internacional. Dejemos clara nuestra visión: la globalización incluye capitales, finanzas, consumo, pero también una proyección y difusión mundiales de la cultura, las ideas y los valores. Como señala el *Informe sobre desarrollo humano* de 1999: “... la mundialización es más que la corriente de dinero y productos, es la interdependencia cada vez mayor de la población mundial. Y la mundialización es un proceso que integra no solo la economía, sino además la cultura, la tecnología y la estructura de gobierno”.¹⁹ ¿Consecuencias? Muchas. Una que nos interesa señalar: la educación del Siglo XXI debe sostenerse en la internacionalización y mundialización de la vida social, con mayor relevancia en lo que se refiere a la superior. Esto último fundamenta nuestro análisis y el espacio esencial destinado a las dimensiones no económicas.

Multipolaridad

Todo empuja a intensificar la mundialización. Sin embargo, lo más sorprendente con este proceso es que hoy vivimos una fase no globalizada intermedia (¿transitoria?): un mundo *multipolar*, una *regionalización*. Con base en un fundamento económico, se configuran tres bloques o polos esenciales, con sus propios lazos transnacionales regionales. La Unión Europea trasciende las unidades nacionales existentes en una realidad que no es igual a la suma de sus partes. Tarde o temprano, en una dirección similar, se puede esperar que Canadá, Estados Unidos, México y el resto de América busquen lazos transnacionales de mayor profundidad a los establecidos por el TLC (NAFTA) o el ALCA. Igual sucede en Asia con varios países (que incluyen Japón, Singapur, Indonesia, Malasia, Taiwán, Corea del Sur, Tailandia). Incluso en la perspectiva de más largo plazo, habrá que añadir el eje China-Japón (a pesar de las grandes diferencias y antagonismos milenarios). El reino de las paradojas: globalización y multipolarización, mundialización y regionalización. Y no solo se trata de un proceso pasajero. La construcción "polar" tomará décadas, puesto que las diferencias en identidad y cultura nacionales siguen siendo muy grandes y nunca van a desaparecer. Por eso, define el presente y buena parte del futuro. No está excluido que aparezcan otros polos (tal vez establecidos por factores no esencialmente económicos), eso dependerá de muchas variables; pero en los próximos años, probablemente décadas, estos tres núcleos van a ser una referencia necesaria en la gestión de las políticas de las naciones en la escala planetaria.

Entonces, invoquemos conclusiones: el primer paso de la mundialización con la caída de la Cortina de Hierro ha sido una *multipolarización*. O lo que se puede decir de una manera más precisa: se ponen en evidencia las diferencias o divergencias en los desarrollos del planeta ocultadas anteriormente por un manto ideológico y político. Al caer la Guerra Fría, en la comunidad internacional empezaron a tomarse en cuenta las diferencias entre los Estados Unidos y Europa y Japón. Para empezar, se tomó conciencia del dinamismo en el crecimiento y la productividad de estos últimos, se hizo más evidente que se trataba de diferentes capitalismo (a diferencia de la percepción usual de un capitalismo rígido, monolítico, único), con relación a los patrones de inversión, de

ahorro, a las perspectivas de corto mediano y largo plazo, a la relación entre los sectores públicos y privados, a los papeles entre el capital y el trabajo, a la percepción acerca de la igualdad y la seguridad social en un país. De igual manera, se ha adquirido una mayor conciencia sobre las diferencias de los desarrollos capitalistas de los países europeos (por ejemplo, entre el Reino Unido y Alemania, una distancia que algunos afirman que es tan grande como la que existe entre los Estados Unidos y Japón).

Con relación a las perspectivas de la estructura del mundo tripolar que vivimos, es posible consignar las opiniones predominantes en dos sentidos: por un lado, las que afirman que se verán fortalecidos las acciones y lazos multilaterales e interdependientes dentro del sistema global, y, por otra parte, aquellas que afirma que se fortalecerán más bien los tres bloques centrados alrededor de las tres principales potencias económicas, con un énfasis en el desarrollo regional por encima del global. La realidad, ya en nuestro criterio, es que las dos tendencias cohabitan en el mismo planeta. En el mismo escenario, las tres regiones económicamente dominantes compiten, aunque con resultados económicos y diferentes. Por eso, se obtienen resultados contradictorios: conflicto y negociación, divergencia y convergencia, de manera simultánea. Un detalle que nos revela la diferencia de posibilidades: 42% del comercio japonés es con los EUA y Europa, 35% del de EUA es con Japón Europa. Solamente un 10% del comercio europeo es con Japón y los EUA. Esto hace diferencias en cuanto a las perspectivas de la globalización para cada bloque. ¿Habrá menos “globalización” en Europa?

La tripolaridad económica que vivimos debe resaltarse mucho pues significa algo diferente a una simple integración y globalización mundiales. Bloques y polos significan lealtades, privilegios, condiciones específicas especiales y funcionamientos independientes; polos diferentes suponen, también, competencia, deslealtad, chantaje, presiones, etc. La existencia de más de 2 polos es un hecho importantísimo. Este salto geopolítico y económico del 2 al 3 es más importante que en matemáticas: al desaparecer la polarización dual de las posibilidades de negociación aumentan. Es otro mundo. En la definición de los nuevos bloques, una diferencia con relación al pasado reciente es que en aquel la preeminencia de lo ideológico y político y militar era lo decisivo en la definición de los polos, mientras hoy sus componentes básicos son económicos y tecnológicos (aunque la política no desaparece) y, además, en un contexto internacional en que las premisas de la democracia liberal representativa y el

mercado como instrumento sancionador de la economía han sido más o menos aceptadas por casi todos los protagonistas.

Con o sin multipolaridad, una consecuencia de la globalización económica y social: las empresas productivas y las instituciones nacionales en este contexto están más expuestas a la competencia y al juicio permanente en torno a su calidad, eficiencia y pertinencia. No será posible tener compañías de fuerza eléctrica ineficientes y atrasadas, si en el televisor de la casa de la ciudadanía se ofrece la evidente comparación con otras compañías eficientes y modernas en otras latitudes. A la larga, no será posible mantener un país sin un sistema de salud y solidaridad sociales, cuando las comunicaciones en un mundo globalizado permiten comparar. La oferta de mercancías y servicios o la gestión de las instituciones locales se ven influenciadas por un contexto histórico diferente. La contrastación se ha vuelto un asunto eminentemente internacional, para todas las naciones.

Globalización económica, transnacionales y especulación

Nos parece importante señalar una dimensión medular de la mundialización que vivimos: la *globalización financiera*. Resulta impresionante constatar cómo la economía global ha crecido desde 1945 más que en toda la historia previa a la Segunda Guerra Mundial.²⁰ Y, en particular, una de las características decisivas de los últimos 25 años es un proceso extraordinario de crecimiento y ampliación de las compañías multinacionales. Son muchas las razones que se suelen mencionar en el origen de esta situación. No vamos a incursionar en sus explicaciones. Lo importante para nosotros, es una característica decisiva: la separación de los movimientos financieros del comercio, los servicios y la manufactura. De manera creciente, las transacciones monetarias se han venido haciendo no con el propósito de financiar la producción industrial, de servicios, o el comercio mundial, sino con el propósito de la especulación con la moneda. A principios de los años 90, más del 90% del intercambio de monedas extranjeras ya era esencialmente especulativo.²¹ Todo esto ha sido posible, entre otras razones, por el desarrollo extraordinario en las comunicaciones internacionales; es decir, la tecnología ha producido la posibilidad de un movimiento más autónomo de las finanzas internacionales con relación a la industria, el comercio y los servicios. Esto por supuesto tiene implicaciones

económicas formidables.²² La desvinculación de lo financiero y lo monetario con relación a la manufactura, los servicios o el comercio, se ha convertido en un factor capaz de engendrar desequilibrios económicos drásticos. La movilidad de los capitales financieros es capaz de hundir a un país en la mayor crisis. Un ejemplo reciente lo reseña el PNUD, en los siguientes términos: "Las corrientes netas de capitales a Indonesia, la República de Corea, Malasia, Filipinas y Tailandia aumentaron aceleradamente en el decenio de 1990, llegando a 93.000 millones de dólares en 1996. Al afectar los disturbios a un mercado tras otro, esas corrientes echaron pie atrás de la noche a la mañana, con una salida de 12 mil millones de dólares en 1997. El cambio ascendió al 11% del PIB anterior a la crisis de esos países."²³ Este tipo de situaciones plantea —ya desde la óptica de los planes nacionales de desarrollo— un escrutinio de la estructura y "calidad" del capital en una economía nacional, a la vez que la construcción de sistemas internacionales, que respondan a la inestabilidad e inseguridad provocadas por esta característica de las finanzas mundiales.

Para que se tenga una idea de lo que este movimiento de capitales representa, bastará con unos pocos datos. La inversión directa extranjera llegó en 1995 a los \$315.000 millones y ya era de \$400 mil millones en 1997, lo que representó más de 6 veces su magnitud en la primera mitad de los años ochenta; mientras tanto todo el comercio mundial creció un 50%. Ahora bien, entre digamos 1975 y 1996 los negocios cambiarios pasaron de \$1.000 millones a \$1,2 billones.²⁴ Estos movimientos, sin embargo, se dirigen privilegiadamente a los países industrializados.

No está de más mencionar aquí que la inversión extranjera directa hacia Norteamérica, Japón y Europa y las 8 provincias costeras chinas más Beijing acaparó el 90% de esta inversión: quedó un 10% para el resto del mundo con un 70% de la población mundial.²⁵ Pero, también, hacia algunos en desarrollo (entre 1987 y 1994 pasó de \$25.000 a \$172.000 millones).²⁶ Sin embargo, para una tercera parte de los países en desarrollo la inversión extranjera directa (con relación al PIB) disminuyó en los últimos 10 años.

Pero busquemos una perspectiva histórica. No puede evadirse la consideración de los cambios que se han dado en la naturaleza de los flujos de capital internacional en las pasadas décadas. Sin duda, para empezar, se dieron cambios importantes durante los años 80 con relación al periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Por un lado, creció el volumen global

de estos flujos de capital durante los 80 (el doble), debido a la gran expansión en el volumen del mercado internacional. Como, por supuesto, existe una relación entre los flujos de capital y el mercado, no debe extrañar el nuevo posicionamiento de países exportadores como Japón y Alemania, que se convirtieron en surtidores principales de capital. De la misma manera, durante varios años, los Estados Unidos y algunas potencias industriales se convirtieron en importadores de capital para cubrir sus desequilibrios en el mercado. Esto ha ido cambiando desde finales de los 90, gracias a la recuperación económica de los EUA.

Lo más relevante con relación al Tercer Mundo es que los flujos de capital alrededor de los países industriales se incrementaron, del 58% a principios de los años 80 al 86% al final de esa década. De la misma manera, se dio un proceso de disminución de la disponibilidad de capital para el Tercer Mundo. Aquí también se dieron diferencias: mientras que Asia del Este y del Sudeste conservaron su acceso al capital, América Latina se convirtió en un exportador de capital (desde el punto de vista de las transferencias netas). También, debe consignarse, la composición del capital hacia los países del Tercer Mundo durante los 80: mientras que los préstamos de la banca privada dominaron en los 70, éstos fueron sustituidos por créditos del sector público y por inversión directa en los 80. En los años 90, los flujos totales de capital de nuevo se incrementaron por encima del 50%, y aunque la parte correspondiente a los países industriales se mantuvo muy alta, el patrón dentro de los recipientes del Tercer Mundo cambió. Asia continuó recibiendo la proporción más alta, América Latina recobró su acceso a las finanzas internacionales, África y el Medio Oriente, sin embargo, han disminuido su acceso a estos flujos de capital.

Un detalle más sobre la composición de estos grupos de capital en las diferentes regiones. Mientras que en Asia el tipo principal fue la inversión directa, en América Latina lo fue la inversión *portfolio*, capita "golondrina", en África el capital consistió principalmente de préstamos con concesiones y ayudas directas. Eso establece también otra diferencia de cara a las perspectivas del desarrollo de las regiones, pues la inversión directa de capital es menos volátil, permite un mayor acceso a la tecnología y a los mercados y posee un impacto menos negativo en las tasas de intercambio.

Sin duda, los flujos internacionales de capital, de uno u otro tipo, van a determinar muchas de las posibilidades de desarrollo de los países en los pró-

ximos años. En los años 70, los gobiernos, salvo tal vez en el caso de África, no tuvieron que recurrir a agencias como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional para obtener crédito, con altos niveles de condicionalidad para dar sus préstamos. En los años 80, la situación cambió drásticamente: tanto los prestamistas como los solicitantes de préstamos buscaron en el FMI y el BM ayuda para enfrentar la crisis de la deuda externa. La creciente cantidad de flujo de capital manejado por estas agencias, al mismo tiempo que su importante papel como coordinador internacional de finanzas, les brindó una extraordinaria influencia para determinar las políticas y estrategias económicas de varios países. Estas agencias financieras, más recientemente, han añadido condiciones políticas y ambientales a los requisitos económicos ya establecidos anteriormente. En los años 90, la situación volvió a cambiar: un menor manejo de flujos de capital por las agencias financieras internacionales (50% menos: 7% en Asia, 16% en América Latina, 20% en Africa), y una mayor influencia de los capitales privados propiamente. Esto ha hecho que desde los años 90 hayan sido las características de los inversionistas privados las que determinan crecientemente el papel de los flujos de capital internacional. En ese sentido, no ocurre lo mismo cuando se trata de los inversionistas japoneses o asiáticos que cuando son los inversionistas estadounidenses o europeos. Las estrategias diferentes de capitalismo entran en juego con mayor fuerza en este territorio. Y esto tendrá serias consecuencias sobre el desarrollo de los diferentes países de acuerdo a cómo se vinculen a los bloques económicos que existen.

Fragmentación y regionalización

La globalización como fenómeno económico, político, cultural, social no solo ha provocado una tendencia integradora de la realidad internacional. Por el contrario, al mismo tiempo, ha empujado hacia la fragmentación, la exclusión y la regionalización del desarrollo internacional. Un dato sobre la fragmentación y la emersión de tendencias nacionales al caer la Guerra Fría: a principios de los años 90, habían casi más de tres veces Estados que unos sesenta años antes.²⁷ Se siguen sumando las contradicciones: globalización-multipolaridad, globalización-fragmentación, integración-exclusión.

Como lo ha señalado el francés Jacques Delors, el fenómeno de la globalización posee dos dimensiones: por un lado, la globalización unifica países, regiones, culturas; y, por el otro, descentraliza y regionaliza; ambos fenómenos están presentes en el contexto actual y hay que dar opciones y estrategias para cada una de estas características.²⁸ Esto debe interpretarse inteligentemente: los reajustes y acciones económicas no van a poseer exclusivamente un carácter ni globalizador ni integrador. En primer lugar: hay bastantes regiones o países que van a quedar "afuera", en la periferia de las acciones económicas del nuevo contexto con las nuevas reglas. Es inevitable que haya "vencedores" y "vencidos". Pero ¿cuáles son los perdedores con la globalización propiamente económica? De entrada, se podría puntualizar de la siguiente manera: por un lado, aquellos grupos o empresas que buscan la protección de los mercados internos; también: los empleados que se quedarán sin trabajo cuando una compañía transnacional se traslade a un país o a una región con mayores ventajas competitivas. Es decir: se ha incrementado la inseguridad con relación al empleo y los salarios. Aumentan los contratos laborales sin compromisos de largo plazo entre empleado y empleador. En Egipto, por ejemplo, es usual como requisito de contratación una carta de renuncia previa. Pero el asunto es más amplio pues se ven amenazados, también, aquellos países retrasados con condiciones precarias para poder ingresar bien en la competencia. Por ejemplo, mucho se habla de la inversión de capital para el progreso, pero no puede olvidarse que "Más de la mitad de todos los países en desarrollo han sido dejados de lado por la inversión extranjera directa, dos tercios de la cual ha ido a solo ocho países en desarrollo".²⁹ Las diferencias entre los países en desarrollo se han profundizado. Y en los mismos países industrializados, el desempleo y la desigualdad de ingresos se han ampliado.³⁰ Pero, adicionalmente, y esto es lo más decisivo: quedarán rezagados aquellos pueblos o individuos que no se suban a la locomotora de la tecnología y la nueva economía.

Entonces, tenemos un mundo cada vez más globalizado e internacionalizado, aunque con desarrollos cargados de contradicciones: la regionalización, la fragmentación, la desigualdad, se añaden al concierto. Hay un gran mar de incertidumbre y de intranquilidad para los países y los individuos. Pero no cabe la pasividad, hay que abordar el momento histórico, agarrar el animal por sus astas, y eso nos conduce a la acción, por lo tanto, a la política. Y aquí tenemos que asumir algo con lucidez: no todo es igual, ni todas las acciones son válidas. Todo dependerá del lugar, el momento, y la decisión y la voluntad que inter-

vengan. Es entonces apenas conveniente que se distinga en el mundo de las diferencias, en la *real politik*, lo que más conviene. A la vez que buscar la comprensión de las tendencias históricas, implacables y sobrecogedoras, con especial relevancia, la exploración de los bloques económicos y las posibilidades que ofrecen para el desarrollo. Por eso, debemos volver a considerar la mutipolaridad: ¿hasta dónde llegan las diferencias entre los desarrollos capitalistas de los tres bloques? Pero, esta vez, hacia la política: las estrategias de desarrollo. En esa dirección nos vamos a permitir realizar una digresión acerca de las diferencias entre los “modelos” japonés y estadounidense —si se quiere anglosajón— de capitalismo y sus implicaciones para las naciones que se apuntan con uno u otro por razones políticas, geográficas o históricas.

EL CAPITALISMO Y LAS ESTRATEGIAS DE DESARROLLO

Lo primero que hay que advertir es que los países del mundo moderno, aunque con su fundamento económico y social en el capitalismo, no han tenido los mismos derroteros, no solo al comparar sus situaciones sincrónicamente sino, en especial, si se analiza su evolución a lo largo de la historia. Por eso, decir que un país es capitalista constituye una abstracción carente de mucha utilidad. Las preguntas pertinentes deberían ser más bien del tipo de: ¿qué clase de estrategia capitalista tiene en este momento?, ¿cómo evolucionó en las décadas anteriores?, ¿cuáles fueron los cambios y por qué se dieron?, ¿cómo se compara la situación de cada uno con los otros países? O, incluso, si se quiere un mayor *insight* histórico: ¿cómo se ha dado la relación entre sus patrones culturales y la integración del capitalismo y la tecnología occidentales? Hay aquí una invocación expresa al respeto a la diversidad y al análisis concreto, específico. Asuntos como la relación Estado-economía o la que existe entre Estado y sociedad civil, por ejemplo, no pueden considerarse absolutas, ahistóricas. Más que afirmar un desarrollo desigual y combinado de naciones capitalistas (que asume un solo rasero casi lineal para medir diferentes evoluciones), parece más apropiado el considerar diferentes vías en que las naciones han integrado en su vida las reglas que se han conceptualizado a través del término sombrilla de “capitalismo”. Con base en esa advertencia, que modera, relativiza y contextualiza históricamente, ya podemos usar el término “modelo” para analizar algunas dimensiones del desarrollo internacional que nos parecen pertinentes para los propósitos de este libro.

Modelos de desarrollo

Al caer la Guerra Fría con la implosión del mundo soviético, se han evidenciado diferencias en las estrategias de desarrollo nacional antes cubiertas casi indiscriminadamente con la cobija del capitalismo. Lo más significativo, desde nuestro punto de vista, refiere a la experiencia asiática, y particularmente al llamado “milagro” japonés. Al fin y al cabo, Japón es, hasta ahora, el único país no occidental que ha logrado ingresar en el “jet club” del primer mundo.

Para empezar, las diferencias se pueden colocar en 4 planos: el *timing* de los compromisos colectivos con las políticas nacionales, una estructura económica y social hacia la exportación en el mercado internacional, el papel del Estado en la vida social, y el lugar de la infraestructura social y física.

Podemos decir que, mientras que el “modelo norteamericano” de capitalismo de la segunda parte de nuestro siglo, especialmente promovido y “exportado” alrededor de los años 80, afirma una “flexibilidad” económica con base en mercados no regulados, intervención estatal limitada, y sobre todo *perspectiva de corto plazo*, el “modelo japonés” (después de la Segunda Guerra Mundial) lo hizo mediante compromisos de largo alcance, mercados integrados en instituciones políticas y sociales y sus relaciones, y con una estructura atada por medio de elementos de autoridad y de jerarquía, que se hundan en la historia. Europa, donde han prevalecido diferentes tipos de desarrollo económico, se han dado también compromisos de largo plazo aunque con fundamento en negociaciones sociales políticas más que en lealtades tradicionales, construidas sobre patrones culturales, históricos y sociales específicos. Estos modelos, que no siempre han mordido el tejido de la realidad muchas veces se quedan en el discurso ideológico o político, deben analizarse como parte del debate general sobre las estrategias para el desarrollo de las naciones.

Si bien para el “modelo asiático” como para el norteamericano se afirma el rol de las exportaciones, hay diferencias de fondo en el resto. Por un lado, las estrategias asiáticas enfatizaron las acciones directas de promoción de las exportaciones (como, por ejemplo, crédito subsidiado, ayuda gubernamental en las estrategias de mercado, apoyo en la obtención de tecnología, etcétera), mientras que el “modelo anglosajón” colocó sus “negritas” en la eliminación de barreras (como las tasas de interés sobrevaluadas, los impuestos a la exportación, y las regulaciones burocráticas). La idea de base en este último es que las exportaciones se incrementarán por sí mismas una vez que sean eliminadas las trabas; es decir, para favorecer un mercado menos distorsionado por la intervención de agentes “no económicos”: un “clasicismo” al estilo decimonónico.

De este esquema se nutrieron las políticas impulsadas por los norteamericanos y las agencias financieras internacionales bajo su influencia en los años 80 y la primera mitad de los 90: eliminar barreras de importación (aunque *independientemente* del impacto que esto podría tener en la capacidad productiva

del país, y, más aun, sin tomar en cuenta la estabilidad política y social). En ese sentido, la liberalización por sí misma fue considerada suficiente para aumentar la competitividad de los productos.

En todo esto, debe repetirse, los planteamientos no han coincidido enteramente con la realidad incluso en su propio territorio: en teoría, ausencia de agentes no económicos mientras que, en la práctica, subsidios estatales de diferentes tipos y trabas en el mercado doméstico. Como dice el refrán: “del dicho al hecho, hay mucho trecho”. Mucha de esta historia en política económica puede considerarse como de “exportación”. En fin, ideología *versus* realidad; lo mío y lo otro. Tampoco debe perderse de vista en la promoción del modelo “anglosajón” la influencia de algunos gobiernos particularmente conservadores durante los años 70 y 80.

De cualquier manera, lo que queremos poner en relieve es que el esquema asiático fue diferente: promovió las exportaciones pero dentro de un contexto de alta protección del mercado doméstico. Si bien en los últimos años este último esquema se ha visto influido por el escenario que vivimos (la caída de la Guerra Fría, la presión de los EUA –especialmente– y la misma dinámica de la globalización) hacia una economía cada vez más abierta, sin embargo, los procesos de liberalización se han dado en esa parte del planeta de manera mucho más lenta que en otros países (como los promovidos en América Latina). Ya ampliaremos nuestro parecer sobre esta relación entre economía y política.

Con relación al papel del Estado en la vida social, debe añadirse algo más: en el caso del modelo asiático (especialmente Japón, Corea, Taiwan), se dio un uso extensivo de una política industrial orientada a la promoción de ciertos sectores económicos, es decir: un “direccionamiento” de la acción económica. Este proceso, realizado con instituciones hoy ya famosas, ha llamado a la reflexión más profunda por los especialistas de la economía moderna. Para el otro esquema, los gobiernos no son capaces de determinar mejor que el mismo mercado las estrategias más convenientes: la apuesta siempre al mercado, que debe liberarse de influencias externas (en teoría, algo siempre factible). No se puede negar que estos planteamientos nutrieron los razonamientos y acuerdos de la Ronda Uruguay en el GATT y todavía se encuentran substantivamente en la Organización Mundial del Comercio. Y esto, por supuesto, determinará, a la larga, buena parte de las características de la economía mundial en las siguientes décadas. No se puede evadir.

Otro de los elementos que ha sido característica de la estrategia seguida por las naciones asiáticas ha sido la promoción del desarrollo económico con una perspectiva más *global*, que pone relevancia especial en la infraestructura y el capital humano. En particular, la educación. Y, nadie lo puede negar, éste es un territorio privilegiado del Estado. Si bien el modelo estadounidense se afirma que estas funciones son también propias del Estado, sin embargo, en la realidad práctica, por ejemplo, cuando se promovió su aplicación en varios países de la región americana se enfatizaron otros objetivos y, por lo menos en el corto y mediano plazos, ha promovido el deterioro de los presupuestos que estos sectores requieren para ser eficaces.

Una vez que establecemos firmemente la existencia de una estrategia diferente en el desarrollo de Japón, se convocan varias interrogantes: ¿por qué y cómo fue posible?, ¿es una experiencia repetible o exportable?, ¿puede considerarse un auténtico modelo para el desarrollo?, ¿es drásticamente diferente de las estrategias de desarrollo asumidas por otras naciones capitalistas? La respuesta para la segunda pregunta es positiva. Un estudio reciente del Banco Mundial sobre los países asiáticos revela, lo que todos ya sabíamos, un conjunto de políticas económicas similares seguidas por Japón, Taiwan, Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Indonesia, Malasia, y Tailandia; aunque en etapas diferentes de desarrollo en cada nación. La clave, de nuevo, aparte del manejo de una macroeconomía estable, estuvo en la protección del mercado doméstico y subsidios a la exportación de diferentes tipos, así como la creación de una base de instituciones locales y nacionales para el crecimiento (que incorporó relevantes mecanismos de coordinación entre el sector privado y los gobiernos y el respaldo de amplios sectores de la población).³¹ ¿Conclusión? Puede juzgarse como un modelo posible de seguir bajo ciertas condiciones. Pero sigamos adelante.

Existen varios elementos políticos globales que intervinieron en el éxito de Japón (y luego de los tigres asiáticos) que no deben subestimarse. No puede olvidarse, por ejemplo, que aunque derrotado por los norteamericanos Japón fue una potencia imperialista, en el mejor estilo europeo de aquella época. El factor más relevante es, sin embargo: la Guerra Fría. La inversión que, por motivos de "seguridad" y confrontación con el comunismo, realizó los Estados Unidos en varios de estos países durante años fue considerable: un soporte económico, social y también tecnológico muy significativo. Nutrió con múltiples recursos la economía de estos países. La geopolítica pesó mucho en esta

parte de Asia. A la vez que la URSS vio expandida todas sus fronteras, especialmente las europeas por el Oeste aunque también por el Este, Corea del Norte ya se creaba formalmente, en 1948, bajo el manto “protector” de las fuerzas de ocupación soviéticas, y, poco tiempo después, en 1949, los comunistas tomaban el mando en China. El vacío de poder provocado por la derrota japonesa fue ocupado casi íntegramente por los comunistas (las islas Kuriles y Karafuto-Sajalín— todavía en manos rusas son un símbolo de aquel desenlace). Los EUA trataron de poner límites a la expansión comunista, por ejemplo, en la península coreana incluso con la intervención militar, pero a pesar de la guerra, 1950-1953, el paralelo 38 siguió dividiendo al país, y dejando en pie la tensión. Corea del Sur quedaba directamente en la línea de contención. Taiwan era lo único que sobrevivía de una China tomada por los comunistas. Y, en los nuevos tiempos, si se preservaba a un Japón derrotado, débil, solo se podía favorecer la expansión comunista. Los problemas de las potencias europeas en Indochina no estaban tampoco fuera del escenario. Japón y, en general, Asia del Este ocupaban indiscutiblemente un lugar estratégico.

El asunto que nos interesa: ¿cómo se tradujo la geopolítica de la Guerra Fría en economía? Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, con Europa y Japón en ruinas, la única vía de recuperación de sus economías y de reactivación de la economía mundial estaba en los Estados Unidos como el pivote fundamental. No solo como el gran mercado para aquellas naciones sino, también, como el gestor y donante de una extraordinaria ayuda directa para fábricas, empresas, instituciones y gobiernos. El “Plan Marshall”, por ejemplo, llegó a suponer hasta un 2% del PIB estadounidense. Durante muchos años, el mercado de los EUA estuvo abierto ilimitadamente a Japón, sin reciprocidad, con especial relevancia en el campo de la tecnología. La voluntad manifiesta era recuperar y desarrollar a las naciones aliadas y algunas de las exenemigas para convertirlas en una “contención” eficaz contra la expansión del comunismo (al principio, sin embargo, EUA ofreció ayuda a Stalin, quien la rechazó, con base en sus propios cálculos políticos). Los EUA habían asumido un liderazgo político y militar internacional que suponía un altísimo costo económico. En particular, supuso la desviación del trabajo en investigación y tecnología y conocimiento hacia dimensiones económicamente improductivas. Estas distorsiones no fueron vividas ni por Japón ni por Alemania ni tiempo después por Corea o Taiwan, una seria ventaja de origen geopolítico e ideológico. En este escenario, Japón pudo desarrollar una economía hacia la exportación (relevantemente

hacia los EUA), con un mercado protegido (más bien cerrado), con insumos tecnológicos obtenidos en circunstancias extraordinarias, con ayuda directa económica, sin incurrir sustancialmente en gastos de seguridad, y con una política doméstica de bajos salarios, mucho ahorro y optimización del trabajo. Condiciones que apuntalaban la acumulación de capital y una organización social y económica eficaz para su progreso.

Es interesante cómo la derrota de Japón en la guerra, en este contexto de la Guerra Fría, se convirtió en un peldaño para su transformación en una nación altamente desarrollada industrialmente, su incorporación en el primer mundo. ¿Una paradoja histórica? Sin duda, como tantas más que han habido.

La estrategia de Japón fue seguida casi inmediatamente por los ahora llamados “tigres asiáticos”, los que se beneficiaron de circunstancias similares (hasta cierto punto), pero con un elemento adicional fundamental: un Japón fuerte y desarrollado, que no solo aportó el “modelo” sino capital y ayuda directa. Los japoneses también tenían su agenda propia, desde un principio, más allá de la contención del comunismo. Mientras duró la Guerra Fría, Japón y los tigres asiáticos lograron crear economías hacia la exportación y, a la vez, capear la presión para abrir sus mercados: el *quid* de su estrategia. Sobre esto, hay juicios fuertes: Lester Thurow, por ejemplo, hace pocos años sostenía que la combinación de mercados asiáticos cerrados (con su consecuente superávit comercial) y déficit comercial y fiscal de los EUA era la principal “falla tectónica” en la economía mundial. Hoy estamos en otro mundo. De cara a un futuro con una previsible mayor economía de mercados libres, bajo presiones económicas, políticas y tecnológicas, hay que replantear las perspectivas.

Mucho se habla de la habilidad japonesa para usar y gestionar el saber hacia su desarrollo, como si fuera un mero insumo económico. No debería perderse de vista que fue este contexto político, que describimos, el que hizo posible la estrategia japonesa con relación al conocimiento, que potenció un ascenso económico basado no tanto en la producción del conocimiento sino en hacerlo productivo (no es lo mismo la producción del conocimiento que la utilización de éste). Hasta hace relativamente muy pocos años, Japón ha importado más conocimiento del que ha exportado, lo que —ya de cara al futuro— apunta fronteras en la estructura de su quehacer cognoscitivo (en ciencias básicas, por ejemplo, sus resultados son relativamente débiles). Aparte de entender el escenario político e histórico en que esto se dio (y por ende sus límites), sí es im-

portante sacar las lecciones: una estrategia de gestión y mercadeo eficientes del conocimiento permite dar saltos acelerados en la producción. Esto, por supuesto, supone un sistema de educación y formación colectiva adaptado a las exigencias de la misma estrategia.

La pregunta que nos aprieta las sienes: ¿será esta experiencia repetible en otras zonas del planeta como Africa o América Latina, para empezar, con contextos culturales diferentes, y en mitad de una nueva época: a principios del Siglo XXI, sin Guerra Fría, con mayor globalización y más mercados libres? Es muy difícil. Pero entonces: ¿qué conclusiones obtener de ese decurso? Los asiáticos supieron manipular inteligentemente el escenario en su beneficio. Esto es lo relevante. Pudieron no hacerlo y no modificar tan sustantivamente la vida del planeta. Al margen de las ventajas o la unicidad del escenario histórico, la primera gran lección es la presencia de *una estrategia y una voluntad colectiva* para usarlo apropiadamente. Un punto de partida necesario, aunque no suficiente. Por eso, además, se requiere repasar algunos de los componentes de esa estrategia, que bien podrían usarse creativamente en los nuevos tiempos. Ya volveremos sobre esto.

Aquí debemos hacer una inflexión teórica adicional, un paréntesis político: no puede dejarse por fuera el hecho que en todos estos países han existido regímenes más bien autoritarios, con prácticas reñidas con la democracia. La realidad es que, probablemente siguiendo viejas tradiciones de ejercicio del poder por medio de burocracias "ilustradas", han sido un común denominador en estas naciones los gobiernos fuertes, dirigistas, con pocos espacios para la disidencia. Aunque, con ritmos más bien rápidos (la presión del desarrollo social, la cultura y la educación), la situación ha ido progresando hacia formas democráticas y participativas de convivencia colectiva. De cara a las estrategias de desarrollo nacional en general, algunas preguntas emergen inmediatamente: ¿es necesario un gobierno autoritario para conducir en la senda del crecimiento económico acelerado a una nación del Tercer Mundo?, ¿es compatible la democracia con el crecimiento económico en todas las etapas? Sin duda, el crecimiento económico y el progreso social (material y cultural, de la calidad de vida) empujan a la democracia, pero ¿será necesaria en algunos casos una fase previa de gobierno autoritario? O puesto de otra manera: ¿puede la democracia dotarse de mecanismos colectivos que logren en el quehacer económico una dirección coherente, estratégica, eficaz? Es cierto que algunos gobiernos autoritarios han logrado para sus naciones el crecimiento económico acelerado,

bajo ciertas condiciones geográficas, históricas, y políticas (no solo en Asia), pero también hay evidencia de exactamente lo contrario: dictaduras que han conducido hacia el desastre económico. América Latina está plagada de muchos ejemplos. El punto en debate, que retorna recursivamente, es acerca de las posibilidades de éxito del matrimonio entre la democracia y el progreso económico para salir del subdesarrollo. En nuestro criterio, que ya lo hemos expresado antes, y aunque pensamos que no debe haber prescripciones universales, consideramos que la respuesta debe buscarse en un Estado fuerte con fuerte control social, lo que refiere no solo a los mecanismos electorales, tantas veces manipulados, sino a la auténtica participación colectiva en la democracia representativa. Volvamos ya a algunos de los elementos de la experiencia asiática que deberían sufrir el escrutinio más profundo y lúcido.

Un factor relevante en la política de desarrollo de los países asiáticos refiere a la organización del trabajo: mientras que para las potencias occidentales como (Inglaterra, Estados Unidos, Alemania), el desarrollo de nuevas tecnologías (resultados, procesos, cosas) las colocó en la vanguardia, en la segunda mitad del Siglo XX fue la productividad del trabajo la que tuvo mayor responsabilidad en países como Japón, Corea y Taiwan. Esto fue el resultado de muchas variables. Drucker, por ejemplo, enfatiza aquí la aplicación de las técnicas de Taylor en el trabajo. Aunque a veces no se considera así, y más bien sus métodos han sido criticados duramente desde la óptica de la intelectualidad de izquierda, debe reconocerse el impacto de las ideas de Taylor en el desarrollo de la productividad del trabajo: reducción del trabajo a acciones simples repetitivas que se podían hacer de manera adecuada, en un tiempo adecuado y con las herramientas apropiadas. El taylorismo tuvo que ver en la organización del trabajo para lograr su mayor productividad, en particular cuando se parte de una fuerza laboral poco formada, preindustrial, pero también, en Japón, tuvo que ver mucho la capacidad de generar el estímulo a la labor realizada, la mística de empresa, la protección cuasifamiliar de los trabajadores, la seguridad en la estabilidad laboral, el compromiso global en el trabajo, y una serie de métodos de organización que optimizaron la producción japonesa y la de los otros países posteriormente.

La apuesta al capital humano y físico siempre es decisiva: son multiplicadores de la capacidad económica, y, también, de la distribución de la riqueza. En estos países se logró una acumulación de capital y humano e infraestructura por medio de la educación, el ahorro, y garantías especiales para disminuir el

riesgo a la inversión privada. Esto es sencillamente un manejo proteccionista de la economía. No es un secreto que durante muchos años, por otro lado, se enfatizó el empleo más que los aumentos de salario: había que conseguir capital para las inversiones necesarias para poder crecer (la “acumulación originaria” de la que hablaba Marx en *El Capital*); también, hubo una intervención estatal en el mercado de créditos, se buscó por todos los medios tecnología extranjera (incluso por mecanismos no muy claros), y se promovieron industrias específicas que ellos determinaron podían resultar competitivas en el mercado internacional. Cuando a finales de los años 80 y los años 90 se dio una liberalización mayor, y a pesar de las presiones norteamericanas para disminuir sus mercados protegidos, con la base que habían obtenido en las pasadas décadas, los gobiernos siempre mantuvieron su papel relevante en la administración de la nueva situación, siempre han preservado hasta ahora un activo papel de apoyo al sector privado para mejorar su competitividad y para aprovechar nuevas oportunidades en el contexto que vivimos. La crisis en el sistema financiero de estos países, que arrancó en 1997, reveló que también tenían importantes debilidades (ausencia de un manejo eficiente, seguro y no corrompido de la banca), lo que ha obligado a cambios significativos, pero no se puede poner en duda el valor de la estrategia económica que siguieron. Es difícil ocultar o negar el éxito de los llamados “tigres” de Asia del este (Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong, Singapur). Salvo, y hasta cierto punto, por el caso de Hong Kong, estos países no siguieron completamente el modelo sugerido por las agencias internacionales. Si bien adoptaron la promoción de las exportaciones industriales, sin embargo, no le dieron libre acceso a las importaciones ni tampoco abrieron sus economías al capital extranjero. En todo los casos: el Estado jugó un rol fundamental en estas economías. Hasta principios de la década de los 60 los países del Asia del Este habían seguido la tradicional industrialización de la sustitución de importaciones, con capitales proveniente esencialmente de la ayuda exterior de los Estados Unidos (recuérdese, dada por consideraciones geopolíticas: la Guerra Fría). Relativamente rápido, estos países se movieron fuera de la estrategia de sustitución de importaciones hacia otra de promoción de las exportaciones, con base en el trabajo intensivo, como una alternativa para obtener capital para poder nutrir sus desarrollo. A diferencia de América Latina, que más bien profundizó la sustitución de importaciones, estos países apuntalaron la promoción de las exportaciones. Durante los años 60 y 70, los países del Asia del Este tuvieron gran éxito. Mientras tanto, la estructura pro-

ductiva se diversificaba hacia nuevos y sofisticados productos y las exportaciones industriales competitivas en los países industriales más avanzados. Esta estrategia les permitió, por ejemplo, responder en mejores condiciones a la crisis de la deuda externa acumulada en los años 70. En los años 80 y 90, estos países pudieron responder al nuevo contexto de desarrollo.

Debe reconocerse con toda claridad que los países del Asia del Este y el Sudeste se han beneficiado de su asociación con Japón y con un acceso privilegiado a las finanzas, y, a pesar de la crisis financiera que azotó la región en los últimos años.

Ahora vayamos a una pregunta que dejamos sin respuesta antes y que refiere a un asunto de perspectiva global e histórica. En la evolución del capitalismo, ¿son la regulación gubernamental de la economía y la existencia de empresas estatales una excentricidad asiática? No exactamente. La intervención del Estado en la economía que realizó Japón no debe verse como totalmente ajena a las experiencias realizadas en otras latitudes. La realidad es que la intervención reguladora por parte de los gobiernos en la economía ha estado presente en la historia de las principales potencias capitalistas. ¿Acaso no se dio en los Estados Unidos una regulación de los bancos, electricidad, teléfonos, ferrocarriles desde 1870? Y todas las fórmulas keynesianas que se han usado de diferentes manera para tratar de compensar las crisis capitalistas cíclicas, ¿no son una intervención seria en la economía? ¿Y la propiedad estatal de empresas desde finales del siglo pasado en ese mismo país? ¿Y cómo caracterizar la acción de Bismarck que construyó el Estado de bienestar alemán desde el mismo siglo pasado, expandido después de la Segunda Guerra Mundial y bandera privilegiada de la Socialdemocracia europea? ¿No es el “modelo del Rin” un gran ejemplo de intervención? ¿Y cómo caracterizar los subsidios o el proteccionismo en los EUA y la Unión Europea, todavía campantes? La opinión en ese sentido Peter Drucker es muy drástica:

“... Los japoneses después de la Segunda Guerra Mundial no adoptaron el Estado de Guerra Fría. Su gobierno no intentó convertirse en dueño del economía ni en dueño de la sociedad sino que más bien se reconstruyó después de la contundente derrota siguiendo las pautas tradicionales del siglo XIX. Por supuesto, en el terreno militar no tenía otra opción, pero tampoco instituyó casi ningún programa social. La única excepción fue el *Seguro de En-*

fermedad, que le fue impuesto por los victoriosos norteamericanos durante la ocupación. Japón no nacionalizó la industria; de hecho, y hasta que la señora Thatcher hiciera lo mismo como primer ministro en Gran Bretaña en los ochenta, Japón fue el único país desarrollado en el cual se devolvieron a la propiedad privada industrias que habían sido nacionalizadas anteriormente, por ejemplo la industria del acero. (...) El gobierno en Japón trabaja en estrecha colaboración con las grandes empresas, otra vez sin diferencia con la forma en que el gobierno en la Europa continental trabajaba en estrecha colaboración con los intereses económicos a finales del siglo XIX; de hecho tampoco es muy diferente de la forma en que el gobierno de Estados Unidos trabajaba con los intereses empresariales o agrícolas alrededor del cambio de siglo.³²

Es innegable que la intervención del Estado en la economía, a pesar de los criterios liberales decimonónicos clásicos, forma parte de las tradiciones de la sociedad moderna, a veces en un sentido y a veces en otro. En el caso de Japón, Drucker afirma que: "... está casi totalmente ausente de las esferas a las que se ha trasladado el gobierno del siglo XX en el resto del mundo. El gobierno de Japón sigue siendo primordialmente un *guardián*."³³ Las esferas a la que se refiere son: por un lado, el tiempo económico (las fluctuaciones económicas, la gestión de la economía para impedir o controlar recesiones y depresiones), y, por otro lado, el uso de los impuestos y otros medios fiscales para redistribuir la renta nacional (esto último, ha favorecido en el mundo, además, el uso político de los fondos públicos). En efecto, en Japón y las otras economías se ha dado una intervención en la economía muy fuerte, pero no fuera de los márgenes que las mismas potencias capitalistas occidentales tuvieron en algunos momentos de su propio desarrollo. El punto central es que más que la cantidad de intervención, lo decisivo es la finalidad y la incidencia de la misma. A lo largo del planeta, hemos presenciado muchas experiencias de intervención estatal en la economía, extremas como las comunistas y fascistas pero, también, otras que aunque menos dramáticas también obstaculizaron el progreso colectivo. El asunto en debate es ¿cuál es la intervención estatal que mejor se adapta a las circunstancias históricas, políticas, nacionales e internacionales, y que pueden sostener el desarrollo? ¿Y cuál es su factibilidad en escenarios locales o internacionales? Querer no es poder. Aquí hay política, y ésta siempre será el

arte de lo posible. Las respuestas no pueden ser prescripciones universales en un sentido u otro.

¿Cómo entender la economía de América Latina a la luz de este tipo de reflexiones que hemos abordado? Una de las razones más importantes por las cuales América Latina profundizó su estrategia de sustitución importaciones y no la promoción de la exportación de manufactura, fue la existencia de una gran riqueza natural propia que le permitió siempre una fuente para obtener divisas en el exterior (cobre, petróleo, café, etc.). Es otra de esas paradojas a las que hicimos antes referencia: la riqueza como causa de su pobreza. ¿Por qué? Las razones apuntan en muchas direcciones: la no orientación hacia una producción con mayor valor agregado, la debilidad de sus instituciones, el tipo de asociación con el capital internacional, y tal vez hasta una modorra cultural que debilita el esfuerzo y disciplina colectivas en el trabajo. El manejo económico de sus recursos naturales obligó, por ejemplo, a grandes cantidades de capital y tecnología avanzada para crear industrias en los sectores claves (petróleo, cobre, etc.), muchas veces con inversiones estatales llenas de los vicios de sectores públicos ineficientes y corruptos, y en donde siempre se dio la mayor inversión por parte de los capitalistas de los Estados Unidos y sus reglas de juego (por ejemplo, con exigencia de repatriaciones de capital muy rápidas).

En perspectiva es necesario un balance histórico: el gran énfasis dado por América Latina a la exportación de bienes primarios, que llega a nuestros días, ha generado una menor participación en redes internacionales y por ende de sus posibilidades de crecimiento económico. Para empezar, el desarrollo de una industria manufacturera en América Latina capaz de penetrar en los mercados europeo y asiático, más allá del norteamericano y latinoamericano, es reciente, y lleno de incertidumbres. La realidad es que el crecimiento de los mercados en América Latina ha sido lento y débil si se compara con el que se ha dado en el Asia del Este y del Sudeste. Debe tomarse en cuenta que el mercado que globalmente ha crecido más internacionalmente es el de la manufactura, muy lejos de aquel que se basa en las materias primas. La clave: el crecimiento del valor agregado, que pone en movimiento muchos elementos dinamizantes en la acción económica.

A pesar de todo, no se puede negar que la combinación económica de sustitución de importaciones y exportación de productos primarios, tuvo cierto éxito antes de los años 80, si se mide con algunas variables (ahorro, inversión,

crecimiento e incluso exportaciones industriales). En los años 70, sin embargo, cuando la región trató de escapar de su dependencia en lo que se refiere a la inversión directa por medio de créditos de los bancos privados, la falta de una base de exportación adecuada para poder sostener el servicio de la deuda condujo a la crisis y a la situación desastrosa de los años 80. Desde mediados de los 80 hasta los 90, para responder a la crisis, varios países latinoamericanos adoptaron una versión radical del modelo patrocinado por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. En todo a los casos, las políticas se dirigieron a lo mismo: estabilidad macroeconómica, liberalización del comercio, y una extensiva desregulación y privatización. En los 90, debido a los cambios y a la nueva situación de los mercados financieros internacionales, América Latina volvió a tener acceso al capital extranjero, lo que ayudó a estimular su crecimiento, pero se trata de un crecimiento muy débil y vulnerable si se compara con el que han tenido los países del Asia. ¿Hasta dónde llegará esta realidad? Es inevitable: la declinación de la inversión en los años 80 y principios de los 90 tendrá efectos negativos de largo plazo y condicionará la transición en la construcción de estilos de desarrollo nacional acordes con el escenario histórico. Este es el escenario general que condiciona el decurso de cada una de estas naciones.

Ahora llegamos a un punto importante en las perspectivas del desarrollo, que hace aterrizar el significado de la multipolaridad para cada país: ¿cómo condiciona una asociación con el bloque y un modelo capitalista preciso el desarrollo de las naciones? Esto será cada vez más decisivo de entender. Debe consignarse de entrada, por ejemplo, que las distintas opciones desarrolladas con relación al mercado y la producción han generado grandes diferencias dentro del Tercer Mundo en lo que se refiere a la capacidad productiva y al crecimiento del mercadeo internacional. Algunas empresas del Tercer Mundo se han convertido en importantes inversionistas en el extranjero mientras que la mayoría no puede vender ni siquiera en sus mercados domésticos sin altos niveles de protección (África, Asia del Sur y, por supuesto, parte de América Latina). No se puede dejar de extraer las conclusiones con toda honestidad. Ya hablaremos con mayor detalle de la desigualdad en las condiciones y perspectivas internacionales.

Consideremos ahora algunos planos de la forma como se vinculan las naciones a las potencias en diferentes bloques: el acceso a mercados y la tecnología, la disponibilidad de recursos financieros, y la promoción de las capacida-

des económicas. Nuestra apreciación general de partida, explícitamente, es que en la región asiática el papel de Japón ha resultado, hasta ahora, más ventajoso para el desarrollo de algunas de estas naciones. Vayamos a los planos que hemos señalado. En primer lugar, con relación al mercado, las empresas japonesas han sabido incorporar a otros países asiáticos en redes de producción y mercado, dándoles acceso tecnología y capacidad de organización. Las multinacionales japonesas, en general, han sido más abiertas que las norteamericanas para trabajar con socios locales. Por ejemplo, las posibilidades abiertas para los productores asiáticos de ingresar en mercados norteamericanos a través del mismo Japón. Basta observar, en la industria automovilística, los acuerdos entre las firmas japonesas y las coreanas (Mitsubishi y Hyundai, etc.): vgr. el *Galloper* que integra varias tecnologías. Si los EUA ofrecieran hoy a América Latina los espacios y ventajas que ofreció a Asia del Este durante la Guerra Fría, su impacto sería tremendo en las posibilidades de estas naciones. Pero eso está excluido. Nuevos tiempos exigen otras expectativas y políticas.

Ahora bien, con relación al capital externo, hay una condición decisiva en los países asiáticos del Este: el ahorro. Esto significa una dependencia menor del capital extranjero. Si se compara la situación de los años 80 entre América Latina y, por ejemplo, los mismos países del Sudeste asiático el contraste es fuerte: mientras en América Latina el flujo de capital fue negativo, con la deuda externa y la retirada de los créditos de la banca privada, en aquellos países pudieron utilizar recursos externos a través de la inversión directa y préstamos de Japón y los tigres asiáticos. Además, ya lo señalamos, la composición del capital que ha intervenido en América Latina ha tenido y todavía tiene sus debilidades: en gran medida, volátil, inseguro. Durante los años 90, los países del Sudeste asiático, para insistir en esta segunda camada de posibles nuevos tigres, se han visto beneficiados de inversiones directas de capital. Esta es una mucha ventaja, pues es más difícil de retirar cuando cambian las preferencias del inversionista, ejerce menos presión hacia las tasas de interés, y está más asociado a la inversión que al consumo.

Finalmente, debemos colocarlo en un lugar de la mayor relevancia: se ha dado un énfasis especial en el capital humano y material, especialmente en la educación. Con énfasis en educación primaria los países del Este y Sudeste asiático redujeron los niveles de desigualdad, si se comparan con otros países del Tercer Mundo. Esto ha sido así como parte de la visión y modelo japonés de capitalismo, que subraya la necesidad de un desarrollo institucional estatal

que acompaña y apoya al sector privado en el mejoramiento de sus condiciones de competitividad. La clave: apoyo sustancial a la educación, entrenamiento de la mano de obra y la inversión en nuevos equipos e infraestructura. Es posible que se encuentre un substrato para esto en la cultura de estas naciones en donde el confucianismo (hasta cierto punto) y la estructura política y social basada en la burocracia ilustrada y competitiva en educación del mandarín tengan su cuota de responsabilidad. Pero, sea como sea, se trata de asuntos que deben estudiarse con mucho cuidado para orientar las estrategias de desarrollo nacional en el resto del planeta. Sin duda, mercados dinámicos, recursos financieros adecuados, énfasis en la educación e infraestructura y creciente capacidad económica son premisas para pretender el desarrollo de los países del Tercer Mundo, y en estos asuntos el bloque que gira alrededor de Japón ha tenido ventajas especiales.

Tendencias económicas y la política del desarrollo

Estamos ante un asunto social y políticamente complejo, que no se puede abordar con ataduras ideológicas o doctrinales, sino con el sentido más profundo de la política, concurrencia equilibrada, inteligente, de necesidades y posibilidades en la acción. A la larga, no se podrán proteger los mercados internos, asumir lo contrario sería suicida, pero también debe decirse con claridad: la ausencia de protección no es garantía de éxito para todas las naciones. Depende de su grado de desarrollo, de las posibilidades de sus empresas para competir y no sucumbir.

El proteccionismo, como hemos visto, no ha sido siempre una política negativa o inútil (Taiwan y Corea del Sur se tomaron 30 años para abrir sus mercados).³⁴ En nuestro escenario de fronteras de siglos, si se asumen políticas proteccionistas, sin embargo, debe pensarse, en primer lugar, que se trata de una política con vocación temporal, y, segundo, se deben promover medidas que impidan una obstaculización del progreso de la competitividad. El proteccionismo sin más constituye un error, antítesis *a priori* y doctrinaria frente a la "apertura". Su éxito en una estrategia de desarrollo depende de las circunstancias históricas, aunque también de las características de la economía y la tec-

nología (no se puede proteger a finales del Siglo XX un monopolio de carretas o telégrafos).

De frente a la locomotora: si bien la tendencia actual apunta a disminuir el proteccionismo económico, y casi todos defienden la ideología que la afirma, ¿juegan todos honestamente esta partida? No es posible dejar por fuera que ha existido una moral doble: mientras países desarrollados fomentan la desprotección de los países menos avanzados, ellos mismos la siguen usando como instrumento económico. Cada quien tiene su agenda propia, y el más grande "traga más". Varios países industrializados limitan las importaciones que provienen de los países menos adelantados con gravámenes un 30% superiores al promedio mundial. Y esto debilita la economía de los países más pobres: \$60.000 millones al año —se estima— pierden los países en desarrollo por los subsidios agrícolas³⁵ y los obstáculos a la exportación de textiles en los industrializados.³⁶ Con los acuerdos del GATT se fueron reduciendo las barreras arancelarias pero, entonces, los países industrializados aumentaron las no arancelarias: medidas *antidumping*, restricciones "voluntarias" de exportaciones, etc.³⁷ El fracaso de la tercera sesión de la Conferencia Ministerial de la OMC, en Seattle en diciembre de 1999, expresaba en parte estas contradicciones.

¿Ser o no ser? Bien recoge esta situación el escritor cubano Carlos Montaner:

"Una de las grandes debilidades de las democracias radica en que los gobiernos suelen convertirse en rehenes de los empresarios poderosos o de los gremios organizados, algo que siempre resulta en perjuicio del conjunto de la sociedad, especialmente de los más pobres: los que ni saben ni pueden defender sus intereses. Unas veces son los mineros asturianos o polacos, quienes con gestos broncos exigen y obtienen subsidios para mantener unas explotaciones carboníferas absolutamente irrentables, y otras son los empresarios agrícolas franceses que se comportan como vándalos destructivos para impedir por la fuerza el ingreso al mercado galo de productos españoles que cuentan con una mejor relación entre el precio y la calidad. Estados Unidos, que en Europa es el paladín del libre comercio de plátano —lo que es de aplaudir—, dentro de sus propias fronteras protege su industria azucarera con aranceles exorbitantes, mientras subsidia la producción o la no producción

—algo aun más aberrante— de ciertos granos o de productos lácteos. Incluso, hasta se escuda en intrincados reglamentos sanitarios para impedir que otros exportadores, como sucede con el pollo guatemalteco, lleguen a sus territorios.”³⁸

Conclusión: otra contradicción, esta vez entre ideología y realidad. ¿Cómo regular esto? ¿Cuál es la perspectiva que debemos tener? La ausencia de protección puede beneficiar a los “tiburones y ballenas” económicos internacionales y exterminar a las “sardinias”. ¿Quién lo puede negar? La fragilidad de los países no industrializados es muy grande: en los últimos 25 años, los términos de intercambio se redujeron en un 50% para los países menos avanzados.³⁹ ¿Condena esto a los países del Sur? ¿Es el retroceso inevitable? Creemos que no. En los años que siguen todo dependerá de muchos factores, y, en especial, de la voluntad y política que se den estos países. No debe pensarse que la globalización engendra necesariamente la desigualdad.⁴⁰ La desigualdad emerge, más bien, de las leyes generales de la sociedad moderna y del mercado, un devenir que sin ciertas regulaciones apropiadas solo puede agudizar las contradicciones sociales. Aquí, sin embargo, entran la política, la cultura y la educación, dentro de estrategias nacionales e internacionales.

¿Qué deben hacer las naciones con relación a su política económica? ¿Asumir el proteccionismo de sus mercado? A pesar de las diferencias entre los modelos de desarrollo capitalista que tenemos en el planeta, en perspectiva, parece ganar terreno de manera decisiva la liberalización económica y la competitividad como premisas del orden económico. La idea motriz será prepararse para los mercados libres y globalizados, con acciones previas cuidadosamente estudiadas y realizadas. Pero, de nuevo, ¿cuál es la estrategia a seguir en busca del progreso y la mejor calidad de vida? La respuesta es persistente: la prescripción universal no existe. Habrá que proteger y abrir, con flexibilidad. Muchas acciones económicas tendrán más éxito y jugarán un papel más progresivo en un nivel regional o nacional que en uno globalizado. El espacio de la táctica. El margen para la maniobra económica siempre será amplio. Los pasos que cada nación deberá seguir en la comunidad internacional no pueden ser los mismos ni en los mismos plazos. Todo depende de la capacidad y lucidez para involucrar los diferentes elementos (globalizados o no), en planes nacionales o regionales concretos que impidan la “exclusión” económica. Con un marco internacional apropiado pero, también, con inteligencia, trabajo disciplinado, mística, voluntad y lucidez es posible avanzar.

De manera general, es difícil sostener una actitud muy optimista dadas las tendencias actuales, que hacen de la globalización económica una realidad altamente determinada por las empresas transnacionales y por una lógica que no promueve en sí misma el desarrollo equilibrado y armónico del planeta, y dadas las condiciones sociales adversas que vive la mayor parte de la población mundial. Hoy por hoy, ¿cómo asegurar que cuatro quintas partes de la población mundial estén plenamente preparadas para lidiar con las nuevas tendencias globales, y que de su manejo sea posible la ampliación de su calidad de vida?⁴¹ Pero también hay resultados económicos, tecnológicos, políticos y culturales que nos infunden optimismo.

Una valoración realista, por eso mismo equilibrada, nos coloca frente a la magnitud de los retos y nos prepara mejor. Muchas voluntades y acciones internacionales habrá que conjurar para sobre la base de las tendencias positivas, a la vez, revertir o debilitar las dinámicas negativas de la nueva época.

EL GOBIERNO INTERNACIONAL

De varias maneras, mucho de lo que será posible para avanzar en el desarrollo humano dependerá de que exista la voluntad y la autoridad políticas internacionales para liderar el camino de nuestra especie (aceptamos globalmente la definición de desarrollo humano como “el proceso de ampliación de las opciones de la gente”).⁴² Si todos los caminos señalan hacia la mundialización y a saltos cualitativos en la internacionalización, nada más exige un replanteamiento que las organizaciones internacionales. No solo nos referimos aquí a las Naciones Unidas, también a todos aquellos organismos que fueron creados o previstos en la era de Bretton-Woods. Todas las instituciones públicas internacionales requieren un ajuste importante (no solo entidades como la OTAN)⁴³ y, de la misma forma, las organizaciones internacionales privadas requieren acomodarse a los nuevos tiempos. Un ejemplo: en efecto, el sistema comercial GATT-Bretton-Woods ha sido un sistema dominado esencialmente por los Estados Unidos y en correspondencia con lo que fue un mundo —llamémosle— unipolar. En un mundo multipolar está por verse si la Organización Mundial del Comercio será suficiente y capaz para poder lidiar con los problemas actuales. En opinión del economista norteamericano Lester Thurow, esta organización es insuficiente y está estructurada de una manera equivocada. Sus observaciones son críticas: una organización donde cada país tiene un voto no corresponde a la realidad económica mundial.⁴⁴ El espacio de “lo internacional” y “lo mundial” en nuestra cultura se ha modificado drásticamente, y la profundización de esta tendencia es inevitable.

Como señaló hace poco el que fuera hasta hace poco primer ministro japonés Keizo Obuchi (fallecido en mayo del 2000), con relación a las finanzas mundiales: “Deberíamos mirar mejores maneras sobre cómo debería ser el sistema monetario internacional”.⁴⁵ O, de igual manera, la opinión del canciller alemán Gerhard Schroeder: “deberíamos seguir con nuestros esfuerzos para reformar las estructuras y buscar un sistema financiero internacional más transparente ...”.⁴⁶ La crisis económica asiática de los últimos tiempos ha puesto en jaque al mundo y a sus instituciones financieras. La separación entre capital y producción económica y la volatilidad de las finanzas mundiales han incrementado la vulnerabilidad de las economías incluyendo las más desarrolladas. El primer ministro británico Tony Blair es más enfático: “La crisis actual, a mi modo de ver, ilustra las flaquezas del sistema financiero internacional existen-

te” y “Necesitamos comprometernos hoy a construir una nueva arquitectura financiera, un nuevo Bretton Woods para el próximo milenio”.⁴⁷

¿Hacia dónde van a dirigirse las instituciones internacionales? No existe una bola de cristal que muestre el futuro, y en esto se mezclan realidades y deseos. Pero juzgamos el escenario en términos positivos. En primer lugar, existe la conciencia de que no estamos solamente frente al reclamo de una adecuación a las condiciones tecnológicas de la informática y las telecomunicaciones o a los desarrollos socioeconómicos que se dan, sino, más bien, de un cambio *estratégico en la política internacional*. La perspectiva de más largo plazo que puede nutrir positivamente la mundialización es, sin duda alguna la búsqueda de un orden mundial con base en el interés y el beneficio de todas las naciones. Es decir: un mejor escenario que, por encima de los gobiernos nacionales, permita una forma de *gobierno internacional*, capaz de ayudar a dirimir los conflictos locales, regionales o abordar tareas de solidaridad y apoyo a lo largo del planeta. ¿Será esta perspectiva un utopía? No hay respuesta *a priori*. Es posible que a la larga así resulte. Pero en esa dirección se han creado instituciones, desde ya hace muchos años, y se han concertado esfuerzos internacionales por parte de muchos grupos. El nuevo contexto que incluye la fragmentación y la exclusión, también, abre nuevas posibilidades para progresar en esa perspectiva. Ahora bien, esto no será algo automático ni un estado necesario en el devenir de la especie humana. Para que puedan avanzar una voluntad auténtica y un consenso internacional de largo plazo, así como una integración mundial con base en el beneficio y progreso de los seres humanos, será necesario introducir este componente visionario en la definición de las instituciones nacionales e internacionales del nuevo contexto histórico; y también, especialmente, en su operación cotidiana. De la rivalidad y la confrontación será necesario transitar hacia la concertación y la colaboración, la integración y no la exclusión.

¿Cómo asegurar que este proceso evolucione de manera positiva, si aún no hemos terminado de salir de la etapa anterior y en algunos países o regiones ni siquiera hemos salido de etapas más atrasadas todavía?, ¿cómo es posible avanzar en esa dirección si grandes vicios como el fanatismo, dogmatismo, el egoísmo, el individualismo y la intolerancia todavía campean en nuestro planeta? No hay respuestas definitivas. No es un objetivo fácil de realizar. Pero se trata de un reto histórico *ineludible*. Lo que es absolutamente claro es que supone responsabilidades nacionales: no se podría transformar y mejorar el “espí-

ritu” de las organizaciones internacionales sin el consenso y la voluntad nacionales. Esto obliga a un accionar nacional y local, consciente y riguroso, que nos parece debe resaltarse, con importantes tareas culturales y educativas. De varias maneras, este reto ya ha sido asumido por los gobernantes de muchas naciones y por dirigentes importantes de varias de las principales organizaciones internacionales. Por eso mismo, y a pesar de las tendencias negativas que también existen, es necesario prever avances en esa dirección.

Para no dejar lugar a malentendidos: de igual manera que pensamos necesario un Estado nacional fuerte (aunque bajo un mayor control social derivado del perfeccionamiento democrático) capaz de generar y aplicar políticas estratégicas, regular la conducta social y atender propósitos de justicia social y sostenibilidad ambiental en la vida nacional, consideramos que se requiere una estructura de gobierno internacional también fuerte. No será posible establecer políticas de largo aliento sin un ejecutivo con respaldo, autoridad, y suficientes medios para imponerlos. Evidentemente, deberá existir un tratamiento distinto al que puede desarrollar un gobierno nacional, pero la perspectiva es similar. Esto apunta a una revaloración de las leyes y estatutos internacionales, así como los mecanismos para su cumplimiento.

Uno de los consensos internacionales identificable en el nuevo escenario es el reclamo por el fortalecimiento de la Organización de las Naciones Unidas. A pesar de sus debilidades, todo apunta a la ONU. La Organización de Naciones Unidas de la Guerra Fría nació y se desarrolló como un territorio para la conciliación o, en algunos casos, para obtener dividendos políticos en una confrontación de naturaleza ideológica internacional. No es incorrecta la opinión de que: “... Las Naciones Unidas, fundada después de la Segunda Guerra Mundial, sirvieron, durante sus primeros 40 años, principalmente como arena política donde las superpotencias se enfrentaban unas a otras.”⁴⁸ Todo esto ha cambiado drásticamente de perspectiva. Algunos vectores se han replanteado o cambiado de sentido. La ONU, por ejemplo, ha sido un medio de estímulo de dimensiones positivas de la globalización favoreciendo en particular: “... entrega de correo internacional, la fijación de frecuencias para las comunicaciones internacionales, la estandarización del derecho comercial y el código de inversiones, las formalidades aduaneras, las iniciativas ambientales a escala mundial, las normas que rigen la eliminación de desechos industriales, la lucha contra las pandemias mundiales, la preservación del patrimonio cultural común, la recolección y el análisis de estadísticas a escala mundial, hasta los

viajes aéreos internacionales".⁴⁹ ¿Será esto suficiente para el nuevo escenario? El cuestionamiento de fondo aquí remite a sus posibilidades para hacer que la globalización no sea un beneficio solamente para los países más avanzados y los sectores sociales más ricos, y se convierta en un factor activo frente a las tendencias mundiales fragmentadoras y excluyentes. En esto, no todas las respuestas se tienen, pero hay elementos precisos que se deben tomar en cuenta. Hacia allí nos dirigimos.

Varios cambios de la ONU se han venido planteando en los últimos años. Con relación a lo externo: la necesidad de que ésta amplíe su credibilidad pero, también, la asunción de responsabilidades en lo económico y social más allá de las fronteras que la han constreñido hasta ahora. Esto es decisivo. Como un instrumento esencialmente político y determinado por razones ideológicas y geopolíticas en el pasado, es apenas natural que aspectos de la vida internacional tan importantes como el desarrollo económico o responsabilidades internacionales tan grandes como la solidaridad social y el desarrollo humano sostenible, no hayan ocupado en su seno la prioridad necesaria. La agenda económica mundial ha estado dominada por los temas del comercio, la macroeconomía, finanzas, derechos de propiedad y gobierno. En el nuevo será necesario, con el espíritu de lo que hemos planteado, incluir más decisivamente los temas de la erradicación de la pobreza, el desempleo, el desarrollo y el equilibrio entre las naciones, la transferencia de tecnología, etc. Sin caer en extremos: pensamos que se fortalecerá la tendencia a dotar a las Naciones Unidas de mayores responsabilidades decisivas en lo político, económico, social, ambiental, casi al igual que un gobierno de un Estado-nación las tendría en su propio país. Por supuesto, un cambio de esta naturaleza supone una amplia voluntad política internacional no solo de los gobiernos sino, también, de las instituciones y organismos de la sociedad civil. No deberá excluirse, por ejemplo, un *Consejo de Seguridad Económica* (como planteó el PNUD en 1994). Bien señaló Ingvar Carlson:

“Con un poco de buenas intenciones políticas y de cooperación, así como mucha creatividad, el Consejo proporcionará un liderazgo real en los temas económicos, sociales y ambientales. El Secretario General ha resaltado, en su Agenda para el Desarrollo la estrecha relación que existe entre los temas de desarrollo social y los de seguridad; son los dos lados de la misma moneda. Con este mecanismo intergubernamental se le dará al manejo económico la mis-

ma importancia y atención que los asuntos de seguridad reciben en el Consejo de Seguridad.”⁵⁰

Por otra parte, en lo que se refiere a los cambios internos, aparte de mayores niveles de eficiencia, eficacia y capacidad de respuesta internacional, hay demandas de naturaleza política y social evidentes. La ONU no puede seguir siendo configurada con base en los intereses de las naciones triunfadoras en la Segunda Guerra Mundial. De aquella postguerra a la mundialización actual, hay un mundo de diferencia: todo apunta a cambios en la representación y participación de las naciones en la estructura de las Naciones Unidas.

Probablemente, veremos la ampliación del Consejo de Seguridad (de manera permanente), y una reevaluación del papel del veto en sus decisiones; sin duda, se reformará la autoridad y fuerza del Secretario General, y en la agenda estará la discusión de temas complejos como la intervención directa, incluso militar, en los conflictos regionales y locales. Los conflictos recientes en los Balcanes y en el África, como los que se siguen dando con relación al Golfo Pérsico, han precipitado acciones en esa dirección. Actos unilaterales como la de Estados Unidos e Inglaterra contra Irak durante diciembre de 1998, probablemente inevitables, sin embargo debilitan la gestión institucional internacional. Lo más importante: revelan, también, la incapacidad de la ONU para lidiar con crisis regionales o locales. En marzo de 1999, la crisis de la provincia de Kósovo, tensión que movilizó las tropas de la OTAN ante la intransigencia del gobierno yugoslavo de Milosevic Slobodan (que proseguía un cruel plan de expansión étnica en la región), nos manifestaba no solo la volatilidad de esta región sino la inestabilidad que todavía⁵¹ atravesamos en el planeta ante los asuntos étnicos, religiosos, políticos regionales o nacionales. Lo mismo se apunta con la intervención rusa en Chechenia desde finales de ese mismo año. Las lecciones van más lejos.

El *estatus* del Estado nacional está en tensión, y también la estructura de las leyes internacionales. Como señaló, recientemente, el expresidente de Costa Rica y Premio Nóbel de la Paz en 1987, Oscar Arias: “Nuestro futuro se dará en un mundo en el que ya se desmoronaron, y seguirán desmoronándose, muchos atributos de la autonomía política o económica de los estados”. Los elementos determinantes del Estado-nación eran la definición de un territorio y la soberanía dentro del mismo. Y es esto precisamente lo que ha entrado en cuestión. Una redefinición del concepto de soberanía está en el tapete por razones

políticas y militares, pero también económicas, sociales y ambientales. Como dice Octavio Paz: "habrá que cambiar también el concepto de soberanía; hoy es absoluta: tiene que ser relativa."⁵²

Nuestra visión es, globalmente, optimista: la ausencia de polarización, el progreso de las comunicaciones y la globalización empujan a una redimensión y revalorización de la ley internacional. Acuerdos y marcos jurídicos internacionales, y su cumplimiento efectivo, son más factibles en el nuevo orden. Esto es de una importancia especial para los países pequeños. No resulta extraño, entonces, que, por ejemplo, en la mitad de 1998, se creara un Tribunal Internacional para los Crímenes de Guerra (para impartir justicia frente al genocidio, crímenes de guerra y contra la humanidad) más operativo y con posibilidades de eficacia mayor; ni que en organizaciones como la Organización Mundial del Comercio (OMC) varios alegatos hayan tenido éxito, independientemente del tamaño o la fuerza de los demandantes. En el mismo sentido pesa la decisión de la OMC, el 19 de abril de 1999, para aplicar sanciones por \$191,4 millones a los bienes de la Unión Europea en la disputa sobre el banano que han tenido los Estados Unidos y la Unión Europea. Otro ejemplo: en 1999, la detención en Inglaterra de Augusto Pinochet por acción originaria de un juez español (Baltazar Garzón), que, aunque devuelto a Chile en marzo del 2000, nos revela el tejido del nuevo escenario.

En el nuevo orden, las organizaciones de las Naciones Unidas no referidas a lo político y militar ocuparán, crecientemente, un papel más importante. Educación, cultura, agricultura, desarrollo son asuntos que siempre estuvieron supeditados a la "razón política" en un mundo polarizado. Es muy probable que la importancia que hoy cobran estas dimensiones, vaya a traducirse en mecanismos y acciones precisas de intervención internacional. Si esto se da, se modificará la estructura de pesos específicos en el seno de la ONU.

Esta colección de cambios afirma un salto cualitativo: de manera general, podemos decir, que lo que está en juego es una reforma de la *estructura del gobierno mundial*.

¿Cómo resumir lo anterior? En palabras del PNUD, los siguientes ejes son los que se deben asumir:

- “Una organización de las Naciones Unidas más fuerte y más coherente con el objeto de servir de foro para el liderazgo a escala mundial.
- Un banco central mundial y prestamista de último recurso.
- Una organización mundial del comercio para regular el comercio internacional, con un mandato que incluya la política de competencia mundial con disposiciones contra los trust y un código de conducta para las empresas multinacionales.
- Un organismo ambiental mundial.
- Un fondo fiduciario mundial de la inversión con funciones de redistribución.
- Una Corte Penal Internacional con un mandato más amplio respecto de los derechos humanos.
- Un sistema de la Organización de las Naciones Unidas más amplio, incluida una Asamblea bicameral para dar cabida a la representación de la sociedad civil.”⁵³

La dirección propuesta es clara: intentar que la mundialización permita el desarrollo humano con menos desigualdades, en equilibrio social y ambiental, de manera sostenida, a través de un concurso más racional, equitativo, participativo y justo de la comunidad de las naciones.

LA MODERNIDAD QUE SE ESCAPA

La nueva fisonomía del futuro no podrá entenderse bien si no se posee la perspectiva más amplia: el reclamo implacable de la historia. Varias de las dimensiones de lo que hemos llamado la *modernidad* han entrado en un replanteo esencial. Este no comenzó con el fin de la Guerra Fría, pero se nutre con fuerza del mismo, y, más aun, adquiere su posibilidad.

En el mundo occidental, la Edad Moderna, que nació de las entrañas de la sociedad medieval, ha exhibido varias características centrales. En primer lugar, una *nueva cultura*: conjunción simbiótica de humanismo y nueva ciencia, se trataba de la crítica de una concepción de mundo y una vida amparada en el dogma religioso y en sociedades sumamente jerarquizadas y rígidas: una desacralización cultural, que afirmaba la razón. Debemos subrayar: las ciencias modernas (Bacon con su potenciación de los métodos empíricos y Descartes con la descripción matemática y, más aun, Galileo y Newton en la conjunción de ambos vectores) y su matrimonio con las técnicas, en la tecnología, han sido fundamento de la modernidad. En segundo lugar, una nueva unidad económica, política y cultural: el *Estado-nación*. Nadie puede negar que el rostro de la modernidad posee el signo de las naciones. La economía, la organización política, la cultura y hasta las ciencias y las tecnologías tan universales adquieren su fisonomía concreta en el Estado-nación. Todo se engloba aquí: desde la expansión del país (política, económica, militar, cultural) hasta las actitudes sociales e individuales cotidianas (vivencias, expectativas, discursos). Lengua, religión y política, factores de la diversidad y de la separación, se desarrollaron en este marco social. Para algunos, el Estado-nación surgió como respuesta a “impulsos transnacionales”: “... contrarrestar la amenaza de España fue la motivación y objetivo confesado del inventor del Estado nación, el político y abogado francés Jean Bodín (1530-1591), en su obra *Six livres de la République*, de 1576.”⁵⁴ Entonces, desde un principio, ha existido una franca oposición entre lo nacional y los transnacional. Durante estos siglos, lo “inter-nacional” solo ha encontrado su lugar a partir de lo nacional y, también, del nacionalismo. Con Octavio Paz: “El nacionalismo puede ser destructor o creador. Ha sido el origen de muchas tiranías y el responsable de las guerras de la edad moderna. También le debemos casi todas nuestras instituciones, entre ellas la mayor de todas: el Estado-nación. La lengua, la literatura, las artes, las costumbres y, en fin, todo lo que llamamos cultura, sin excluir a la misma ciencia, es la conse-

cuencia de un hecho básico, primordial: las comunidades humanas, las naciones. Newton y Shakespeare son impensables sin Inglaterra, como Petrarca y Galileo sin Italia o Racine y Descartes sin Francia.”⁵⁵ Esto es fundamental para entender el pasado, pero sobre todo el futuro que tenemos encima.

¿Cuáles han sido las metas, las “palabras calientes”, de la modernidad occidental? Sin duda, fueron las banderas de la Ilustración y la Revolución Francesa: libertad, igualdad, fraternidad. Libertad, no solo en los intercambios económicos (el capitalismo), sino, también, en la vida sociopolítica (tránsito, asociación, expresión, crítica, religión). La igualdad que, además de la meta de eliminar privilegios medievales, era, también, un reclamo por justicia social y equidad. De hecho, el liberalismo y el socialismo, las formulaciones ideológicas más consistentes del Siglo XIX, nacieron de estos impulsos del mundo moderno (y los intentos por su materialización histórica han dejado huellas indelebles en nuestra especie). La fraternidad, aspiración si se quiere más emocional y personal, ha motivado conductas y actitudes en todos estos siglos, aunque sus realizaciones hayan estado limitadas por otros valores de toda esta época.

¿Y la forma de gobierno que promovió la modernidad? En realidad, podemos decir que ha sido una combinación remozada de gobiernos previstos por la filosofía política de Aristóteles: la monarquía, la aristocracia y la democracia (correspondencia biunívoca con gobierno, congreso, pueblo). A esta conjunción política debe añadirse la sabia división de poderes (Montesquieu), que, ha ofrecido la mejor posibilidad para el equilibrio en el ejercicio del poder: ejecutivo, legislativo y, también, muy importante, el judicial. Toda esta amalgama política y social establecida sobre la base del concurso de la voluntad expresa de los ciudadanos: la democracia (no de *participación directa* como en la Grecia ateniense sino, por razones prácticas, *representativa*).

Este ideario, de una u otra manera, ha estado presente en los principales acontecimientos de nuestra época. Pero más que un conjunto de ideas aisladas, se ha adoptado una concepción del mundo y una actitud intelectual y cultural asociadas a la perspectiva del *progreso*. ¿Por qué?: “La creencia en el progreso se funda, justamente, en la idea de la dominación de la naturaleza por la ciencia y la técnica.”⁵⁶ El éxito en el desarrollo de las fuerzas productivas por el capitalismo, basado en el concurso de las ciencias, las técnicas, la tecnologías así como la organización del trabajo (siempre en contextos sociopolíticos y culturales apropiados), promovió la idea del progreso: era posible siempre avanzar

en riqueza, en libertad, en calidad de vida. Si se miraba hacia delante: un sol de progreso. Este influjo fue decisivo para establecer el substrato del Positivismo y el Marxismo: redefinir la historia humana en etapas sucesivas de progreso. Ya fuera por el concurso de la ciencia y la tecnología, o la religión, o por el de las revoluciones sociales, o factores combinados de todas ellas, se configuraba un futuro con sentido, con una finalidad. Puesto de manera muy teórica: el dominio de las ideologías metahistóricas. Este ha sido uno de los grandes vectores de la modernidad que ha permeado todas las dimensiones sociales: conocimiento, educación y economía, ideas, conductas y actitudes. Pero, ideología más o doctrina menos, nunca se ha podido ni nunca se podrá abjurar de la realidad: "La historia es el dominio de lo imprevisible"⁵⁷. Esta siempre cobra sus deudas.

Este ideario y esta ideología se apoyaban, también, en otra premisa: la unicidad del decurso histórico, una "Historia" a la que todos debían sumarse tarde o temprano. La diversidad cultural y social del planeta se reducía a la historia occidental (más precisamente: la europea). Este reduccionismo eurocentrista, que no solo permaneció en el mundo de las ideas, se expandió en todas las direcciones del planeta en los siglos pasados de diferentes maneras. Pero en el mundo de las ideas debilitó la conciencia sobre la diversidad y el valor de las culturas no occidentales, y en el material sirvió para apuntalar la usurpación y la explotación de otros pueblos.

En las últimas décadas varias de las situaciones que sustentaron estos valores e ideas se han modificado cualitativamente. La internacionalización, que supuso en su momento intercambios o expansiones de los Estados-nación constituidos, ha ido provocando una realidad cada vez más supranacional: economía, política, cultura menos nacionales. Las empresas transnacionales de ahora son un buen ejemplo en la economía: imperio de la conveniencia de las utilidades por encima de las lealtades nacionales. La información y el conocimiento conspiran contra las fronteras nacionales: "... al volverse trasnacional, el dinero desborda el Estado-nación porque anula la política económica nacional; al volverse trasnacional, la información desborda el Estado nación porque socava, de hecho destruye, la identificación de 'nacional' con identidad 'cultural'."⁵⁸ También: la supeditación de decisiones internas nacionales a acuerdos, convenios y leyes internacionales (la influencia creciente de la organización internacional). La globalización o mundialización, proceso que se intensifica

en su calidad con el fin de la Guerra Fría, es factor disolvente de fronteras y competencias nacionales.

¿Qué significa que el Estado-nación ha sido el centro del desarrollo de la sociedad? Las relaciones positivas o negativas, el intercambio y la guerra de las naciones determinaron en buen parte el curso de la historia. La educación, la cultura, la ciencia, la industria militar, fueron todas dimensiones asociadas a recursos e intereses nacionales. Grupos acciones colonialistas y alianzas políticas en diferentes plazos históricos se entienden en un contexto de desarrollo de los intereses del Estado-nación. ¿Hasta cuándo se extendió este proceso? La consolidación definitiva del Estado-nación podemos decir que se dio con las dos guerras mundiales de nuestro siglo: un movimiento de lealtades, recursos e ideologías, aprisionadas en la cárcel del nacionalismo.⁵⁹ Aunque las tendencias nacionalistas se debilitaron en la esfera económica después de la Segunda Guerra Mundial, puesto que se llegó a acuerdos sobre el sistema económico y financiero internacional que promovieron una amplia estabilidad durante varias décadas, debe decirse que el Estado-nación siguió siendo importante.⁶⁰ De hecho, la Guerra Fría hizo del concepto de “seguridad nacional” (sobre todo en algunos países como los Estados Unidos) una clave de su evolución política. Sin embargo, más que una seguridad del Estado-nación se trataba de una seguridad en el marco de un bloque político e ideológico. La Guerra Fría generó la confrontación de dos bloques; en el seno de cada bloque se desarrollaron lealtades, acuerdos e ideologías que trascendían al Estado-nación. Con la caída de la Guerra Fría, ya lo hemos consignado, se potencian varios procesos simultáneamente: desaparecen los dos bloques definidos por razones militares, geopolíticas e ideológicas en el contexto anterior y aparecen nuevos polos definidos esencialmente con base en sus desarrollos económicos y tecnológicos. Es decir, se debilita lo militar y geopolítico y se fortalece lo económico-tecnológico; un nuevo juego de lealtades, compromisos, intereses y reglas de conducta se establecen a partir de esa nueva situación. Para algunos intelectuales, el principal símbolo que revela la obsolescencia del Estado-nación se encuentra en la guerra del Golfo en 1991, que conjuró integradamente el esfuerzo bélico transnacional de mayores dimensiones. Si bien en esa situación el Estado-nación sigue jugando un papel importante, los lazos de bloque desde la perspectiva económica y social ocupan un papel crecientemente importante. En la misma dirección juega la globalización económica: un flujo internacional de capitales, manufactura, comercio, etc., que debilita las fronteras. El carácter internacional de

los intercambios económicos hace rato que precedió la evolución política y cultural del planeta. El progreso radical de las comunicaciones fortalece los lazos internacionales, y provoca un proceso mayor de internacionalización en todas las dimensiones de la vida humana. A la vez que esto sucede, el debilitamiento de los lazos establecidos por los bloques de la Guerra Fría y el progreso en la libertad, también, hacen que emerjan presiones nacionalistas y regionales (sobre todo en aquellas regiones o países que no habían consolidado sus Estado-nación por diferentes razones).

¿Qué va a pesar más en el futuro: la internacionalización, globalización y debilitamiento de la dinámica del Estado-nación o lo inverso? En nuestra opinión, en el largo plazo es lo primero lo que se va a fortalecer. Sin embargo, esto no quiere decir que el Estado-nación pueda desaparecer como unidad de organización social, decisión política y afirmación colectiva. Si bien la internacionalización predominará, la pérdida de soberanía y de facultades de los Estados-nación se dará crecientemente, la mayoría de las decisiones internas serán tomadas en este marco organizativo. La pérdida de las fronteras nacionales, políticas, sociales y culturales no es un proceso que está a la vuelta de la esquina. En la perspectiva más larga, sin embargo (aquella que incluso establece las épocas), la tendencia hacia la internacionalización y mundialización de la vida en el planeta es ineludible.

¿Por qué el Estado-nación concentra tantas presiones centrífugas? Porque para algunas tareas resulta demasiado pequeño y para otras resulta demasiado grande. Por una parte, existen una serie de problemas de dimensión internacional que no pueden resolverse por decisiones unilaterales de un Estado-nación, que obligan al concurso, la colaboración, el acuerdo internacionales. Los problemas del ambiente, del desarrollo, de la pobreza, del terrorismo y las drogas, de las catástrofes, de la ciencia y la tecnología, plantean tratamientos internacionales. Pero, por otra parte, muchas veces, el Estado-nación restringe las posibilidades de desarrollo de las provincias y regiones en su seno. Estas, por sus vínculos étnicos, culturales, económicos o sociales en general pueden establecer relaciones de mayor éxito y conveniencia de una manera autónoma e independiente del Estado. Ahora bien, existe una relación entre opuestos: mundialización y tribalización. Lo que Drucker constata también: "... cuanto más transnacional llegue a ser el mundo, más tribal será también. Esto mina de forma creciente el fundamento mismo del Estado nación; de hecho deja de ser un

'Estado nación' para convertirse en un 'Estado' puro y simple, esto es en una unidad administrativa en lugar de política."⁶¹

En esa misma dirección se colocan las perspectivas de progreso de los dispositivos democráticos en las democracias occidentales: una descentralización del poder político y administrativo beneficia la participación ciudadana y, por ende, la democracia.⁶²

No se debe restar importancia al Estado-nación en el actual contexto, a pesar de las fuertes tendencias internacionales o de la transnacionalización de la vida social. Se trata de prever su nuevo significado. Como dice Octavio Paz: "Tal vez la solución no está en su desaparición sino en su transformación: convertirlo en un intermediario entre las pequeñas nacionalidades y los bloques de naciones."⁶³

Ya esta transformación del Estado-nación pesaría suficiente para vislumbrar una nueva época, pero hay todavía mucho más: la *revolución cognoscitiva*. Las ciencias y tecnologías de la última posguerra mundial han alcanzado niveles de desarrollo, en resultados, métodos e intensidades que provocan una nueva realidad. Economía, política, educación, cultura, ética, se modifican en ritmos nunca conocidos: el cambio del entorno, producto del movimiento vertiginoso en el conocimiento y manejo del mundo.

Mercado, democracia y el progreso

El "triunfo" internacional del mercado y la democracia, con el fin del comunismo soviético, parece sancionar las premisas decisivas de la modernidad. Es este el substrato que justifica, cuando se posee un óptica muy occidental, de un "fin de la historia". Pero bien, tampoco puede negarse su lugar. No porque estén asociadas a la cultura e ideología de Occidente, y a pulsiones eurocentristas, se puede negar la relevancia del mercado y la democracia representativa para el progreso de las naciones. La humanidad llega a un momento en que estos instrumentos para regular el intercambio económico y las decisiones políticas colectivas son el punto de partida, incluso si no están suficientemente desarrollados o generalizados en cada país, o si se dan en contextos culturales y sociales muy autónomos (civilizaciones), o si todavía pueden retroceder globalmente en el planeta.

Pero el fin del comunismo apuntala algo aún más decisivo: un cambio en la percepción del tiempo, de la historia. El marxismo comunista fue una de las ideologías del progresismo moderno: la afirmación de un designio en la historia. Una historia unilateral y lineal. El ideal comunista original aunque muy lejos de su realidad totalitaria, siempre dibujaba una evolución humana con dirección. Todas las ideologías “metahistóricas” encierran en su corazón el fantasma del totalitarismo: en el marxismo, poder “conocer” las leyes de la historia abre el camino a supuestos intérpretes y protagonistas, quienes se atribuyen la potestad de juzgar el curso histórico. Por ejemplo, un matrimonio entre epistemología y ética permitió justificar la dictadura: los buenos eran los que conocían la verdad y la empujaban; los malos aquellos que “conspiraban contra la verdad y el bien”, que podían ser muchos (sobre la base de un *causalismo* determinista aplicado a la ciencia social se edificó un fundamento totalitario). ¿Una religión secular? Pero bien, con la derrota del comunismo la idea de progreso indefinido y de una historia con sentido pierde su fuerza: una estocada casi final. Como dice el poeta Octavio Paz:

“En las sociedades democráticas modernas los antiguos absolutos, religiosos o filosóficos, han desaparecido o se han retirado a la vida privada. El resultado ha sido el vacío, una ausencia de centro y de dirección. A este vacío interior, que ha hecho de muchos de nuestros contemporáneos seres huecos y literalmente desalmados, debe agregarse la evaporación de los grandes proyectos metahistóricos que encandilaron a los hombres desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días. Todos han desaparecido uno a uno; el último, el comunismo, se esfumó dejando un montón de ruinas y cenizas.”⁶⁴

No existe hoy una ideología política posible que se afirme en el futuro: éste es incierto. Hasta cierto punto podemos afirmar un divorcio, más que necesario, vital entre política y religión.

¿A qué punto hemos llegado? Si hemos transitado de la “metahistoria” al apogeo de la democracia y el mercado: ¿estamos efectivamente en el final de la historia? Es decir, pongámoslo en otros términos, con la democracia y el mercado: ¿hemos encontrado el significado auténtico de nuestra especie? Las respuestas nos parecen a nosotros muy claras: el mercado y la democracia, si es que incluso se preservan como parámetros dominantes (no hay teleología que

lo garantice), no constituyen ni podrán jamás constituir una meta de la historia que permita medir los valores humanos más profundos. Como dice Paz: “la democracia no es un absoluto ni un proyecto sobre el futuro: es un método de convivencia civilizada. No se propone cambiarnos ni llevarnos a ninguna parte; pide que cada uno sea capaz de convivir con su vecino, que la minoría acepte la voluntad de la mayoría, que la mayoría respete a la minoría y que todos preserven y defiendan los derechos de los individuos.”⁶⁵ En efecto, son apenas medios para regular la vida social en la economía y la política: solamente un punto de partida. Sin embargo ¡cuánto ha costado llegar a este punto de partida! Pero, se debe añadir, son medios imperfectos. Creación humana y cultural, con sentido histórico. Por ello mismo, son perfectibles, mejorables, aunque nunca pueden ser más que instrumentos, cuyo designio debería ser el proporcionar oportunidades al progreso de las mejores metas humanas: la sabiduría, la fraternidad, la felicidad.⁶⁶

Pongamos en relieve una consecuencia muy práctica: si hacia el futuro no hay finalidad, la visión del pasado cambia y, sobre todo, la del presente. No se vive el presente con seguridad de progreso, con base en un futuro, se vive en la incertidumbre. En el Siglo XX, las guerras mundiales con su cortejo de destrucción y retroceso contribuyeron a este cambio de percepción. El periodo de entreguerras fue incluso pesimista: no olvidemos a Spengler o al mismo Toynbee. La Guerra Fría en medio de un crecimiento económico de décadas hasta cierto punto congeló la situación. Pero el nuevo orden lo plantea con fuerza. La mundialización actual, como puntualizaremos luego, debilita los Estado-nación pero no los nacionalismos, fundamentalismos religiosos y políticos; ni tampoco la fragmentación, la exclusión y la violencia. Más aun: el fin de la Guerra Fría los ha despertado y desatado después de mantenerlos durante años dentro de los barrotes de la confrontación polarizada. Muchos de los conflictos se dan dentro de las fronteras: por ejemplo, los 30 conflictos armados que se dieron en 1995, todos eran guerras de guerrillas, guerras civiles, étnicas, o separatistas.⁶⁷

El fin de la Guerra Fría y la ampliación de la democracia, el ideal “libertario”, progreso indudable, no puede asegurar el dominio de la fraternidad, proclama de la Ilustración (en la primera mitad de los años noventa murió un millón de personas en conflictos),⁶⁸ ni siquiera, por supuesto, del ideal de la igualdad. ¿Consecuencias? Vivir la historia con una nueva percepción del tiempo engendra actitudes, conductas, expectativas y valores diferentes. A todo esto se suma la vertiginosidad provocada por el nuevo conocimiento. El senti-

do de los códigos éticos y los principios filosóficos adquieren entonces una nueva perspectiva. Y, por lo tanto, la educación, en un sentido universal.

Con el debilitamiento del Estado-nación, el progreso de la globalización, y el poderoso desarrollo cognoscitivo y de las tecnologías de la información y comunicación, se ha apuntalado otro “abandono” adicional a aquel del progresismo y la linealidad históricos. Se trata del “abandono” del reduccionismo occidental y europeo, hacia el reconocimiento de una mayor diversidad en el destino de las culturas y las naciones. Tal vez, incluso, como afirma Samuel Huntington deba pensarse para la primera parte del Siglo XXI más que en un decurso único en uno diverso, basado en un *crash* de las varias civilizaciones del planeta (con fundamento en religión, etnicidad, tradiciones, cultura) que se resisten a la occidentalización: un escenario más complejo.⁶⁹ Sin duda, es necesario tomar en cuenta la diversidad, pero tampoco sobrestimarla, porque se puede perder la perspectiva global que nos empuja a todos por igual. Es cierto que la historia posee cada vez menos una dirección definida por una sola cultura y hacia la que convergen todos los pueblos, aunque ésta pueda ser dominante de muchas maneras. Y, más aun, debe subrayarse la existencia de vidas y recorridos simultáneos (que sin embargo no llegan a ser paralelos porque las paralelas en la geometría euclidiana no se tocan y las culturas no van exactamente en la misma dirección). Pero el horizonte es más complejo como para poder aceptar una visión simple de la multiplicidad. La globalización posee un fuerte influjo integrador, vivimos una “occidentalización” mayor de la economía, la cultura y los valores por el concurso de las comunicaciones y las pautas de consumo y vida exportadas por los países occidentales económicamente muy poderosos. Muy en especial, la presencia protagónica de los EUA, resultado acumulado de su *performance* político y militar en dos guerras mundiales, la misma Guerra Fría, que, además de ofrecerle un plataforma política y militar, colocó esta nación con sus manos en los vectores decisivos de una nueva economía, la tecnología que fundamenta los nuevos tiempos (derivada en buena medida de aquellos desarrollos cognoscitivos requeridos entonces para la confrontación), y una cultura que, aunque a veces no se perciba así, es más que *bigmacs*. Pero es más que una “americanización”. Lo que vivimos dentro de nuestro escenario es otra más de las contradicciones, tensiones, cuyo desenlace no está acabado: convergencia de tendencias opuestas, que incluso constituye una fuente adicional de conflictos que se ventilan a través de la política, la cultura y la guerra.

Postmodernismo y crítica de la “Razón”

Me voy a permitir hacer una digresión adicional. Para algunos intelectuales de nuestro tiempo, la ruptura que vivimos con algunas premisas básicas de la modernidad (Estado-nación, el progresismo histórico o el reduccionismo eurocentrista), también va acompañada de una ruptura con la “Razón”, fundamento de la ciencia y la tecnología occidentales y de la modernidad. Aunque no siempre, algunos han adoptado el vocablo *postmodernismo* para identificarse con un cuerpo teórico heterogéneo que afirma y apunta esta ruptura. De manera general, los *postmodernistas* apuntan a que, producto del concurso de las tecnologías de la información, la comunicación y los cambios en el sistema socioeconómico, se vive una nueva sociedad, una nueva fase de la historia y una formación sociocultural que demanda nuevos conceptos y teorías. Baudrillard y Lyotard, por ejemplo, enfatizan los nuevos tipos de información y conocimiento, y Jameson y Harvey (neomarxistas) una nueva fase del capitalismo. Sin embargo, la ruptura con la razón, la ciencia y la tecnología, no es la misma en todos los autores que son referidos o se autoincluyen en este espectro. Tal vez, lo más común entre ellos sea una perspectiva escéptica (y casi siempre pesimista) y la presencia, en diferentes proporciones, de relativismos históricos, epistemológicos, éticos, que encuentran cierta inspiración en las ideas “vitalistas” o “anti-racionalistas” de Nietzsche (aunque en el caso de algunos autores, en nuestra opinión, se transgrede el pensamiento *nietzcheniano*). Señala la investigadora mexicana Yolanda Angulo:

“... el pensamiento posmoderno duda de ese espacio interior de acceso privilegiado, denominado “mente” y de que la verdad esté ahí fuera para ser aprehendida por el sujeto (escepticismo epistemológico), duda de la existencia de esencias y universales (escepticismo ontológico), duda de que hay una naturaleza humana eterna e inmutable, de la ‘creencia en una estructura estable del ser que rige el devenir y da sentido al conocimiento y normas de conducta’ (escepticismo metafísico: G. Vattimo), duda de la función de los grandes relatos y de la posibilidad de un gran proyecto emancipador de la humanidad (escepticismo político), y duda de la posibili-

dad de una ética universal fundamentada sobre sólidas bases epistemológicas, antropológicas y ontológicas (escepticismo ético)".⁷⁰

Por otra parte, muchas de estas críticas de la razón han estado emparentadas con el *antitecnologismo*, que desde hace rato⁷¹ ha sido constante en la sociedad moderna.⁷²

En una frecuencia de onda más crítica de la Razón se encuentran, por ejemplo, las posiciones de Václav Havel, poeta y dramaturgo, luchador antimarxista, quien fuera presidente de Checoslovaquia, que afirma el "fin de la era moderna" y la crisis de la "objetividad". En 1992, decía:

"La caída del comunismo puede considerarse un signo de que el pensamiento moderno –basado en la premisa de que el mundo es objetivamente cognoscible, y que el conocimiento así obtenido puede ser absolutamente generalizado– ha llegado a una crisis final. Esta era ha creado la primera civilización técnica mundial, o planetaria, pero ha alcanzado el límite de su potencial, el punto más allá del cual empieza el abismo".⁷³

En todas estas aproximaciones, también, hay vínculo con el Romanticismo, tanto que el profesor del Departamento de Historia de la Ciencia de la Universidad de Harvard, Gerald Holton, consigna (y critica con gran profundidad) estos movimientos como una "Rebelión Romántica".⁷⁴ No es nuestro propósito aquí entrar a diseccionar la variopinta diversidad de aproximaciones que se cobijan bajo este paraguas. Sí nos parece apenas pertinente subrayar que este es un asunto intelectualmente muy delicado que merecería un análisis más amplio, el cual escapa las fronteras de nuestro propósito aquí. Sólo deseamos ofrecer una advertencia preliminar.

La crítica de los patrones absolutos en el conocimiento o en la ética o de las teleologías sociales lineales, unilaterales o sectarias, es correcta intelectual, científica y políticamente. Sin duda, por ejemplo, en las corrientes epistemológicas principales, el racionalismo y el empirismo han pecado de "absolutistas" de muchas formas. Este tipo de críticas ha generado, por ejemplo sobre las matemáticas, un acertado desarrollo de recientes tendencias "falibilistas" (frente al fundamentalismo y el absolutismo que han predominado). En la ética, por supuesto, ¿cuántas barbaridades no se han cometido con base en código universales con pretensiones de lo absoluto? En la política, el progresismo ab-

soluta ha justificado el terror totalitario y la dictadura. Nos parece evidente que debemos transitar hacia marcos teóricos y modales flexibles, no absolutos universales ni apodícticos: cuerpos teóricos que enfatizen la diferencia y el influjo de los contextos socioculturales y psicológicos. Sin embargo, la crítica al absolutismo no debería conducir a un relativismo irracional, capaz de justificar casi cualquier cosa en el conocimiento, la política o la ética. Como hemos expresado en otro lugar:

“... es posible definir el progreso humano con base en ciertos criterios: satisfacción material y espiritual, mayor control de la naturaleza –aunque de una manera armónica con ésta–, aumento de la información, mejoramiento de las condiciones de la medicina y la salud, aumento de posibilidades educativas, aumento del conocimiento sobre la realidad, etc.. Puede que haya discusión sobre la validez de estos criterios, pero representan un buen punto de partida para juzgar, por lo menos en nuestra época, lo que ha sido una resultante acumulativa (incluso, tal vez se debería decir más bien ‘criterios para definir’ si ha habido acumulación o no). No es que el progreso esté asegurado al margen de la voluntad y las decisiones de los hombres, pero es posible establecer criterios con los que analizar cuándo hay progreso y cuándo no. Los resultados históricos no pueden subsumirse simplemente en una totalidad histórica imposible de juzgar más allá del reconocimiento de su realidad.

Con relación a la epistemología, la ausencia de un punto de vista cósmico, absoluto o trascendente, no puede conducirnos a la negación de la acumulación del conocimiento sobre la realidad. Este no es lineal ni inevitable, pero es evidente que ha existido acumulación cognoscitiva. En las ciencias de la naturaleza este proceso se manifiesta en la misma tecnología; es decir, la comprensión que se vuelve manejo material. Es evidente que ha habido progreso en el conocimiento de la realidad física. (De igual manera en la definición de criterios de progreso social).

En el conocimiento histórico y social, como ya hemos visto, las cosas son más complejas. Pero es claro que las investigaciones realizadas hasta nuestros días, por más interpretaciones que existan y más flexibilidad metodológica deba tenerse, han permitido la construcción de un marco de comprensión más amplio y rico (usamos

conscientemente estos adjetivos en un sentido flexible y general) sobre la historia y la sociedad.”⁷⁵

¿Absolutismo o relativismo? Con Octavio Paz: “El relativismo nos ha dado muchas cosas buenas y la mejor entre ellas ha sido la tolerancia, el reconocimiento del otro. (...) el relativismo –aparte de su intrínseca debilidad filosófica– es una forma atenuada y en cierto modo hipócrita del nihilismo. Nuestro nihilismo es solapado y está recubierto de una falsa benevolencia universal. Es un nihilismo que no se atreve a decir lo que es.”⁷⁶ Pero se trata de un nihilismo que tiene un signo más preciso: es peligroso. Muchas veces, en los relativismos extremos se esconden posiciones *contra el humanismo*. El mismo marxismo, a pesar de afirmar filosóficamente un absoluto metafísico (el comunismo), y con el término “humanismo” como bandera, desarrolló un relativismo ético que justificaba casi cualquier acción: una patente de corso para una *praxis* política, que afirmó precisamente la represión y la barbarie.⁷⁷ Entonces ¿qué alternativa queda entre el absolutismo y el relativismo universales? Pensamos que, dotados de la flexibilidad lúcida y el sentido histórico y social, existen códigos éticos, cognoscitivos, de desarrollo social que pueden usarse, con flexibilidad y nutridos con la temporalidad de todo lo humano, en la comprensión y manipulación de nuestra realidad.⁷⁸

La crítica racional de las ciencias y las tecnologías, o de las ideologías que las han acompañado, no debería usarse para negarles un valor fundamental no solo para la modernidad que se escapa sino para la construcción del nuevo orden histórico. Es casi paradójico que en un momento del mayor desarrollo del conocimiento y sus aplicaciones, con mayores posibilidades de uso en el mejoramiento de la calidad de vida, adquieran relevancia este tipo de “rebeliones románticas”.

Al igual que la igualdad, la libertad y la fraternidad (proclamas de la Ilustración), la razón, el conocimiento, las ciencias y la tecnología, deben ser, más bien, fundamentos privilegiados de los nuevos tiempos. De lo que se trataría es de apuntalar en su decurso un sentido social y humanista, que promueva un mayor progreso de las naciones y los individuos. Esto, como siempre ha sido, depende de la conciencia y responsabilidad de los que hacen ciencia o tecnología como, también, de la sociedad en su conjunto.

Una época de transición

Para Paul Kennedy, por ejemplo, después de la Guerra Fría no estamos en un nuevo orden mundial sino, esencialmente, en un planeta perturbado y fracturado.⁷⁹ El llamado a la moderación en el juicio histórico no deja de ser conveniente. Tal vez, lo más sensato a decir es que estamos en una etapa de transición, en la que no se ha terminado de configurar el rostro del nuevo periodo histórico, hay tendencias en una dirección y en la inversa, hay vectores en diferentes ángulos, existen posibilidades de progreso, oportunidades para mejorar la calidad de vida de la humanidad, pero, también, existen posibilidades para el retroceso y la decadencia. Lejos de un determinismo optimista o pesimista, lo importante es colocar en el tapete las decisivas responsabilidades que la especie humana tiene en este momento. Existe una convocatoria expresa a las mejores virtudes de nuestra especie: el territorio de la inteligencia y la ética.

Podríamos hablar de *postmodernidad* o *postcapitalismo*, pero éstos son, en realidad, términos abstractos, poco precisos, inadecuados, para caracterizar una época. En todo caso, lo relevante es consignar las tendencias que construyen el futuro. Ahora bien, para ubicarnos en el tiempo, ¿cuándo empezó la transición? Aquí probablemente lo más conveniente sea afirmar que arrancó después de la Segunda Guerra Mundial. Ahora bien, no es sino hasta la revolución en los países del Este, con su clímax simbólico en 1989, que se abren las puertas “definitivamente” hacia la nueva sociedad. O, tal vez, la mejor manera de decirlo: en ese momento, además del valor edificante de ese gran acto político y social, se afirma la conciencia colectiva de factores y tendencias que estaban construyendo la sociedad del futuro desde hacía décadas. Muy bien lo dice Peter Drucker:

“... Los acontecimientos de 1989 y 1990 fueron más que el final de una era; significaron el final de un tipo de historia. El colapso del marxismo y el comunismo puso fin a 250 años dominados por una religión secular, a la que yo he llamado la fe *en la salvación por la sociedad*. El primer profeta de esta religión secular fue Jean Jacques Rousseau (1712-1778) y la utopía marxista fue su destilación final y su apoteosis. Sin embargo, las mismas fuerzas que destruyeron el marxismo como ideología y el comunismo como

sistema social son las que están llevando el capitalismo a la obsolescencia. Durante 250 años, a partir de mediados del siglo XVIII, el capitalismo ha sido la realidad social dominante, y durante los últimos 100 años el marxismo ha sido la ideología social dominante; ambos están siendo rápidamente sustituidos por una sociedad nueva y muy diferente”.⁸⁰

En esta transición que vivimos hay un gran espacio para la duda y la incertidumbre, pero, también, hay cosas que podemos decir están claras: la nueva sociedad será una realidad que se escapa del capitalismo sin más y del socialismo, y, sin duda alguna, estará basada en el conocimiento, en la cultura y la educación. De la misma manera, será relevante el papel de las organizaciones orientadas por propósitos específicos, y un papel diferente del Estado-nación, que participará simplemente como uno más de los factores en los que se realizará la integración política colectiva, en donde experimentaremos el concurso de entes nacionales, regionales e, incluso, tribales. Sin duda, lo transnacional y la mundialización definirán crecientemente casi todas las dimensiones de los procesos humanos.

Resumimos: todo parece señalar que estamos en presencia de algo más que un cambio del periodo de la Guerra Fría, o de siglo; se trata de un cambio de época, que se edifica desde hace algún tiempo. Aunque no es posible saber con exactitud cuál es el destino de lo que a primera vista aparece como una época convulsa, desordenada y llena de incertidumbre, lo real es que estamos *en medio de la transición*: de lo que ya no es, pero de lo que tampoco llega a ser. Tener conciencia de este hecho es importante. Todas las fronteras entre épocas han sido tiempos de incertidumbre, contradicción, entusiasmo y temor, contraposición de anhelos, expectativas e ideas: en particular, nutridos por los paradojas de quienes miran hacia atrás y aquellos que lo hacen hacia delante. Nunca se debe perder de vista esto. La “*transitoriedad*” de nuestro tiempo condiciona los desarrollos internacionales, nacionales, colectivos e individuales. Y lo que se deriva de ello: la *transitoriedad* general del momento que atraviesa la humanidad es el escenario general en que se mueven todos los procesos particulares y locales, todas las otras transiciones.

Esta es una magnífica oportunidad para insistir en lo que los tiempos de transición han traído: el cambio como una característica que define lo que hoy

vivimos; cambio tecnológico, económico, cognoscitivo y de valores, de cultura, de perspectivas históricas. Es decir: *el futuro es cambio*. Nunca en la historia de la humanidad habrá habido mayor justificación para la reflexión, pensamiento, crítica y formación de las generaciones en esta dirección. El impacto sobre la cultura y, especialmente, la educación es extraordinario; se obliga a una reconceptualización de los objetivos y métodos en la preparación de las destrezas y valores para un cambio permanente. La reflexión no es solo una característica más de nuestro tiempo, sino un reclamo fundamental para poder conducir con éxito el progreso de nuestra especie.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL DESARROLLO CIENTÍFICO Y TECNOLÓGICO

Para algunos intelectuales, cuando se vaya a juzgar nuestra época dentro de 200 años, los historiadores del futuro verán la Guerra Fría como una minucia (aunque ésta atormentara tanto a nuestra generación), y verán la implosión soviética y el fin del comunismo como un simple episodio, y mirarán, más bien, hacia la revolución cognoscitiva, que vivimos desde la Segunda Guerra Mundial, como el factor central edificante de una nueva Edad. Algo hay de cierto en eso. Aunque pensamos que sin ese episodio político, a lo mejor, la especie humana no habría llegado a puerto (nada es seguro), es esencial entender la relevancia de esa revolución, en todas sus dimensiones. Y, más que eso, comprender que la relación entre conocimiento, economía, política y sociedad se ha trastocado en una posición que coloca al conocimiento, con intensidad creciente, en la base de los otros. Esto debe tenerse muy en cuenta a la hora de juzgar nuestros tiempos, y al trazar las perspectivas y las posibilidades de las estrategias colectivas de desarrollo.

De manera especial, se debe resaltar un factor “tecnológico”, arrastrado o no por lo político o militar, causa o efecto, que inunda nuestra cotidianidad, como un gran protagonista del nuevo orden social. Como perspectiva general, subrayamos la utilización del conocimiento como instrumento privilegiado en la acción humana de nuestro tiempo en lo militar, económico, político y cultural. Y si bien podemos orientar nuestra cámaras visuales y mentales hacia la asociación entre conocimiento y economía, incluso entre tecnología y consumo, deberá ponerse especial atención a esa relación entre conocimiento y guerra, que fue decisiva el Siglo XX. Incluso, en los determinantes íntimos de la cacareada “nueva economía”: ¿acaso no está la guerra?

No se puede explicar bien el progreso tecnológico de nuestra época, sin tomar en consideración los grandes vectores sociales que han condicionado

nuestra historia durante este siglo. Especialmente desde la Primera Guerra Mundial, la guerra ha sido uno de los factores más importantes del desarrollo tecnológico de nuestra época. Pero debe subrayarse que fue la Guerra Fría la que desarrolló la más extraordinaria carrera armamentista⁸¹ de todos los tiempos: amplios recursos públicos y privados para la industria de la guerra. Mucho de la estructura de la ciencia y la tecnología modernas, de la "Big Science", fue motivado por las necesidades de la organización militar y los propósitos de la política y la guerra.

Comprender esos procesos, que influenciaron industria, academia, instituciones estatales durante décadas, es importante para desentrañar los nuevos tiempos, en los cuales se han trastocado sus factores determinantes. Además del influjo de los servicios y el mercado, cuya presión ha sido un vector real importante, así como la "retroalimentación" que ejercen las nuevas "macrotecnologías" (informática y electrónica) en el nuevo contexto político, es necesario suponer un mayor despliegue de cambios significativos en la estructura y organización sociales de las ciencias y la tecnología.

La relación entre ciencias y tecnología y la guerra ha sido trastocada. Desde mucho antes del fin de la Guerra Fría, con el tiempo, muchos de los resultados tecnológicos o científicos que nacieron a propósito de la guerra (y el crecimiento militar) han sido usados en los servicios, la economía, la vida social, la cultura y la calidad de vida. La misma Internet, para no ir muy lejos. La guerra no va a desaparecer y tampoco la industria armamentista y los proyectos de desarrollo tecnológico orientados hacia la confrontación (en 1995 se gastaba en armamentos unos \$797.000 millones).⁸² Siempre habrá ciencia y tecnología al servicio de la guerra, pero resulta inobjetable afirmar que el fin de la Guerra Fría y la caída del comunismo debilitaron las razones más importantes de los últimos cincuenta años para la principal carrera armamentista internacional. Es posible pensar, entonces, que la humanidad podrá destinar recursos de la guerra hacia desarrollos científicos y tecnológicos en otras dimensiones de la vida internacional.

Puesto en otros términos: las ciencias y las tecnologías no orientadas hacia la expansión militar han sido colocadas en una perspectiva diferente en la escala planetaria. Esto es importante, porque supone un impacto mayor en las

posibilidades de la calidad de vida y los servicios que el desarrollo científico y tecnológico puede ofrecer a nuestra especie y esto, a su vez, genera cambios significativos en la estructura de la ciencia y la tecnología, y en su impacto en la sociedad. Esto es un hecho tanto en los resultados y objetivos de ellas (se orienta al mercado civil e institucional), como en su misma organización (para empezar: multiplicación cualitativa de las interrelaciones y redes internacionales, cambio de los modelos administrativos y sociales).

A la par de la presencia potenciada de tecnologías poderosas, todo empuja hacia una reestructuración de las prácticas científicas y tecnológicas internacionales. Esto, evidentemente, en particular, posee serias consecuencias para la academia internacional.

LAS MEGATECNOLOGÍAS

Si bien en lo que sigue privilegiamos el análisis sobre la tecnología y su impacto social, no debe interpretarse como que éste es superior al de las ciencias, cuerpos teóricos que enfatizan más las dimensiones explicativas que el manejo del entorno. De hecho, en los últimos años se han cristalizado contribuciones a la explicación de la realidad que han replanteado en varias ocasiones nuestra visión de la cosmología y la física del universo,⁸³ recomponiendo la naturaleza geológica del planeta,⁸⁴ una modificación relevante del curso de las matemáticas,⁸⁵ o con los grandes avances en la comprensión de la estructura genética del mundo biológico (que ha explicado la vida en todas sus fases a partir de una aproximación molecular), etc.

Cuatro categorías de tecnologías se han vuelto particularmente centrales en la configuración del nuevo siglo: de la información, de la comunicación, las biotecnologías y la automatización y robótica. De diferentes maneras, condicionarán el mundo cognoscitivo y económico como el cultural y educativo.

La tecnología de la información

Comencemos por subrayar el impacto de las tecnologías de la informática y la electrónica. Tanto en el *hardware* como en el *software*. La “*performance*” de los microchips se mejoró 25.000 veces desde su invención.⁸⁶ La perspectiva: más y mejores computadores en la escala planetaria, mayor y mejor utilización de los recursos informáticos en todas las dimensiones del quehacer social, aumento extraordinario de las capacidades de información para todos los entes de la vida.

Los avances en el *hardware* apuntan a ampliar al máximo las fronteras de la electrónica y la computación actuales para, incluso relativamente pronto, incorporar lo que se llama “tecnología óptica”, una utilización más bien de los haces de luz que de los electrones. De igual manera, tal vez más lejos en el horizonte, ya se habla de “computadores cuánticos” que utilizan propiedades de la mecánica cuántica en el ámbito atómico y subatómico. La revista *New Scientist* consignó el desarrollo por parte del químico James La Clair de una molécula “que podría ser encendida y apagada por nitrógeno y bióxido de car-

bono”, con lo que se podría pasar del silicio a las moléculas como base para las computadoras: “los circuitos moleculares podrían ser solo una fracción del ancho de un nanómetro (una milmillonésima de metro). Estudiosos ya han creado cables moleculares, portales lógicos (un bloque de infraestructura de computadoras) e interruptores, que algún día podrían ser acoplados para hacer que una computadora sea una fracción del tamaño de las máquinas existentes”, según esta revista. Esto ya es extraordinario. Y nos sugiere un futuro que hace poco nos habría parecido ciencia ficción pura y llana. Pero hay más. El aliento nos empieza a fallar cuando la empresa norteamericana Microvisión nos informa acerca de un sistema óptico que proyecta las imágenes directamente en la retina (Retinal Scanning Display, RSD), usando la luz como medio de transporte de la información: “... una nueva relación entre el hombre y la máquina”, nos dice Richard Rutkowsky, gerente general de esta empresa. Pero, además, ya hay, en la perspectiva más larga, experimentos en *biocomputación*, que buscan el diseño de computadoras con tejidos orgánicos y una utilización de los procedimientos del ADN. Indiscutiblemente, con el ritmo de expansión de estas tecnologías podemos esperar cambios significativos en tiempos muy cercanos.

Algo similar ocurrirá con el *software*. Las tendencias señalan dos direcciones muy claras: primero, programas cada vez más “amigables” para el usuario. Aquí es necesario introducir la perspectiva más amplia, no solo para la informática. La tecnología moderna favorece un perfil “ergonómico”: no solo se ha ampliado una transformación hacia los servicios, sino que es posible una perspectiva hacia una mayor “accesibilidad” en su utilización. Bien lo señala el profesor emérito de la Universidad de California (San Diego) Donald Norman: “Los grandes avances prometidos en el conocimiento, las comunicaciones, el trabajo cooperativo, la educación y el entretenimiento se realizarán solamente si la tecnología realmente se ajusta a las necesidades y capacidades de sus usuarios. Para hacer que la tecnología se ajuste a los humanos es necesario estudiar a los seres humanos. Pero ahora tendemos a estudiar la tecnología. Como un resultado, a la gente se le exige que se adapte a la tecnología. Es hora de revertir esta tendencia, es hora de hacer la tecnología adaptada a la gente.”⁸⁷ Pero volvamos a la informática.

En segundo término, se avanza hacia un cambio en la forma como se crean, distribuyen y usan los programas de software. La expectativa es, entonces, de una expansión más acelerada del número de usuarios de las computadoras y un vínculo más intenso a la red. A pesar de las pulsiones legales sobre el

Copyright o la propiedad intelectual, o la polémica de la llamada "piratería", la extraordinaria expansión de las telecomunicaciones y las redes electrónicas empuja hacia una liberalización del *software*. Si no es posible evitar la circulación en Internet de películas, música, bases de datos altamente protegidos por el sistema de propiedad existente, ¿cómo, a la larga, se podrá evitar que se diseñen, distribuyan y utilicen los programas con más libertad? Si el principal componente del *software* es la creación mental y su distribución está asegurada por la red, deberá pensarse en términos muy amplios: la estructura para crear y utilizar software se modificará cualitativamente. De hecho, muchas compañías ya usan redes internacionales de usuarios para chequear y rediseñar sus productos. Estos cambios apuntalarían una mayor expansión del *software*.

Comunicaciones, redes internacionales y cultura

Aunque los resultados en la informática y la electrónica nos sobrecogen y maravillan persistentemente, pareciera poseer una trascendencia aun mayor, en términos sociales e históricos, el vertiginoso y poderoso progreso de las telecomunicaciones en los últimos años; los plazos y ritmos de la comunicación humana se han visto trastocados por estos cambios. En la pareja chips-conexiones, el último término nos coloca de cara a las características de la sociedad del futuro, más que un mundo digital estamos ante un mundo conectado en una escala cualitativamente superior, y siempre creciente. Esta potenciación de la comunicación abre las vías hacia un salto revolucionario en la organización social de la vida humana a lo largo del planeta. Es aquí donde mejor tocamos con nuestras manos la caducidad de la modernidad, de las fronteras territoriales, políticas, culturales, del Estado-nación, y, en particular, de las estrategias económicas o políticas que se apuntalan con una mirada hacia atrás, hacia el pasado. Comunicación e información se funden en un abrazo poderoso que transforma nuestro planeta. Pronto casi todo el orbe, con sus artefactos, personas y demás entes estará conectado en diferentes maneras bajo un manto de ondas, cables y cristales. No pasará mucho tiempo antes de que haya un chip en cada tanque de gasolina de los automóviles, otro en los cepillos eléctricos, la ropa, las mascotas, los libros, en todo, repito, emitiendo señales que se interrelacionan de múltiples maneras. Esta realidad que transforma la forma de vida a la que hemos estado acostumbrados hasta hace muy poco tiempo, en

particular cambia la misma geografía de la comunicación y la topografía de lo informativo. Un pueblito en la frontera norte de Costa Rica es probable que esté más cerca del cine estadounidense y del último grito en la moda francesa que de la vida cultural de la capital. La influencia de la televisión y sus posibilidades de conexión mundial es extraordinaria. Y solo puede expandirse. Entre 1990 y 1995, China pasó de tener 11 a 35 millones de suscriptores de cable, al igual que México de 610.000 a 1.200.000 en el mismo periodo.⁸⁸ El impacto de las tecnologías de comunicación e información ha sido formidable en todas las dimensiones de la vida social (economía, política, cultura, relaciones familiares, deportes, artes). Ha sido evidente su impacto en el sistema financiero, los impuestos, los flujos de capital, la moneda, en todos los fundamentos de la economía moderna. Pero es mucho más que eso. La información vía los medios mundiales de comunicación y la televisión, por ejemplo, compite con la que se recibe en la escuela, en los libros o a través de la prensa (un ejemplo: entre 1990 y 1994 en Brasil, se redujo la circulación de periódicos en un 8% mientras se duplicó la venta de televisores).⁸⁹ Esto plantea modificaciones importantes en la educación y la cultura de los países. Este, precisamente, es uno de los elementos que contribuye a que la mundialización no sea simplemente economía, sino un asunto aun más determinante para la humanidad.

Si las comunicaciones han llegado a tal nivel de desarrollo, es inevitable el progreso sostenido de las *redes* de comunicación internacional; es decir: la gestación, desarrollo y fortalecimiento de grupos organizados en la escala internacional con un impacto social creciente. Insistimos: ya no es posible pensar en la acción humana sea cual sea meramente con un enfoque nacional y una perspectiva *localista*. Un ciudadano del Siglo XXI es casi por definición un "ciudadano del mundo". Mientras que hace apenas unas décadas la naturaleza última de los grupos económicos, políticos, ideológicos, culturales, académicos, estaba determinada por su componente local, nacional, ahora ya no es igual. El vector internacional redefine los grupos y las redes de contacto humano. El debilitamiento de la polarización geopolítica e ideológica contribuye en la misma dirección.

El progreso de los instrumentos de comunicación potencia este tipo de evolución en la organización humana; el trabajo, la investigación, la educación, el ocio, toda la actividad humana se deberá realizar en nuevas condiciones que provocan una nueva perspectiva en todo. Mucha gente aun no es totalmente

consciente de la dinámica de estos cambios y sigue atada a los fantasmas ideológicos o culturales del pasado.

En ese territorio tiene y tendrá una especial importancia la red de comunicación electrónica Internet que, aunque nació en el ámbito militar y con propósitos dentro de la Guerra Fría, constituye hoy en día un extraordinario instrumento internacional para la potenciación de la cultura, comercio, academia, ciencia, arte, deporte o simplemente el placer. Cuando Vinton Cerf y Robert Kahn daban sus primeros pasos con la Internet en 1973, no podían imaginar el desarrollo explosivo de este instrumento: desde 1988 a mediados de 1998 la red había crecido a un ritmo de 100% por año, con más de 13 millones de nombres de dominio inscritos y 143 millones de usuarios de más de 200 países con acceso a la red por medio de unos 36 millones de computadoras (desde menos de 100.000 en 1988). No ha existido nunca un medio de comunicación con el grado extraordinario de crecimiento que posee la Internet. Un momento clave fue la creación de la WEB en 1991 en el Laboratorio Europeo de Física de Partículas en la frontera franco-suiza. Todo se ve afectado por la expansión de la red: ya hay unas 3.500 emisoras de radio que solo transmiten por la red, y en el 2002 se espera que las transacciones comerciales por esa vía sobrepasarán los \$300.000 millones por año. El escenario es sugestivo de la nueva historia: en poco tiempo por medio de un chip de TCP/IP con valor de \$0,35 todos los aparatos electrodomésticos del hogar se podrán conectar con la red; lo cual subraya dos fenómenos: la convergencia y integración de los artefactos en el hogar y la oficina, y su vinculación con la red y la comunicación internacional. Incluso, el mismo uso de los programas informáticos por los usuarios será realizado cada vez más extendidamente por medio de la red. Por ejemplo, el gigante Microsoft anunció, en junio del 2000, el servicio Microsoft.NET, que permite el uso de Windows y MS. Office a través de la Internet. En realidad, desde hace algún tiempo otras compañías habían asumido la misma dirección. Con el progreso de las telecomunicaciones, la perspectiva será precisamente ésta, se cambia la naturaleza misma de la informática. En particular, el sentido de los discos compactos, los disquetes, etc., será otro. La red como el lugar de convergencia, la plataforma tecnológica, el medio de interrelación que lo transforma todo.

El futuro verá el crecimiento de ésta y otras redes electrónicas, probablemente más poderosas, de acuerdo a un crecimiento tecnológico imparable que apunta en el mismo sentido; una perspectiva de ampliación cuantitativa y

cuantitativa de las posibilidades de comunicación de los diferentes seres humanos en cualquier parte del planeta: para el año 2001 se estima que habrá 700 millones de personas en la red y en 10 años la red será tan grande como el sistema de teléfonos.⁹⁰ Es inevitable suponer que la colección de usuarios de la red Internet cada vez más asemejará la estructura de nuestro planeta. Y la velocidad de la comunicación también es imparable: por ejemplo, en mayo del 2000, las compañías europeas Alcatel y KPNQuest anunciaron la transmisión, por cable de fibra óptica y sin necesidad de cambiar la infraestructura ya instalada, a una velocidad de 40 gigabits por segundo, 4 veces más rápido que la mayor velocidad registrada en las redes rápidas existentes. Insistimos: mucho pesará en las perspectivas de su desarrollo el uso de tecnologías *ópticas* y no solo electrónicas, el paso del electrón a la luz. Esta dirección de investigación y realización tecnológicas promete un salto cualitativo en las comunicaciones.

La memoria de los humanos es corta. Cuando usamos cada día el *e-mail* como algo normal, a veces perdemos la percepción de los vertiginosos cambios que vivimos. Hace unos pocos años, la comunicación por fax era vista como un medio absolutamente moderno; aunque parte de la imaginación premonitrice del gran Julio Verne, estaba inscrito en una perspectiva propia del futuro. Hoy, como declaraba Heráclito en la Grecia Antigua o como dice la canción de Mercedes Sosa: todo cambia. Es más fácil, más rápido, más eficiente acudir al *e-mail* para la intercomunicación. Pero además, el correo electrónico apenas cuesta un 2,5% de lo que cuesta un fax corriente. La consecuencia es implacable: el fax está condenado a la extinción.⁹¹ Asuntos de perspectiva histórica.

Aunque sea apenas obvio, debe resaltarse el hecho que Internet es más que comunicación *interpersonal* o un medio de uso científico y académico, es un instrumento de difusión indiscriminada, de publicidad y de gestión comercial y económica, participa de la organización empresarial (que exige comunicaciones internas y externas), y, con relevancia, debe asumirse como un instrumento de organización colectiva, en una escala insospechada hace pocos años. Su impacto en todas las dimensiones de la vida social del planeta será extraordinario. En un mundo cada vez más "digital", las interacciones o interrelaciones vía redes electrónicas solo pueden ampliarse cuantitativa y cualitativamente. La combinación de este instrumento de comunicación con los avances multimedia, de la electrónica (audiovisual, sensorial, etc.), de la tecnología óptica, y de la tecnología de satélites, modificará economía, comercio, política

y, especialmente, cultura y educación. Esta es una auténtica revolución social internacional y, además, es una revolución *permanente*.

El progreso cualitativo y permanente en los procesos de acumulación, manipulación, procesamiento y comunicación de la información constituye en sí mismo *una revolución en el desarrollo de las ciencias y la tecnología modernas*, un impacto extraordinario, en donde solo se puede augurar frecuencias cuantitativas y cualitativas de avance mucho mayores que los que hemos conocido hasta ahora. Debe entenderse esto bien: cuando un equipo informático se vuelve obsoleto completamente en más o menos 3 años (aunque 18 o 24 meses serían un buen ritmo: el de la duplicación de la velocidad de los microprocesadores, la Ley de Moore⁹²), estamos en presencia del ritmo vertiginoso al que el conocimiento (aplicado y mercadeado) parece tender; el *tempo* de la informática-electrónica puede convertirse en el patrón, casi obligado, de toda la empresa tecnológica. Cada vez más, industria, comercio, servicios, tecnologías y ciencias se fundamentan en los productos de la informática-electrónica; los cambios y el ritmo de ellos en esta última solo pueden transformar las condiciones de los primeros. Si la cultura y la educación se fundamentan en la informática-electrónica, no será posible desprenderse en ellas de los dictados de estas tecnologías. Y en las telecomunicaciones propiamente los ritmos tienen sus propios estándares. Algunos ya hablan de algo que está más allá de la ley de Moore, la ley de Gilder: durante los próximos 25 años, el ancho de banda de los sistemas de telecomunicaciones se multiplicará por 3 cada 12 meses, el paraíso para la transmisión de datos.

Cuando afirmamos antes que estamos ante una nueva fase en la economía mundial al apuntalarse la aplicación del conocimiento al conocimiento, la electrónica, la informática y las telecomunicaciones vienen a nuestra mente como ejemplos privilegiados. El uso de la computadora para crear mejores computadoras, una vez tras otra, paquetes informáticos para crear otros más poderosos, sistemas que sirven de plataforma para nuevos que los superan cualitativamente, y todo en fracciones cortas de tiempo de vida. Un círculo virtuoso. Y lo mismo sucede y sucederá con mayor fuerza con las comunicaciones, el uso de las redes para crear otras redes superiores, para potenciar las posibilidades de la comunicación. Estos estándares y ritmos de la alta tecnología serán cada día más el rasero con el cual medir todos los tiempos que nos han tocado vivir.

Estos cambios profundos y expansivos suponen un vuelco en las expectativas y oportunidades de desarrollo y educación de los seres humanos. Un impacto en los valores, costumbres, hábitos y, en general, en la forma de vida. No es posible ver la guerra como un asunto ajeno (como podría suceder en otro momento histórico) cuando sus imágenes aparecen en el noticiario de las seis en el televisor de la casa. No es posible permanecer indiferente a las hambrunas del norte del África, cuando se reciben los correos electrónicos de un colega de esa región del planeta. No es posible preservar intacta la forma de comerciar, cuando se puede comprar un producto a miles de kilómetros desde el televisor o el monitor de su casa, sin necesidad de intermediarios físicos. No es posible apuntalar la segregación dogmática y el fanatismo, cuando la diversidad de formas de vida, cultura y religión nos confronta en lo cotidiano a través de los diferentes medios de comunicación.

Estos vectores tecnológicos en su conjunto apuntalan la mundialización aunque haya tres o cuatro bloques económicamente anclados en la vida internacional, protagonistas que trascienden lo económico y político, transforman la cultura y la conducta humanas de una manera radical y universal en todas las escalas y dimensiones de la vida mundial. En gran medida, más que nunca, el conocimiento, las ciencias y la tecnología son la partera de la nueva sociedad: a la par de la caída de la Guerra Fría y la implosión del mundo comunista soviético, y de la presencia de una economía postcapitalista, esta revolución sostenida que integra procesos informáticos, electrónica y telecomunicaciones es uno de los pivotes esenciales del orden histórico que sigue. Nos repetimos: una sociedad altamente informatizada y comunicada expresa una nueva realidad, cuyos ritmos, características y tendencias, eso es lo que queremos enfatizar, tendrán que ser *revolucionariamente* distintos a los que se han vivido. Ahora bien, sin embargo, debido al desarrollo desigual y combinado de las naciones, no será posible esperar los mismos resultados y características en todas las partes del planeta.

Biotechnologías

Hace poco tiempo, la clonación de una oveja en el Reino Unido (*Dolly*) dejó a la humanidad con la boca abierta. Ya no era solo una posibilidad teórica,

era algo real (que, incluso, echó leña al fuego del debate que gira alrededor de la llamada *bioética*). Más cerca, el genetista norteamericano Craig Venter creó *in vitro* una forma nueva de vida: una sencilla bacteria que se afirma como el primer ser viviente artificial. Y por si faltara algo, en abril del 2000, el mismo Venter, dirigente ahora de *Celera Genomics*, anunció que su empresa logró secuenciar (en fragmentos) el genoma de una persona. El 26 de junio del 2000, en una transmisión enlazada vía satélite, Bill Clinton y Tony Blair anunciaban a la humanidad que se había obtenido el mapa del genoma humano. Una iniciativa pública (Proyecto Genoma Humano) y otra privada (*Celera Genomics Inc.*) lograron, el primero, secuenciar un 97% del genoma humano con un 85% en orden, y, el segundo, un 99% de éste totalmente ordenado. En la iniciativa pública participaron 18 países, coordinados por EUA, Alemania, Reino Unido, China, Japón y Francia. El resultado, apenas un punto de partida y un borrador, tomó 10 años de trabajo, la participación de más de 1000 científicos de todas partes y alrededor de \$2000 millones. De esta manera, con esfuerzos, públicos y privados, tocaban el cielo con sus manos: la huella genética de nuestra especie, el libro de la vida, había sido develada. La misma vía de anunciar lo obtenido, la relevancia de los resultados, los métodos con privilegio de la computación, la gestión pública y privada, la conjunción internacional, y las posibilidades abiertas nos muestran la naturaleza de nuestros tiempos, pero, más que eso, nos colocan, sin duda, ante una nueva etapa en el conocimiento.

Dar respuestas al Parkinson o al cáncer o a la diabetes y los desórdenes cardiovasculares no puede menos que entusiasmarlos. Pero es más que esto lo que está en el tapete. La comprensión y la manipulación del ADN, ya en la perspectiva histórica y no solo en lo que se refiere al genoma humano o la medicina, están llamadas a constituir, además de grandes hitos, instrumentos decisivos, para el desarrollo científico, tecnológico, económico y de la calidad de vida de la humanidad.

Desde un punto de vista económico, por ejemplo, sus implicaciones son extraordinarias. Bien dice Paul Kennedy:

“Como la máquina de vapor y la electricidad, es probable que la biotecnología introduzca una nueva era histórica y un gran cambio en el modo en que vive la gente. Ofrece nuevos productos y formas mejores de crear los existentes. Abre nuevos mercados, reduce los costes de muchos servicios y bienes ma-

nufacturados y podría alterar el modelo del comercio internacional. Quizá cambie el modo en que están estructuradas las economías nacionales, los capitales se distribuyen y, en general, el espectro del conocimiento científico. Creará muchos nuevos trabajos y eliminará la necesidad de muchos otros tradicionales.”⁹³

Es probable que sea el recurso de mayor potencial para una producción mayor de cultivos y plantas que nutra la población mundial. Resulta, sin embargo, interesante notar que no es la biotecnología agrícola lo que ha recibido mayor inversión en los últimos años, sino, más bien, la biotecnología médica (más de 20 veces la inversión de capital).⁹⁴ La biotecnología convoca múltiples dimensiones del quehacer científico y tecnológico, como la química, la farmacología, la agricultura, las tecnologías de alimentos, las ciencias de la energía; también, puede poseer un impacto extraordinario en la redefinición y las fronteras del conocimiento del futuro.

Con relación a la biotecnología agrícola: en el momento en que sea rentable la producción *in vitro* de muchos de los alimentos que hoy se producen por mecanismos tradicionales, mejorados o no tecnológicamente, una auténtica revolución en la producción agrícola internacional se va a desatar; esto tendrá implicaciones extraordinarias en la vida social de todo el planeta.⁹⁵ En 1998, las ventas totales de productos genéticamente modificados ascendieron a \$30.000 millones. En ese mismo año, China, por ejemplo, importó 46 millones de toneladas de este tipo de productos; y el África y Medio Oriente importaron unos 138 millones de toneladas.⁹⁶ Las biotecnologías están inscritas en el futuro. Como señala el científico costarricense Pedro León: “La predicción es que el siglo por venir será el siglo de la biotecnología”.⁹⁷

El futuro de la biotecnología es un asunto capital para el desarrollo de las naciones. Es cierto que para los países en vías de desarrollo es posible desarrollar algunos proyectos de biotecnología, los cuales poseen menos demanda de capital y más de investigación. El asunto es, sin embargo, más complejo: en este momento, las principales investigaciones en torno al ADN a escala internacional (de ingeniería genética) están globalmente en manos del mundo desarrollado. El gobierno de los Estados Unidos, por ejemplo, para este tipo de investigaciones da directamente unos 4.000 millones de dólares al año, sin contar con otras fuentes indirectas como impuestos o políticas comerciales.⁹⁸ Al igual

que con otras dimensiones de la vida internacional, el peso de las transnacionales (capital y poder) constituye un factor decisivo para su evolución. Las empresas biotecnológicas pequeñas son compradas por las grandes y los sistemas de patentes y licencias se transforman a la larga en el beneficio de estas últimas. Las naciones en desarrollo entran en la competencia de la biotecnología con sus desventajas estructurales típicas. Por ejemplo, 5 empresas biotecnológicas de Estados Unidos y Europa controlan ya el 95% de las patentes de transferencia de genes. Hay una tensión en el sector entre Norte y Sur. Este diferendo, por ejemplo, se apreció en una reciente reunión en 1999 celebrada en Cartagena, Colombia, patrocinada por la ONU para firmar un *Protocolo de Bioseguridad*: “Los desacuerdos están entre las naciones industrializadas, incluyendo a Estados Unidos –primer exportador mundial de productos generados por bioingeniería– y la mayor parte de Tercer Mundo, temeroso de que cosechas diseñadas genéticamente podrían tener devastadores efectos sobre su rica biodiversidad, tradiciones culturales y sistemas agrícolas más rudimentarios”.⁹⁹ En esta tesitura, la conservación de la biodiversidad ha obtenido mucha atención dada su estrecha vinculación con la agricultura.¹⁰⁰

Por razones como las expresadas arriba, y de manera global, no es posible pensar que sea posible una utilización activa y edificante en las naciones en vías de desarrollo de la ingeniería genética para mejorar su producción sin un contexto internacional apropiado.¹⁰¹ Sin este tipo de entornos favorables, el desarrollo biotecnológico (que podría constituir una reforma agrícola extraordinaria de beneficio para toda la humanidad) podría servir, más bien, para amplificar las desigualdades, aumentar la dependencia de los países en desarrollo con relación a los más ricos y debilitar el progreso de estas naciones.¹⁰² Puesto en otros términos: la biotecnología pareciera ser el instrumento principal para la agricultura y para la medicina del futuro (con la presencia de un amplio desarrollo demográfico y un amenazante desequilibrio ambiental), pero no está claro que la estructura económica y social internacional actual pueda permitir que esta revolución se de debilitando la pobreza, disminuyendo las distancias entre los países ricos y los países en vías de desarrollo, y favoreciendo un desarrollo armónico de nuestra especie. Todo está en la transición.

Automatización

Tal vez los robots no lleguen a dominar nuestra especie, pero que serán importantísimos nadie lo puede negar. Aunque no en la misma dimensión universalizante o revolucionaria socialmente (actual o potencial) que las tecnologías de la comunicación e información o que las biotecnologías, otra de las grandes tendencias en el desarrollo económico y tecnológico mundial tiene que ver con la *automatización* de la manufactura. De una manera general, es un proceso que expande la sustitución de la mano de obra humana o, mejor dicho, la coloca en otra perspectiva. Una de sus formas es la introducción de robots en la producción económica. Se puede decir que el primer robot industrial fue colocado por *Unimation Inc.* en 1961. Hoy más de medio millón se han puesto en el mundo industrial.¹⁰³ De extenderse y profundizarse este tipo de procesos, sus consecuencias en la organización de la economía manufacturera, a la vez que sus secuelas de implicaciones en la organización productiva, constituirían una auténtica revolución industrial. Para algunos analistas: el robot equivale a la máquina de vapor de la Revolución Industrial.¹⁰⁴ No obstante, y a pesar de los esfuerzos que se han realizado en esa dirección (especialmente en el Japón), no se trata de una perspectiva inmediata para la mayoría de las economías industrializadas del momento. El asunto es complejo; por ejemplo, para las compañías transnacionales se trata de evaluar qué es más rentable: ¿trasladar sus manufacturas a países con mano de obra más barata o invertir en robótica?¹⁰⁵ Por otra parte, en los mismos países industrializados no todos están en las mismas condiciones. Para algunos, los sindicatos preocupados por la pérdida de puestos laborales se convierten en un auténtico obstáculo a la creación de robots. En el actual momento quien más lleva delantera en la robótica es Japón.¹⁰⁶

Para los países en vías de desarrollo la robótica está fuera de sus alcances; en primer lugar, por la demanda de ingenieros, técnicos y del capital que se requiere para echar a andar este tipo de procesos y, en segundo lugar, porque en estos países converge la abundante oferta de mano de obra con precios baratos.

Sin duda, la automatización y la robótica son sistemas importantes para el aumento de la productividad en la organización productiva. En el largo plazo, estos procesos van a tender a intensificarse; sin embargo, existen grandes

limitaciones sociales en la escala internacional para que esto se pueda realizar de una manera rápida. Si bien es posible pensar en un escenario en que los países desarrollados, con poblaciones decrecientes, aumenten su nivel de automatización y recurran a los robots, no se puede dejar por fuera el desarrollo de conjunto de la problemática social, económica y política internacional.

No solo las tecnologías que hemos señalado han tenido un importante progreso en los últimos tiempos: materiales, transportes, ciencias de la salud, fuentes de energía, tecnologías balísticas o espaciales han tenido grandes desarrollos. O tecnologías como la llamada *nanología*, que promete desatar otra gigantesca revolución. No es posible, sin embargo, determinar cuáles tecnologías tomarán la delantera en el futuro lejano. Sin embargo, resulta interesante mencionar las industrias seleccionadas por el Ministerio de Comercio e Industria Internacional de Japón como las más importantes para los primeros años del Siglo XXI: la microelectrónica, la biotecnología, las industrias científicas de nuevos materiales, la industria aeronáutica civil, las telecomunicaciones, las máquinas herramientas y robóticas y las computadoras.¹⁰⁷ Su decurso dependerá, por supuesto, de muchas circunstancias. Lo que nos ha resultado importante en este trabajo es analizar la dinámica de algunas que hoy y en las décadas siguientes ejercerán mayor influencia.

EL IMPACTO DE LA TECNOLOGÍA EN EL CONOCIMIENTO Y LA ACADEMIA

Se trata de un asunto, más bien, epistemológico: un crecimiento tan poderoso de la tecnología moderna, como el que podemos prever, no solo tendrá implicaciones en el desarrollo económico y social sino, de una manera específica, en el desarrollo de las ciencias y de todo el conocimiento. Es decir, por la relevancia de su impacto social, todo indica que se seguirá beneficiando más la tecnología que la ciencias básicas en el próximo período histórico. Aunque la ciencia y la tecnología son hoy, en realidad, caras de la misma moneda, es posible prever que el crecimiento de la ciencia estará aún más influenciado por el desarrollo tecnológico. Y, de la misma manera: las ciencias que obtendrán mayor apoyo, serán aquellas con más asociación con las tecnologías socialmente dominantes. Pero busquemos la perspectiva más general.

Las ciencias y las tecnologías poseen *estatus* epistemológicos y sociales diferentes; podemos decir que se trata de “universos de discurso” distintos. Si embargo, siempre ha existido una intersección común (más en unas que en otras). Una razón “ontológica”: en el mundo moderno la tecnología es esencialmente conocimiento científico aplicado. La expansión gigantesca de la tecnología de nuestro tiempo impulsada por las demandas de la economía actual (creciente, internacionalizada, “cognoscitiva”), empuja a las ciencias (a unas más que a otras) a verse “arrastradas” por el mundo tecnológico. Los “universos de discurso” convergen, las intersecciones se incrementan, los tiempos entre el resultado científico y su aplicación tecnológica se acortan, como se acortan los de este último y su mercadeo, los ejes del desarrollo tecnológico generan actividad científica (ya sea nuevos ejes o el fortalecimiento de otras líneas de acción). El asunto es muy claro en términos económicos: mayores recursos para tecnologías (investigadores, técnicos, proyectos, instituciones, empresas,...) solo pueden condicionar el lugar y muchas de las características de las ciencias modernas. A todo esto se debe añadir la “dependencia” creciente de las ciencias con relación a la tecnología (interacciones mayores, ritmos importados ...). Un ejemplo de estas interrelaciones es la *bioinformática*, cuya evidencia más impresionante se dio en la decodificación del genoma humano. Mucha de la investigación genética, biomédica o farmacéutica se realizó ya en las computadoras. En poco tiempo, las mismas pruebas nucleares se harán en

los ordenadores, para dicha de nosotros los mortales. Y lo mismo pasará en todos los campos del conocimiento. Los ritmos de la informática y electrónica modifican las dinámicas y las fronteras del conocimiento, el de las telecomunicaciones y la potenciación de las redes empuja a formas diferentes de hacer ciencia. Incluso en las matemáticas, baluarte de la abstracción y la creación individual, ya la demostración del último Teorema de Fermat puso en evidencia el valor de la informática, pero es más que eso: la práctica matemática usual se verá significativamente modificada por procesos de construcción cognoscitiva “en-red-ados”.

El margen de maniobra de las ciencias con relación a la tecnología no es, sin embargo, el mismo en cada país; para aquellas naciones de alto desarrollo cognoscitivo ese margen probablemente será mayor. ¿Cuál es la conclusión? Los ejes del desarrollo tecnológico y su dinámica social ocuparán, crecientemente, un papel determinante a la hora de definir los objetivos de las prácticas científicas y académicas del nuevo contexto histórico; para referirse a ello incluso se habla de una nueva forma de conocimiento. Esto obliga a planteamientos lúcidos que, es probable, choquen con la inercia tradicional en la academia de muchos países. Ahora bien, esto no debe malinterpretarse: por más relevancia que la tecnología tenga en el desarrollo de las ciencias, es evidente, que éstas constituyen un fundamento de la misma. Es decir, la investigación científica va de la mano de la tecnología. Debe enfatizarse, también, no solo la relevancia y el papel de la ciencia y la tecnología, sino el sentido de algunos de los componentes cognoscitivos del producto tecnológico: más que la realización práctica, física, la dimensión “mental”. Por ejemplo, el costo físico de un disco compacto con Windows 98 no llega a los 2 o 3 dólares, pero el conocimiento que está contenido allí es centenares de veces más costoso. La estructura del producto tecnológico privilegia las “ideas”, lo que posee consecuencias múltiples no solo en la creación tecnológica sino, también, en la economía y el comercio.

En las relaciones entre ciencias y tecnologías, no se puede perder de vista las macrocondiciones sociales. Entre sus componentes está el reclamo por la demanda económica o industrial, y las condiciones específicas sociales, que son las que determinan quiénes hacen operativamente ciencias y tecnologías. Nunca se podrá prescindir de este factor. Los límites de la gestión y desarrollo tecnológicos no solo se establecen por sus vectores cognoscitivos, sino, muy especialmente, por el entorno social y humano en el que se dan. Por eso, si lo

que predomina socialmente es la industria bélica o lo es el consumo individual masivo, serán estos elementos los que encuadrarán el devenir de la tecnología.

Otro aspecto que nos interesa poner en relieve en esta reflexión: el valor de la interdisciplina o la transdisciplina. Favorecemos el término *transdisciplina* que refiere más a transformación o ruptura de las disciplinas en compartimentos estancos, y no tanto de *interdisciplina* o, incluso, *multidisciplina*, pues en estos últimos pareciera que se parte de disciplinas *fijas* que interactúan o convergen, lo cual no es nuestra posición. En todo caso, no es nuestro interés entrar en polémicas terminológicas o epistemológicas ni prescribir u devenir para el concurso de las múltiples ramas del conocimiento y, por eso mismo, en lo que sigue hemos usado los términos muy laxamente para efectos de nuestro análisis.

Conforme avanza el conocimiento, a la vez que se expanden las especializaciones se multiplican las interrelaciones en los diferentes campos del saber. Esto se manifiesta, de una manera especial, en el mismo proceso tecnológico; no solo convergencia de ciencias y tecnologías, sino, en particular, entre diferentes tecnologías que se refuerzan mutuamente (informática y electrónica, materiales y electrónica, telecomunicaciones e informática, tecnología de satélites y comunicación, electrónica y biotecnologías, etc.). Por eso: podemos prever mayores niveles de interacción entre diferentes campos del conocimiento (teórico y aplicado), repetimos, una reformulación de las disciplinas clásicas de los últimos siglos, que se han visto y se verán desdibujadas por el influjo de nuevos factores, conocimientos, tecnologías y realidades. Más aun, en la misma dirección, con relación al conocimiento de la realidad es pertinente la interpretación “de Copenhague” de la mecánica cuántica, que establece la existencia de varias visiones de la realidad, las cuales si bien son independientes resultan complementarias; aunque sin caer en los extremos muchas veces sostenidos por los postmodernistas para justificar relativismos epistemológicos, que no compartimos. En esta visión, tanto la naturaleza como la sociedad son demasiado complejas como para poderse interpretar y entenderse desde un único punto de vista, por eso: “uno de los desafíos en el umbral del siglo XXI consiste en entablar un diálogo significativo y amplio entre las disciplinas a fin de afrontar de manera más eficaz algunas de las cuestiones destacadas en el ámbito de las artes y las ciencias.”¹⁰⁸ El asunto es aun más drástico: la ruptura con la disciplina, la potenciación de la transdisciplinariedad. Pero dejemos aquí la filosofía y volvamos ahora a la economía.

EL CONOCIMIENTO EN LA ECONOMÍA

El actual desarrollo de las ciencias y la tecnología y sus aplicaciones económicas han representado un extraordinario impacto en los factores clásicos del crecimiento económico: una *nueva economía*. Ya no es posible pensar que materia prima, recursos materiales o mano de obra, sean en sí mismos las claves para el crecimiento económico exitoso. Ni siquiera el capital en sí mismo es una condición suficiente para el éxito de la empresa económica. Esto es central: el capital y el trabajo han sido pilares de la economía de la modernidad. Debe quedar muy claro: el principal factor de la economía de la nueva sociedad es el conocimiento. Es decir, para la creación de la riqueza y el valor económico en la nueva sociedad el factor fundamental no será la asignación del capital, ni la mano de obra ni los recursos naturales, sino el desarrollo de la productividad y la innovación, que son aplicaciones del conocimiento. En ese sentido, una consecuencia lateral que ya hemos mencionado: los esquemas que reducían el sistema social a la confrontación entre capitalistas y proletarios desaparecen, no tienen sentido; la estructura de clases sociales en la nueva sociedad (los trabajadores del conocimiento y los trabajadores de servicio) determina una nueva realidad sociológica. Capitalismo y marxismo se hundan en las páginas de la historia, ¿gracias al conocimiento?

La clave para la empresa del futuro es el componente cognoscitivo, la aplicación de ciencia y tecnología en la producción económica. Se estima que más del 50% del PIB de los países de la OCDE está fundamentado en el conocimiento, y la tendencia es aceleradamente creciente. En el periodo comprendido entre 1980 y 1994, la alta tecnología en el comercio internacional pasó del 12% al 24%. Y todos los indicadores ya más recientes apuntan en la misma dirección. La nueva economía como plataforma social, y como motor de un rediseño de las fronteras de la economía clásica. Un estudio reciente de los investigadores Dale Jorgenson (Harvard) y Kevin Stiroh (Banco de la Reserva Federal de los EEUU), revela un crecimiento en la productividad de la economía estadounidense de alrededor del 2,3% anual entre 1995 y 1998 (un punto porcentual encima del que tuvo en el periodo 1990-1995), debido a tres vectores: inversión de capital, calidad de mano de obra y progreso tecnológico, donde el tercero es el más determinante. La elevación del progreso tecnológico, la productividad, y su impacto en toda la economía catapultó la productividad de toda la economía norteamericana, al punto que se esperan en la misma creci-

mientos del 3 y 3,5% sin presiones inflacionarias. ¿Conclusión? La economía en su conjunto cada vez más se ve determinada por el decurso tecnológico, es decir de la participación creciente del conocimiento en la vida económica. Volvamos a los factores de la economía.

No es que los salarios bajos o la existencia de mayores recursos naturales dejen de tener importancia, pero, en el largo plazo, serán aquellas empresas que logren incorporar mayor factor tecnológico y cognoscitivo en su producción las que van a asegurar su éxito. La conclusión es inevitable: "En una economía global moderna hay una ley inflexible de los salarios: las únicas diferencias salariales que pueden subsistir en el largo plazo son las justificadas por las habilidades que generan más alta productividad."¹⁰⁹ Aunque siempre los salarios bajos serán un instrumento para la competitividad económica de una empresa o de una nación, indiscutiblemente, tendrán mayor éxito en el largo plazo aquellas empresas o naciones que involucren en los servicios y trabajos un componente técnico mayor. Un dato con relación a esto: "en un periodo de solo ocho años, el coeficiente de habilidades matemáticas relativas y los ingresos se han triplicado para los varones y duplicado para las mujeres."¹¹⁰ En el mismo sentido influye la liberalización económica: la mayor facilidad de importación de bienes de capital aumenta la productividad, y esto aumenta la demanda de mano de obra calificada. En la sociedad informatizada y comunicada, el conocimiento y las destrezas asociadas al conocimiento y a la información serán la clave en la mano de obra. Bien señala Thurow, que: "El conocimiento y las habilidades han quedado ahora como la única fuente de ventaja comparativa."¹¹¹ El asunto es, incluso, más preciso: "el conocimiento solo puede ser empleado a través de las habilidades de los individuos".¹¹² ¿Cuál es la conclusión? Todo empuja a que la mano de obra más preparada y educada desplace a la mano de obra que no reúna este tipo de condiciones, demandas extraordinarias sobre la formación secundaria, postsecundaria y técnica de una nación. Esto establecerá diferencias y dinámicas sociales que modificarán en el largo plazo la evolución sociológica de una nación. Es aquí donde se entiende mejor la dinámica, en los principales países desarrollados, de expansión del empleo en servicios y conocimiento, y declinación en industria, como sucedió con la agricultura en la sociedad industrial.

Como la base de este tipo de desarrollo económico es el conocimiento y el tratamiento de la información, sus características y procedimientos son los que, de alguna manera, definirán el desarrollo económico del futuro. Por eso,

es pertinente el comentario de Thurow, en una valoración de la economía: no se trata tanto de determinar cuál sector (servicios, industria o agricultura) está simplemente creciendo, en el largo plazo no importa que se trate de uno o de otro, de lo que se trata es de cuál sector o cuál industria está haciendo inversiones que los coloquen en la empresa del futuro, la incorporación del conocimiento en su desarrollo.¹¹³

Coloquemos esta discusión en la perspectiva histórica. En primer lugar, debe recordarse que el capitalismo apareció de diferentes formas en otros momentos históricos. Relevante es que en los últimos 250 años alcanzó una posición dominante en el planeta. Entre 1750 y 1850 conquistó a Europa occidental y septentrional y, ya a principios del siglo XX, casi todo el resto del mundo. ¿Por qué triunfó en nuestro hemisferio y nuestra época con tanto estruendo? En esta evolución, un factor determinante fue la Revolución Industrial, que reflejó un cambio en el papel y significado del conocimiento: el uso práctico del conocimiento y el desarrollo de la tecnología. Capitalismo y tecnología constituyen el matrimonio que fundamenta la economía de la sociedad moderna; una producción económica basada en la tecnología fue el motor fundamental para la potenciación del desarrollo capitalista de la modernidad.

Ahora bien, con Peter Drucker, podemos considerar esta historia de la economía capitalista en tres etapas: una primera etapa en la que se aplica el conocimiento a objetos, máquinas, procesos, y otra en la que se aplica al trabajo. Esta última es lo que se puede llamar la *revolución en la productividad*, que arranca desde 1880 y se extiende hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Pero: "... aumentar la productividad de los obreros manuales en fábricas, agricultura, minería o transporte ya no puede crear riqueza por sí mismo; la revolución de la productividad se ha convertido en víctima de su propio éxito. A partir de ahora lo que importa es la productividad de los trabajadores no manuales; y eso exige, obviamente, la aplicación del saber al saber."¹¹⁴ Estamos ante las fronteras de una etapa en la economía moderna. Las palabras claves son gestión e innovación: "... proporcionar saber para averiguar en qué forma el saber *existente* puede aplicarse a producir resultados es, de hecho, lo que significa *gestión*. Además el saber también se aplica de forma sistemática y decidida a definir qué *nuevo* saber se necesita, si es factible y que hay que hacer para que sea eficaz; en otras palabras, se aplica a la *innovación* sistemática."¹¹⁵ Para Drucker, este tercer cambio en el significado del conocimiento se puede llamar la *revolución de la gestión*, y ya se ha extendido a lo largo del

planeta. La Revolución Industrial se impuso entre mediados del Siglo XVIII y mediados del Siglo XIX, la revolución de la productividad desde 1880 hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, y, con un ritmo vertiginoso, la tercera nueva revolución se ha extendido a largo del mundo en unos 50 años. Esta razonable “periodización” de Drucker, sin embargo, debería ajustarse a partir del significado que poseen la informática y las telecomunicaciones. Nos encontramos apenas en las puertas de una nueva etapa. Un salto cualitativo en la organización de la producción, que no se puede acaparar con la simple “aplicación del conocimiento en el conocimiento”. La potenciación de comunicaciones, globalización e influjos cognoscitivos de la revolución informática y electrónica, dispara radicalmente la productividad colectiva, incluso mucho más allá de la misma economía. Ahí estamos, exactamente, al cruzar esta frontera entre siglos. Ya volveremos muy pronto sobre esto.

Un asunto al que refiere directamente esta última discusión es el de la productividad en los empleos de la nueva economía. En los servicios, la respuesta parece ser indiscutible: es baja. Especialmente en los empleos de oficina y más aún en los gubernamentales. Por otra parte, debe consignarse con claridad: hay una distancia entre los trabajadores del conocimiento y aquellos de los servicios. Hasta el momento, una gran cantidad de los trabajadores del sector servicios no requieren en su trabajo altos niveles de especialización ni de educación. Esto es un reto para cada sociedad. ¿Cómo avanzar en la productividad del trabajo en el sector servicios? Drucker propone: “Definir los resultados, al determinar el flujo de trabajo adecuado, constituir el equipo adecuado, y concentrarse en el trabajo y su ejecución son requisitos previos para conseguir productividad en el trabajo del saber y en el trabajo de los servicios. Sólo cuando todos ellos se han hecho puede empezar la tarea de hacer que cada trabajo individual y cada tarea individual sean productivos.”¹¹⁶ El asunto parece más complejo que lo que una prescripción abstracta como la anterior puede ofrecer. Lo que sí parece muy importante es consignar que el incremento de la productividad en estos trabajos obliga a un aprendizaje continuo tanto para la acción propiamente laboral como en lo que se refiere a la organización del trabajo. En particular, es correcto afirmar: “la organización tiene que convertirse en una organización donde se enseñe y se aprenda.”¹¹⁷ Esto es muy relevante para las estrategias nacionales en la educación y la formación de los nuevos tiempos.

Estamos de acuerdo en la existencia de una nueva economía a partir del uso del saber en el saber, de la gestión, de una reforma de los factores económicos definitorios de la sociedad capitalista, y de la composición de su empleo,... pero debería consignarse además, es relevante subrayarlo, una nueva fase a partir del uso exponencial de las computadoras y las telecomunicaciones, y con la especial relevancia de la producción y el comercio electrónicos. Con relación a este último, pronósticos conservadores señalan un movimiento de la orden de \$300 millardos en la Internet solamente en los Estados Unidos. Se calcula que llegará a unos 7 billones de dólares en el año 2004. Pero debe tenerse cuidado en no pensar que solamente se trata de un asunto de *e-comercio*, pues más bien refiere a toda la organización de la vida económica a partir de nuevas reglas. Lo relevante aquí es el papel de la nueva unidad de definición: *la red*. Este es el momento adecuado para colocarlo en la perspectiva histórica que demanda. La red constituye el marco y el instrumento para crear o gestar el conocimiento, producir el producto y comercializarlo, para integrar publicidad, las reacciones de los segmentos de mercado buscados y, finalmente, para reiniciar el proceso. Una idea se pide que surja de la red, que se moldeen allí sus fronteras, que su diseño se haga también así, y que por la misma conexión se explore el ensamblaje y producción, para luego colocar el resultado en el mercado a través de la misma. Estamos ante la presencia de círculos completos de economía a través de la red. Y eso significa una nueva relación entre creativos, productores y gestores, y entre estos y el mercado. Cuando, por ejemplo, se dirige la mirada hacia el Silicon Valley se suele ver la producción de *hardware* y *software*, pero se pierde de vista lo más decisivo de este icono de los nuevos tiempos: la organización en red, una auténtica *e-cultura*. Esta economía posee características que rompen los esquemas típicos en el mundo industrial, va más allá de decir que “la organización potencia a sus participantes”, o que “la suma es mucho más que sus partes”. Pero además, multiplica procesos de los que ya hemos sido testigos, una nueva relación entre precios, tiempo y mejor tecnología: disminución drástica de los precios para productos con mejor tecnología en plazos temporales nunca imaginados.

Al constatar que lo relevante es más que el contenido del producto la organización social que lo produce, estamos de frente ante la esencia de la revolución económica que vivimos: la construcción de automóviles, los productos farmacéuticos, las telas, todas las dimensiones de la economía tenderán a adoptar la red como su célula básica. La fábrica, unidad de centralización de

procesos que fundamentó la sociedad capitalista, queda atrás, en nuestras espaldas, en el pasado. Ahora bien, debemos consignar, la nueva organización apuntala dos procesos: por un lado, la descentralización de los componentes del proceso económico (que se precisan y multiplican) y su integración con el concurso de la red, y, por el otro lado, la internacionalización y globalización del mismo, a través de una infraestructura creciente de telecomunicaciones. Esto nos ofrece apenas una foto de esta realidad.

¿Cuál es la perspectiva? No estamos solamente ante un aumento en los niveles de eficiencia productiva o comercial, o de la rapidez con que se establece una transacción, o de una realidad de mayor globalización de la economía, sino que estamos ante un cambio drástico de la vida social que afecta las relaciones, estructuras y la organización general de las economías en las escalas nacional e internacional. La nueva economía pone en cuestión las fronteras nacionales, regionales, locales y apuntala la mundialización, y también coloca contra la pared a los enfoques localistas en las estrategias económicas. Vayamos ahora a las políticas para el desarrollo.

¿Cuánta ciencia y tecnología específicas se necesitan para el éxito económico de una empresa? No hay leyes universales y *a priori* que permitan ofrecer una respuesta apropiada, dependerá de condiciones muy concretas, pero hemos visto la experiencia de empresas exitosas en ciencia y tecnología *sin una gran inversión de capital*. Esto se puede decir de otra forma: algunos elementos actuales del escenario científico-tecnológico que vivimos no son instrumentos tan caros como para impedir su utilización de una forma más amplia. Cuando en menos de tres años un equipo informático se vuelve obsoleto, su precio cae drásticamente, pero no su valor como instrumento o insumo económico, cultural o educativo. La rapidez del progreso tecnológico y su traducción en los precios abren nuevas opciones para la producción social. Esto afirma, simplemente, más posibilidades para permitir la competencia económica. Existen, en consecuencia, nuevas oportunidades. Y esto puede ser útil para las estrategias de desarrollo de algunos países.

En el mismo sentido apunta la globalización, opina Drucker: "Con el dinero y la información convertidos en que transnacionales, inclusive unidades muy pequeñas son ahora económicamente viables. Grande o pequeño, todo el mundo tiene a igual acceso al dinero y la información en los mismos términos. En realidad, los verdaderos 'éxitos sin precedentes' de los últimos treinta años

han sido países muy pequeños.”¹¹⁸ Sin embargo, hay que relativizar este tipo de apreciaciones. Si bien es cierto que en el nuevo escenario existen oportunidades para obtener la información y el capital para invertir, con menos restricciones, tampoco se pueden pasar por alto las limitaciones: un mundo estructurado con base en grandes desigualdades, cargado de dobles morales, y fuertes intereses monopolizantes y concentradores. Tampoco el crecimiento de esos pequeños países ha sido “puro”, la geopolítica de la Guerra Fría intervino decisivamente. Por eso no se debe convocar al optimismo y las ilusiones generalizados, sin más. No debe perderse la perspectiva.

La realidad social y económica de la sociedad en que vivimos se impone con fuerza implacable: no se puede negar la estrecha vinculación entre tecnología y economía y, por ende, entre tecnología y capital. La inversión de capital de nuestra época condiciona sustancialmente a la tecnología (sus posibilidades y decurso). Aunque se dan experiencias en el mundo de progreso tecnológico con poco capital, tarde o temprano el capital interviene decisivamente, con su cohorte de leyes. A la larga, para un país la debilidad en el capital representa, casi mecánicamente, la debilidad en la tecnología. Por eso, se trata de una auténtica Espada de Damocles sobre el Sur: si los países en desarrollo siguen recibiendo solamente un 10% de toda la inversión directa extranjera del mundo, en perspectiva, el resultado será su exclusión del progreso tecnológico, y entonces de lo que éste supone para la calidad de vida colectiva. Es aquí, claro está, donde entra la política: se prevé un destino de exclusión tecnológica, a no ser que se establezcan mecanismos, regulaciones, acciones adicionales de inversión en ciencia y tecnología.

El planteamiento señala varias direcciones: obliga a lúcidas estrategias de desarrollo nacional y cooperación regional en el Sur, pero, también, a la búsqueda de voluntades internacionales en el seno de los organismos mundiales. Un punto de toda agenda nacional e internacional, que deberá cobrar más fuerza en los siguientes años.

Un detalle que debe consignarse: se ha dado un fortalecimiento del espacio del sector privado en la investigación científica y tecnológica. Por ejemplo: “la parte de las patentes del sector público en biotecnología vendidas bajo licencia exclusiva al sector privado aumentó del 6% en 1981 a más del 40% en 1990”.¹¹⁹ Esto se da a la par de concentraciones de capital, necesarias para poder realizar las fuertes inversiones requeridas. En la tabla siguiente se puede

notar el crecimiento extraordinario de fusiones y adquisiciones realizadas en tres sectores tecnológicos claves entre 1988 y 1998. En 1995, para que se tenga una idea: el ingreso conjunto de 20 empresas de telecomunicaciones e información superaba el billón de dólares.¹²⁰

VALOR TOTAL DE FUSIONES Y ADQUISICIONES EN ALTA TECNOLOGÍA		
Miles de millones de dólares EUA		
Sector	1988	1998
Computadores	21,4	246,7
Bioteología	9,3	172,4
Telecomunicaciones	6,8	265,8

Fuentes: [PNUD: *Informe sobre desarrollo humano, 1999*, p. 67] y la original [Securities Data Company 1999].

La siguiente tabla nos revela la concentración en algunas de las industrias de alta tecnología.

CONCENTRACIÓN DEL CAPITAL EN EMPRESAS DE ALTO CONTENIDO EN CONOCIMIENTO		
Industria	Mercado total en millones de dólares	Porcentaje controlado por 10 empresas
Semillas comerciales	\$ 23.000	32%
Productos farmacéuticos	\$ 297.000	35%
Medicina veterinaria	\$ 17.000	60%
Computadores	\$ 334.000	70%
Plaguicidas	\$ 31.000	85%
Telecomunicaciones	\$ 262.000	86%

Fuente: elaborado con base en datos del [PNUD: *Informe sobre desarrollo humano 1999*, p. 67]

¿Cuánto gira en torno del capital privado y cuánto debe asumir el Estado? ¿Quién va a hacer, por ejemplo, las inversiones de gran envergadura y con mucho riesgo? Hace menos de 10 años, el insigne economista norteamericano, Lester Thurow, decía: "...la infraestructura que de veras va a importar en el futuro no es tanto la infraestructura física como la del conocimiento. Las industrias basadas en la capacidad intelectual requieren inversiones en investigación y desarrollo con rendimientos a muy largo plazo."¹²¹ Sin embargo, este tipo de inversiones: "... no se pueden justificar en los cálculos de inversión del capitalismo."¹²² La conclusión de Thurow era, entonces, tajante: "... el gobierno tendrá que jugar un papel central en la provisión de tres elementos claves

–las habilidades humanas, la tecnología y la infraestructura– que determinarán el éxito o el fracaso del capitalismo en el siglo XXI.”¹²³ Por eso: “En una era de industrias basadas en la capacidad intelectual, el propósito del gobierno debería ser claro. Debería estar representando los intereses del futuro en el presente. Tendría que estar haciendo las inversiones necesarias que el capitalismo no podría hacer por sí mismo.”¹²⁴ No obstante, hay que relativizar las opiniones, pues, la realidad se mueve muy rápido bajo nuestros pies: para empezar, los ritmos y plazos de las inversiones cognoscitivas han variado cualitativamente, para no hablar de los precios en caída libre por la intensidad misma de la productividad: ¡la nueva economía, la nueva economía! ¿Acaso experiencias como la de Celera en el “mapeo” del genoma humano no nos debe conducir a reevaluar el papel de la empresa privada en proyectos estratégicos de larga monta? Al variar muchas de las reglas del juego económico, la nueva economía plantea una reformulación del concurso del Estado y de la empresa privada y, no lo olvidemos, de las organizaciones. Ahora bien, todo debe colocarse sobre la tierra, el papel de los entes sociales dependerá de cada país, de su escenario nacional, de su contexto internacional, y de sus posibilidades propias. Por eso mismo, lo más probable para los países en desarrollo, no se puede evadir un diagnóstico, es que el Estado deberá asumir las responsabilidades decisivas, estratégicas, en ciencias y tecnología, investigación y desarrollo, así como debe preverse un menor papel de la empresa privada. Pero no se podrá sacar de la ecuación, en este contexto de nueva economía y globalización, que los plazos para que la situación cambie pueden ser muy rápidos, y hay que adelantarse a esas posibilidades. Vayamos a algunas conclusiones sociales.

En primer término: toda esta problemática debe colocarse en la perspectiva colectiva apropiada. No está claro que la robótica ni, en otro orden de cosas, la biotecnología o las tecnologías de la información y comunicación, o ninguna tecnología por más importante que sea, en la actual estructura económica, política y social internacional, resulten capaces de mitigar los conflictos entre países pobres y países ricos, el deterioro de la calidad de vida en amplias regiones del planeta y debilitar los antagonismos y las desigualdades sociales.¹²⁵ La apropiación, uso y potenciación de los nuevos instrumentos cognoscitivos sin mecanismos de regulación solo pueden reproducir algunas tendencias peligrosas de nuestra sociedad: disparidad, segregación, fragmentación y exclusión. Ya mencionamos el caso de las biotecnologías. La Internet es otro buen ejemplo: en 1988 el 88% de los usuarios de esta red procedían de los paí-

ses industrializados (un 50% en Norteamérica), mientras en el Asia meridional menos del 1%. Los datos abundan: “En los Estados Unidos hay más computadores que en el resto del mundo combinado, y más computadores per cápita que en ningún otro país. El 99% del gasto mundial en tecnología de la información corresponde solo a 55 países”.¹²⁶ Es apenas natural que se use el inglés en un 80% de la red. Socialmente las diferencias también se perciben: el 30% de los usuarios de Internet posee un título universitario.¹²⁷ ¿Y las patentes de propiedad intelectual? El 97% son de los países industrializados y además: “Más del 80% de la patentes que se han otorgado en países en desarrollo pertenecen a residentes de países industrializados”.¹²⁸

Esto último nos lleva a una pequeña digresión final, con relación a las patentes y su destino. Es cierto que, en 1995, entró en vigor el acuerdo sobre Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC), en la OMC. Pero la pregunta que emerge aquí con toda naturalidad es: ¿tiene sentido un viejo sistema de propiedad intelectual –casi decimonónico– en el nuevo orden mundial basado en la alta utilización del conocimiento? Bien señala el PNUD: “El desarrollo de las nuevas tecnologías va muy por delante de los marcos éticos, jurídicos, regulatorios y normativos que son necesarios para regir sus uso”.¹²⁹ Ya en perspectiva: ¿no será mejor ir considerando el acceso abierto y comunal de la innovación cognoscitiva? ¿Es inevitable un debate a fondo del tipo Windows *versus* Linux? El asunto es complejo. No todas las áreas tecnológicas son iguales y tampoco admiten los mismos parámetros para legislar la innovación o la creación intelectual, pero esto, sin duda, se encuentra en el orden del día de los siguientes años.

Todos estos asuntos refieren a las estrategias de desarrollo: la nueva economía obliga a un replanteo de las variables anteriores, como las fronteras físicas y temporales para las leyes de la oferta y la demanda, así como la validez de las políticas proteccionistas o las de liberalización comercial que ha dominado la economía internacional siempre. De cara al futuro, debe consignarse: “... en la economía del saber ni el proteccionismo tradicional ni el comercio libre tradicional pueden funcionar por sí mismos”.¹³⁰ Esto es así, para empezar, por las limitaciones del Estado-nación, y, por otro lado, porque el papel de la oferta y la demanda clásicos no es el mismo: por ejemplo, los costos productivos pueden bajar drástica y rápidamente. Entonces, con palabras de Peter Drucker:

“La nueva industria de alta tecnología ha de contar con la suficiente competencia y los suficientes retos; de lo contrario, dejará de crecer y desarrollarse; se volverá monopolista y perezosa y pronto quedará obsoleta. La economía del saber exige, por lo tanto, unidades económicas que sean mayores inclusive que un Estado nacional de buen tamaño; si no es así, no habrá competencia. Pero también exige la capacidad de proteger la industria y comerciar con otros bloques comerciales sobre la base de la reciprocidad más que de la protección del libre comercio. Esta es una situación sin precedentes; hace que el regionalismo sea al mismo tiempo inevitable e irreversible.”¹³¹

Finalmente, nos repetimos una vez más: las ciencias y la tecnología son instrumentos cada vez más importantes y decisivos; el asunto es implacable: nadie podrá escapar de la búsqueda de alternativas nacionales e internacionales que asuman estas líneas de desarrollo tecnológico. Pero se trata de asuntos determinados por el comportamiento social más general. Su destino dependerá de la política y la conducción internacional y nacional que asuma la humanidad. Esta es una premisa metodológica.

CAPÍTULO TERCERO

EL DESARROLLO DESIGUAL Y COMBINADO DE LAS NACIONES

Todo empuja la transición hacia una nueva época en la historia humana. Economía, política, conocimiento y cultura se amalgaman en esta dirección. Todo nos hace concentrar la mirada en el futuro. Pero nos angustian muchas interrogantes que refieren a los signos de lo que sigue, positivos o negativos: ¿se pinta bueno para todos por igual, naciones e individuos?, ¿será humanista ese futuro?, ¿será sostenible el progreso que parece propagandizarnos los nuevos tiempos?

Nada ganamos si dejamos todo en manos de la abstracción. Hay que acariciar el tejido viviente de nuestro planeta, su geología, su biología y su antropología. Por eso, al estudiar el escenario mundial y las grandes *macrotendencias* de nuestra historia no podemos perder la perspectiva de las diferencias sociales, de lo particular e individual en nuestro decurso. En consecuencia, metidos en la búsqueda de una adecuada interpretación de lo que existe, y sobretudo de sus posibilidades futuras, debemos aplicar cierta dosis de “nominalismo social” para comprender lo global en abrazo intenso con lo específico y concreto. Lo más razonable de asumir como premisa es la existencia de múltiples condiciones nacionales y regionales de desarrollo, y una amplia diversidad de caminos y alternativas. Y no se trata de realidades aisladas las unas de las otras: son concurrentes, se combinan y se condicionan de diferentes formas.

Antes de entrarle a la cultura de nuestro tiempo y a las tendencias y retos de la educación superior nos ha parecido apropiado ofrecer al lector una visión sobre algunas de las dimensiones del desarrollo de nuestra especie, que apuntalan un sentido de diferencia, diversidad, vidas paralelas, que juntas corren en este escenario que trastoca cada día sus reglas, y cuyo destino no puede vaticinarse, a pesar de que muchos intelectuales, de uno u otro signo, han tratado de hacerlo tomando con base alguna dimensión de esta vida que tenemos y potenciarla con fuerza casi metafísica.

DIVERSIDAD Y DESIGUALDAD

La historia de la humanidad siempre ha vivido una diversidad de desarrollos entre las naciones y regiones. Estos han correspondido tanto a diferencias socioculturales o políticas propias como a las relaciones externas entre los pueblos (sometimiento económico, conquista, o guerra). En el nuevo siglo, heredamos un planeta que plantea hacer dos cosas: respetar y potenciar las diferentes culturas, formas de vivir y comprender lo que somos, y, a la vez, promover una mayor igualdad de oportunidades en el progreso de la calidad de vida y la felicidad. La diversidad ya sea en la cultura o en la calidad de vida obligan a estrategias de desarrollo diferenciadas, específicas y concretas. Pero, también, la vida en común entre las naciones, cada vez más integrada por la economía y la tecnología, obliga a planteamientos globales, generales, con parámetros internacionales. Diversidad, desigualdad y convergencia de desarrollos, una estructura internacional con diferencias y semejanzas: este es el punto de partida.

Las consecuencias de esta compleja situación, de cara al futuro, son muchas. Por un lado, no puede pensarse que unas naciones deban seguir la ruta que otras han tomado en el pasado (una línea o un patrón universal con estados fijos en la evolución de los pueblos); pero hay relevantes lecciones en la historia de otras naciones que se pueden aplicar en el resto de naciones, y, por supuesto, hay asuntos que invocan tratamientos que trascienden la esfera nacional. Por otra parte, se debe poseer una perspectiva histórica, la estructura internacional, con sus factores determinantes, no ha sido siempre la misma; por ejemplo, las razones de las diferencias o los factores del desarrollo son distintos en cada momento histórico. ¿Qué es lo que se debe explorar frente al horizonte? Las razones y la nueva estructura de estas diferencias y semejanzas en nuestro tiempo.

Esto convoca a un asunto intelectual: el análisis de lo específico y particular y, a la par, el escrutinio de las tendencias globales. Ambos son necesarios en la comprensión de la evolución de nuestro planeta.

La comparación

La mejor manera de abordar la diferencia y la semejanza es mediante la comparación, y, por eso, vamos a enfatizarla en este capítulo para buscar, por medio de su análisis, caminos globales frente a los retos de nuestro planeta en el nuevo escenario.

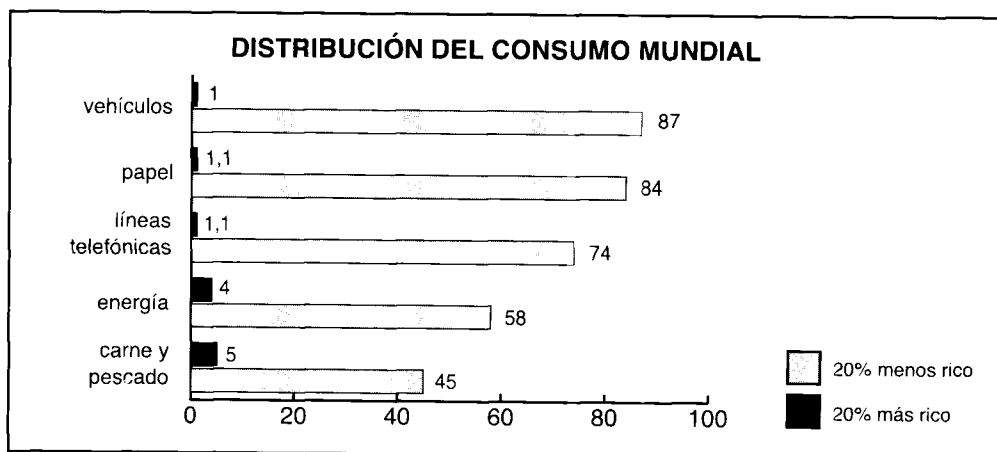
Debe notarse que en los últimos 30 años la desigualdad entre los ricos y los pobres aumentó de manera drástica: un indicador del tejido de la sociedad moderna. La distancia entre los países desarrollados, industrializados y el mundo en desarrollo es abismal. El 80% del producto interno bruto mundial (PIB) corresponde a los países industrializados y solo el resto a los países en desarrollo. Los países industrializados son muchas veces más ricos ahora con relación a los países pobres que hace 30 años.¹³² Y la situación posee una dinámica negativa: entre los años ochenta y los noventa los precios reales de los productos básicos, que son los decisivos para los países no industrializados, cayó en un 45%.¹³³ La relación entre el ingreso del 20% más rico del mundo y el 20% más pobre aumentó drásticamente desde 1960 a 1994: de 30 a 1, a 78 a 1 (en 1991 ya era de 61 a 1).¹³⁴ Los pobres del mundo se hacen cada vez más pobres: en 1960 el 20% más pobre de la población mundial obtenía el 2,3% del ingreso mundial, era 1,4% en 1991 y en 1994 fue de 1,1%.¹³⁵ Los países de la OCDE tienen “el 71% del comercio mundial de bienes y servicios, el 58% de la inversión extranjera directa, y el 91% de todos los usuarios de la Internet”.¹³⁶

Las matemáticas sociales “no fallan”, aumenta la distancia entre ricos y pobres e igual sucede con el número de multimillonarios: entre 1989 y 1996 pasaron de 157 a 447 las personas con un patrimonio superior a \$1.000 millones. Las comparaciones son elocuentes: las 10 personas más ricas del mundo poseen una riqueza neta de \$133.000 millones, lo que es equivalente a 1,5 veces el ingreso total de todos los países menos adelantados del mundo.¹³⁷

Todo apunta a una mayor concentración de la riqueza en pocas manos y pocos países: por ejemplo, ya en 1998 solamente 10 empresas en las telecomunicaciones controlaban el 86% de ese mercado. Otro indicador: entre 1990 y 1997 las fusiones y adquisiciones pasaron de 11.300 a 24.600 (más que se duplicaron); y aquellas que traspasaron las fronteras sumaron \$236.000 millones

en 1997. A nuestra mente vienen los nombres de Chrysler y Daimler, Hoechst y Rhône-Poulenc, Exxon y Mobil. Nadie puede negar que se trata de tendencias mundiales que tendrán graves implicaciones sociales en los años siguientes.

Estas contradicciones de nuestra sociedad deben verse, también, en la desigualdad que existe en el uso de los recursos del planeta o en el consumo.



Nadie puede negar que las regiones desarrolladas del mundo ejercen una presión mucho mayor sobre los recursos naturales de manera *per cápita* que los países en vías de desarrollo. Para dar un ejemplo con relación al consumo de petróleo: los Estados Unidos consume alrededor del 25% de la producción de petróleo del mundo y solo posee un 4% de la población mundial.¹³⁸ En cuanto al consumo en general, el quinto más rico de los habitantes realiza el 86% de los gastos mundiales privados, y el 20% menos rico solo un 1,3%.¹³⁹ Véase el gráfico sobre el consumo de carne y pescado, energía, líneas telefónicas, papel y vehículos (porcentajes).

Para nuestros propósitos en este trabajo: debe notarse que América Latina constituye una región de gran injusticia en la distribución de la riqueza, y los planes de ajuste estructural que se han dado de los años 80 en esta región no han poseído globalmente mecanismos de compensación social que disminu-

yeran exitosamente esa injusticia. Puede decirse que esa desigualdad ha aumentado en los últimos años: "En promedio, la distancia entre el 20% de la población más pobre y el 20% más rica es entre diez y quince veces; en cambio, en los países industrializados esa relación es de seis y en los asiáticos de siete."¹⁴⁰ También los últimos 20 o 25 años han visto un aumento en las desigualdades sociales internacionales no solo en el mundo en desarrollo sino en los mismos países más avanzados.¹⁴¹

¿Cómo podemos resumir la dinámica del actual desarrollo económico y social mundial? En gran medida, con dos tendencias contradictorias: una economía mundial cada vez más rica e integrada y una ampliación de la desigualdad en la distribución de la riqueza.

¿Hay explicaciones? En nuestra opinión, varios factores concurren, entre ellos: las leyes de la economía moderna, la debilidad de la acción política internacional, y la existencia de ideologías equivocadas. El crecimiento e integración económicos no suponen la distribución equitativa de la riqueza, la reducción de desigualdades y la armonía social, en ausencia de regulaciones impuestas por la política, la ley, la cultura, en todas sus dimensiones. Por ejemplo, en nuestro planeta, los entes sociales que, decisivamente, generan, dirigen y controlan la tecnología moderna y los procesos de producción de la riqueza, son compañías transnacionales, su influencia crece cada vez más, su lugar se potencia, y eso por sí solo no supone un aumento en su responsabilidad y solidaridad sociales. No es posible suponer que por sí mismas, en el contexto de la dinámica económica actual, el crecimiento y fortalecimiento de las transnacionales pueda disminuir los antagonismos sociales, favorecer el progreso y debilitar la pobreza en el nivel internacional.¹⁴²

Es aquí donde deberían intervenir marcos legales y políticos internacionales con capacidad y respaldo efectivos para imponer la regulación, en aras del equilibrio y la equidad sociales.

Todos parecen estar de acuerdo en el análisis, pero lo que gira alrededor de nuestras cabezas es, sin embargo, si estas características van a persistir o ampliarse o si, por el contrario, será posible introducir elementos correctivos, nacionales e internacionales que permitan disminuir las diferencias sociales. Es decir: ¿cuál es la perspectiva? ¿Luz o oscuridad? No existe una bola de cristal que asegure un derrotero: eso está claro. Todo dependerá de las acciones y la inteligencia humanas.

Lo que debemos consignar aquí como algo relevante es el carácter más profundo de la época que tenemos encima: la configuración de una nueva sociedad a nivel internacional, en diferentes niveles de realización, en dependencia de naciones, regiones, y grupos colectivos. Ojalá los valores, parámetros sociales y nuevas ideas positivas puedan empujar al planeta en la dirección del desarrollo humano sostenible y la equidad social pues, de lo contrario, nos esperan mayores niveles de miseria y decadencia para amplios sectores del planeta.

Para valorar mejor la situación internacional conviene un análisis de la pobreza y de las posibilidades del desarrollo social. No puede estar fuera de la agenda de nuestra especie la búsqueda de la mayor calidad de vida, el progreso, y, por lo tanto, la consideración de los mecanismos que esto requiere en nuestro escenario. Sin embargo, antes de entrarle a ese asunto medular, conviene establecer un cuadro más general de la sociodemografía del mundo, para introducir el análisis en un tejido viviente, real.

ALGUNAS VARIABLES SOCIODEMOGRÁFICAS

Estructura demográfica

La expansión demográfica mundial actual influye directamente sobre la diversidad y desigualdad de las naciones, en su evolución y sus oportunidades de progreso. Durante el Siglo XX este crecimiento poblacional fue impresionante: mientras que en el año 1804 la población mundial llegaba a los 1.000 millones, en 1927 (solamente 123 años después) ésta era de 2.000 millones, 33 años después en 1960 teníamos 3.000 millones, en 1974 ya éramos 4.000 millones y 5.000 en 1987. Para el año 2000 se estima que la población mundial habría superado los 6.000 millones.

¿Cuáles son los pronósticos de cara al futuro? Según la ONU, vamos a ser 7.000 millones en el 2013, 8.000 millones en el año 2028 y más de 9.000 millones en la mitad del nuevo siglo.¹⁴³

¿Consecuencias? Son obvias. La población crece a un ritmo que no corresponde a las condiciones y recursos existentes para el desarrollo de una calidad de vida adecuada para todos. Es ineludible: desgaste del ambiente y problemas de sostenibilidad de los proyectos nacionales de desarrollo. Con palabras de Paul Kennedy:

“Es inconcebible que la Tierra pueda mantener una población de 10.000 millones de habitantes devorando recursos al ritmo de las sociedades más ricas de hoy –ni siquiera a la mitad de ese ritmo–. Mucho antes de que la población alcance ese nivel, se ocasionará un daño irreparable a bosques, reservas de agua y especies de animales y plantas, y quizá se traspasen muchos umbrales medioambientales.”¹⁴⁴

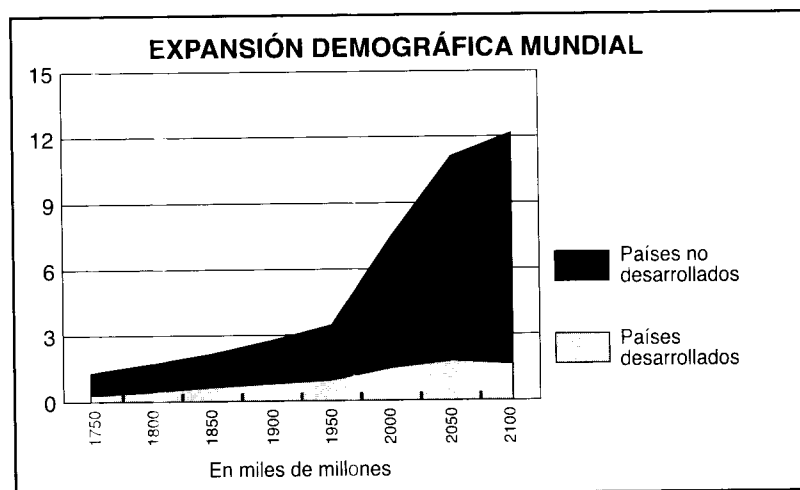
En efecto, para alimentar a esa gente se requeriría el equivalente de unos 10 mil millones de toneladas de cereales por año, 3 veces las calorías básicas que hoy consumimos.¹⁴⁵ Véase el siguiente cuadro para apreciar algunas de las tendencias demográficas.

DEMOGRAFÍA INTERNACIONAL POR REGIONES						
	Tasa anual de crecimiento demográfico (%)		Año en que se duplicará la población (a la tasa actual) 1994	Tasa bruta de natalidad 1994	Tasa bruta de mortalidad 1994	Tasa de fecundidad total 1994
	1960-1994	1994-2000				
Todos los países en desarrollo	2.2	1.7	2036	27.1	9	3.1
Países menos adelantados	2.5	2.5	2022	39.8	15	5.3
África al sur del Sahara	2.8	2.8	2019	44.2	15.8	6.1
Países industrializados	0.8	0.3	2212	13.1	10	1.7
Total mundial	1.8	1.4	2045	24	9.2	2.8

Fuente: [PNUD: *Informe sobre desarrollo humano* 1997, pág. 211]

Pero, de nuevo, hay que acudir a la diversidad y desigualdad de nuestra realidad: la estructura demográfica es absolutamente diferente entre los países desarrollados y en vías de desarrollo. Mientras que en los países desarrollados se ha dado, incluso, una reducción de la natalidad, sucede exactamente lo contrario en los países en desarrollo. El desequilibrio golpea a la vista: mayor desarrollo con menor población, menor desarrollo con mayor población. A la larga, esta dinámica solo favorecerá diferencias aún más profundas entre ambos tipos de naciones.

El desequilibrio demográfico se expresa, primero, en la combinación de presión demográfica y debilitamiento de recursos en los países en vías de desarrollo y, segundo, un problema opuesto de mayor concentración de riqueza y decrecimiento de la población en los más avanzados.¹⁴⁶ Véase el gráfico¹⁴⁷ para apreciar estas gigantescas diferencias.



Un tercer elemento nos completa el cuadro: la población urbana ha crecido más, normalmente a expensas del crecimiento en las áreas rurales. Es decir, las ciudades siguen nutriéndose cada vez más. En lugar de un proceso de descentralización demográfica, lo que vivimos es concentración de la población en centros urbanos, lo cual ha estado motivado normalmente por mejores servicios y mayores posibilidades o expectativas para la población urbana. En 1995, más o menos el 32% de la población mundial de los países en desarrollo vivía en áreas llamadas urbanas. En el futuro se puede prever un comportamiento demográfico que privilegiará aun más las ciudades, con las implicaciones que esto tiene para los servicios, la calidad de vida y la organización de la vida colectiva: para el año 2025 se espera que ese porcentaje bordee el 60%; es decir, un volumen total superior a los 4 mil millones de personas en áreas urbanas. De manera particular, sobresale el caso de América Latina que al ritmo de crecimiento urbano que posee tendrá el 85% de su población viviendo en ciudades.¹⁴⁸ Véase el siguiente cuadro.

PORCENTAJE DE POBLACIÓN URBANA PARA ALGUNOS PAÍSES DE AMÉRICA LATINA						
Porcentaje de la población total						
País	1970	1975	1980	1985	1990	1995
Argentina	78.4	80.6	82.7	84.6	86.2	87.9
Bolivia	40.7	41.5	44.3	47.8	51.4	59.8
Brasil	55.8	61.8	67.5	72.7	76.9	78
Chile	75.2	78.3	81.1	83.6	85.6	83.9
Colombia	57.2	60	64.2	67.4	70.3	71.9
Costa Rica	39.7	42.2	46	49.8	53.6	48.9
Cuba	60.2	64.2	68.1	71.7	74.9	77.7
El Salvador	39.4	40.4	41.5	42.7	44.4	51.8
México	59	62.8	66.4	69.6	72.6	74.2
Nicaragua	47	50.3	53.4	56.6	59.8	58.1
Paraguay	37.1	39	41.7	44.4	47.5	51.8
Perú	57.4	61.4	64.5	67.4	70.2	71.2

Fuente: [Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 1996, pág. 8.]

¿Cómo integrar simultáneamente estos factores: sobrepoblación general, desequilibrio demográfico entre desarrollo y subdesarrollo, y concentración urbana? Todo conduce al reclamo por soluciones integrales que, asumiendo las diversidad de culturas y situaciones sociales, permita abordar globalmente los problemas; las respuestas o son globales o no son.

Tercera edad

Otra tendencia demográfica que va a convertirse en un problema permanente en los próximos años, es la expansión de la población "vieja". Los avances en la calidad de vida y, en particular, en los servicios de salud, han "atrasado la muerte", y han aumentado las poblaciones de adultos mayores. Estos grupos humanos, normalmente poco productivos desde el punto de vista económico, cada vez más, tienden a ocupar un espacio mayor de los recursos de la sociedad: una de las razones demográficas presentes en las reformas de los sistemas de pensiones en la mayoría de los países. No será posible sostener regímenes de pensiones con edades de retiro relativamente tempranas, con una

población creciente de adultos mayores. Esto, que ya es difícil en los propios países industrializados (las tasas de mortalidad de los países desarrollados han ido bajando desde fines de la década de 1970), se vuelve aún más complejo y problemático para aquellos países en vías de desarrollo, pues poseen muchas dificultades financieras, económicas y amplios contingentes de pobreza.

Un lugar relevante, consecuencia de esta tendencia sociodemográfica, refiere a los regímenes de pensiones: son previsibles mayores cambios drásticos tanto en las edades de retiro, cuotas de amortización y de contribución a estos sistemas, como en todas las reglas del juego asociados a los mismos. De la misma manera, se replanteará el trabajo y la actividad de los adultos mayores. Las reformas que hasta ahora se han dado han buscado en esencia la sostenibilidad financiera de los sistemas, a veces con altos costos sociales derivados de malos manejos previos, pero en el futuro la sostenibilidad deberá integrar dimensiones de desarrollo más amplias: regionales, internacionales, culturales, etc. Esto es más "manejable" en un país desarrollado, por su disponibilidad de más recursos. Sin embargo, la situación es compleja: menos población (en países industrializados) y mayor población vieja implican que la carga social sobre los hombros de los jóvenes para mantener a los viejos es mayor. Por otra parte, más jóvenes, más población y más viejos en los países en vías de desarrollo solo puede significar globalmente un aumento en la población que amenaza el equilibrio con el ambiente y el desarrollo sostenible. ¿Cómo manejarlo? Este es el tipo de situaciones en las que se reclama un tratamiento internacional que permita un desarrollo armónico y mayor calidad de vida para toda la población.

Migración

Una buena cantidad de personas huye de sus regiones o países por el desencadenamiento de conflictos armados. Los datos de inmigrantes legales arrojaban en 1997 un estimado de casi 145 millones de personas, mientras que en 1985 su número no sobrepasaba los 104 millones y en 1975 los 84 millones. Los refugiados pasaron de ser 2,5 millones en 1960 a 16 millones en 1995.¹⁴⁹ En ese último año hubo 46 millones de desplazados; la mayoría en los países en desarrollo o en la Europa Oriental y la Comunidad de Estados Independientes. ¿Y los indocumentados? Sin duda los números se expanden. Estados

Unidos posee unos 4 millones de indocumentados, en Europa la mitad de inmigrantes son indocumentados. Pero no es un problema exclusivo de los países industrializados: en Côte d'Ivoire había 3 millones en 1998, un millón en Tailandia, un millón en Argentina en 1996, y unos 400.000 en Costa Rica en el año 2000.

Ya en perspectiva global: guerras, violencia, y también hambre y ausencia de condiciones básicas de calidad de vida y opciones de progreso, empujan a la migración. ¿Cuáles son las alternativas para las personas de los países en vías de desarrollo donde se combina inestabilidad social y violencia o la explosión demográfica con el debilitamiento de los recursos nacionales? La respuesta pareciera ser inevitable: migración hacia fuera de las regiones conflictivas, del campo hacia la ciudad (donde es posible que existan mayores opciones socioeconómicas) o migración internacional (hacia los países donde hay mayores oportunidades).¹⁵⁰ La migración será una macrotendencia social en las siguientes décadas que deberá abordar la comunidad internacional con toda seriedad. La óptica que deberá tenerse no puede, sin embargo, ser unilateral: debe ser global.

Con relación a la migración por conflictos la respuesta debería siempre incluir la acción internacional para la pacificación y la seguridad de un entorno de paz. Las Naciones Unidas deben poseer una política muy decidida en ese sentido. Con relación a la migración por razones socioeconómicas o deterioro ambiental, el compromiso internacional es requerido para promover el desarrollo económico y social de cada país y región, de manera equilibrada y solidaria. La premisa es la búsqueda de que las personas se mantengan en su lugar de origen y cerca de los suyos pero en un entorno positivo de oportunidades y de calidad de vida adecuadas.

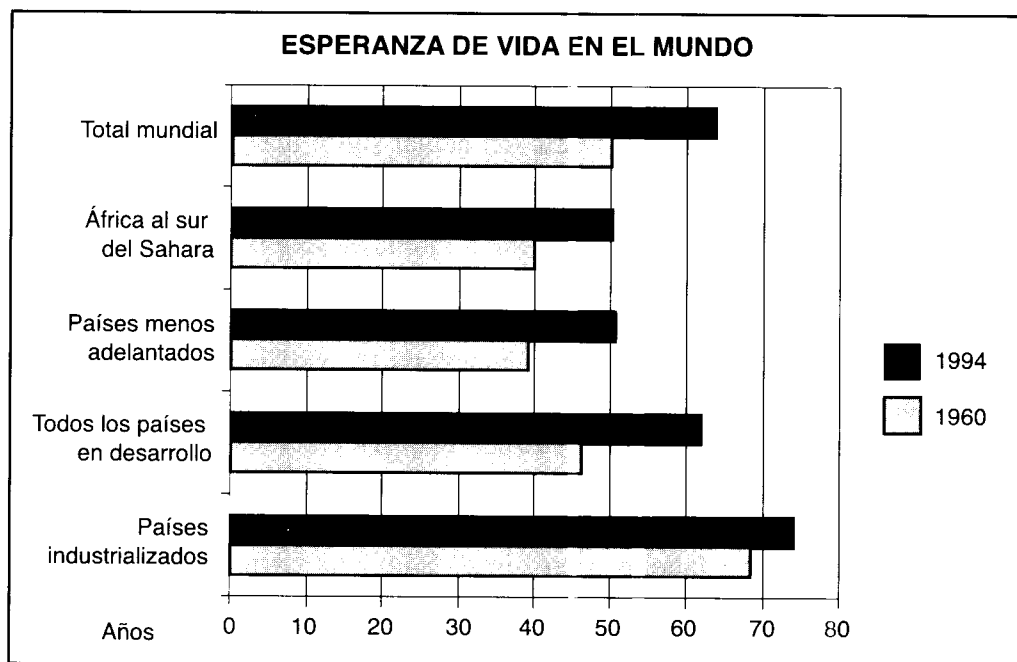
Ahora bien, la migración no debe estigmatizarse. El inmigrante debe protegerse. La migración constituye, en cierta medida, una real alternativa para nivelar opciones de desarrollo. Sin buscar desviar la atención sobre lo fundamental: estrategias de desarrollo nacional e internacional apropiadas, ¿por qué no pensar en una migración ordenada, creativa, dinámica y sostenida internacionalmente? ¿Por qué no asumir que muchos trabajadores jóvenes de los países del sur pueden nutrir sociedades cada vez más "envejecidas"? Convergencia de complementariedad y colaboración.

No es posible dejar de señalar los prejuicios y animadversiones hacia el inmigrante, especialmente en Occidente. En Austria, Alemania, España, Francia se han dado incidentes contra inmigrantes, en una escala creciente, y en los Estados Unidos se endurecen las políticas contra ellos. Se trata de un tema que deberá abordarse con perspectiva histórica y humana. Los países occidentales no deberían olvidar, por ejemplo, la migración europea que se dio entre mediados del siglo pasado y el primer tercio del actual siglo: más de 50 millones de europeos buscaron oportunidades cruzando el Atlántico. Entre 1.800 y 1.930 la población caucásica mundial pasó de un 22% a un 35%.

Finalmente, hay una dimensión en el curso actual del crecimiento demográfico que no se suele considerar: la “desoccidentalización” demográfica: la población de los países desarrollados constituía en el año 1.950 una quinta parte de la mundial, mientras en el año 2.025 constituirá una décima parte.¹⁵¹ ¿Un 10% de la población mundial con los mejores recursos del planeta “asediado” por un 90% del mundo “miserable”? ¿Será este el escenario internacional? ¿Una minoría fuertemente atrincherada en un mundo aparte, como los barrios ricos en Río de Janeiro o en Lima? Sólo esta tétrica posibilidad, nos debería mover a la acción. Ahora bien, esto tendrá serias consecuencias no solo sobre la economía, sino sobre la política y la cultura. ¿Cómo se reconstruirán entonces los influjos contradictorios de occidentalización y diversificación cultural?

Salud

Concurrencia de vectores: se expande nuestra especie con descontrol, nos volvemos países cada vez más viejos, y también más saludables. La esperanza de vida es el indicador, tal vez, más fuerte.



Incertidumbre, temores o ideologías aparte, ha habido un mejoramiento en los indicadores de salud en todo el mundo, en algunas regiones más que en otras. Por ejemplo, entre 1960 y 1994 en los países en desarrollo, la mortalidad infantil se redujo casi en tres quinta partes.¹⁵² En el mismo periodo la esperanza de vida aumentó unos 14 años. Véase el gráfico para la observar la distribución de la esperanza de vida en el mundo y el cuadro con datos para el caso de algunos países de América Latina. Un 80% de la población de estos países posee ahora acceso a servicios de salud. El acceso al agua potable aumentó del 41% al 69% entre la segunda mitad de los años setenta y la primera de los noventa.¹⁵³ La perspectiva es de progreso y, más aún, si se añaden los avances tecnológicos en el área. Sin embargo, todo esto está muy asociado a las líneas de desarrollo demográfico y a los proyectos y modelos de desarrollo nacional.

De nuevo, las diferencias entre Sur y Norte se manifiestan también: por ejemplo, la tasa de mortalidad materna en los países en desarrollo es más de 15 veces la de los países industrializados. También, mientras en los países industrializados hay un médico por cada 350 personas, en los subdesarrollados hay uno por cada 6.000 habitantes.¹⁵⁴ El 90% de las personas contagiadas con el virus del SIDA viven en los países en desarrollo.

AMÉRICA LATINA: ESPERANZA DE VIDA AL NACER					
País	1970-1975	1975-1980	1980-1985	1985-1990	1990-1995
Argentina	66.1	67.7	68.8	70.5	71.8
Bolivia	46.7	50.1	53.7	56.8	59.3
Brasil	59.8	61.8	63.3	64.8	66.3
Chile	63.6	67.2	70.7	72.7	74.4
Colombia	61.6	64	67.2	68.2	69.2
Costa Rica	68.1	71	73.8	75.3	76.3
Cuba	71	73.1	73.9	74.6	75.3
Ecuador	58.9	61.4	64.5	67.1	68.8
México	62.6	65.3	67.7	69.8	71.5
Panamá	66.5	69.1	70.8	71.7	72.9
Paraguay	65.6	66	67.4	68.7	70
Perú	55.5	57.5	60.2	63	66
Venezuela	66.1	67.7	68.8	70.5	71.8

Fuente: [Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 1996, pág. 15]

Aquí converge, evidentemente, la demografía: el crecimiento poblacional y el “envejecimiento” de la sociedad obligan a desarrollar estrategias en salud específicas, así como a una reorganización de los recursos.

SALUD EN EL MUNDO: ALGUNOS DATOS				
	Casos de SIDA (por 100 mil habitantes) 1995	Casos de tuberculosis (por 100 mil habitantes) 1994	Casos de paludismo (por 100 mil habitantes) 1992	Habitantes por médico 1988-1991
Todos los países en desarrollo	4.8	69.1	206.4	5833
Países menos adelantados	13.5	84.8	„	19035
África al sur del Sahara	22.2	93.6	„	18514
Países industrializados	5.6	27.2	„	„
Total mundial	5	59.5	„	„

Fuente: [PNUD: Informe sobre desarrollo humano 1997, pág. 193]

Con base en las tendencias dominantes en los últimos años, expansión de la sociedad civil y reducción del tamaño del Estado, competitividad económica y social, crisis y transición, se empuja hacia sistemas de salud basado esencialmente en la prevención, la educación y en la participación de la comunidad: la búsqueda de una integración entre el vector estatal, la organización local y la sociedad civil. Los diferentes países avanzan hacia sistemas públicos de salud y seguridad social pero con participación de la empresa privada y la comunidad. Pero, por supuesto, esto se da en situaciones desiguales: en algunos países los servicios de salud son casi por completo privados, en otros, al revés, son públicos. El modelo mixto con participación social parece perfilarse como la perspectiva común, adecuada a cada realidad nacional. Un segundo aspecto: dadas las condiciones de desarrollo internacional de las estrategias de salud, se tienden a imponer enfoques *multidisciplinarios*, la participación de diferentes protagonistas. El esquema del médico, la enfermera y el hospital que curan al enfermo es, desde hace rato, cosa del pasado. En resumen: existe un replanteamiento decisivo de lo que deben ser los sistemas de salud y seguridad social, en el marco de las nuevas tendencias mundiales económicas, políticas, tecnológicas y sociales: una nueva variable en la sociología del nuevo siglo.

La participación de la mujer

Otro factor sociológico que ayudará a configurar el futuro, característica de la sociedad industrial pero que se ha intensificado en el Siglo XX y, muy especialmente, a partir de los movimientos feministas y de mujeres después de la Segunda Guerra Mundial: una mayor participación de las mujeres en las diferentes dimensiones de la vida social, economía, política, cultura, conocimiento, deportes, etc.

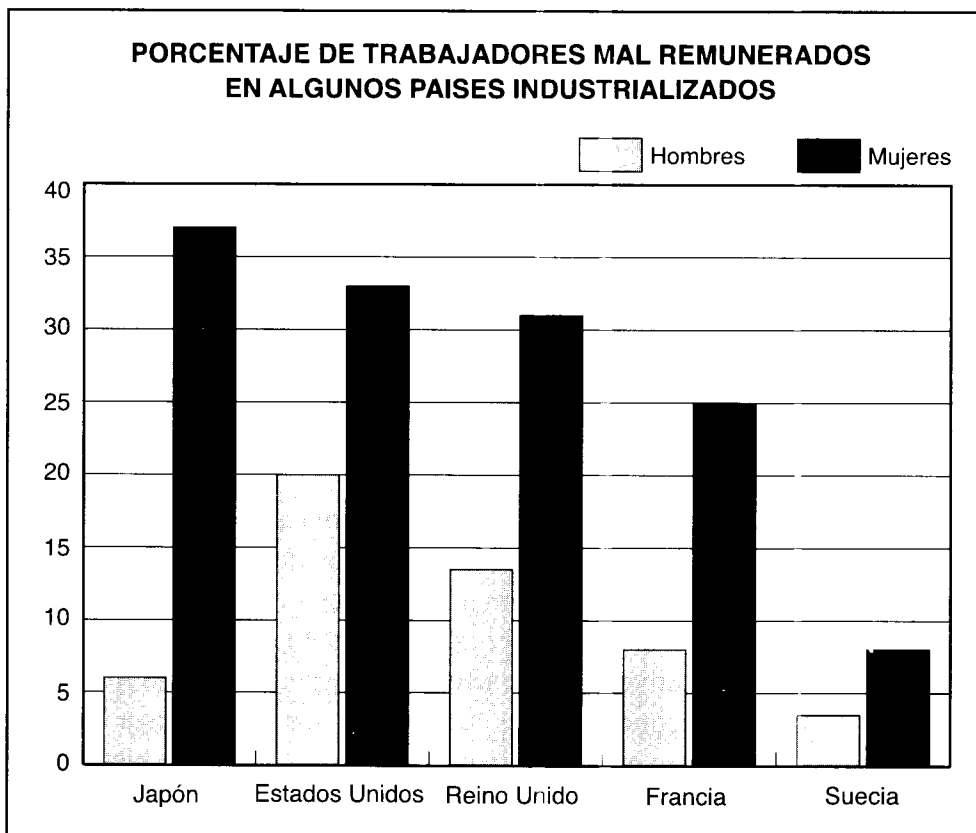
MUJERES : PARTICIPACIÓN EN ALGUNOS PUESTOS				
	Puestos ejecutivos y administrativos		Puestos profesionales y técnicos	
	Mujeres	Mujeres	Mujeres	Mujeres
	(%)	(como % de hombres)	(%)	(como % de hombres)
	1990	1990	1990	1990
Todos los países en desarrollo	10	12	36	64
Países menos adelantados	9	10	24	33
África al sur del Sahara	10	12	28	43
Países industrializados	27	44	48	95
Total mundial	14	19	39	71

Fuente: [PNUD: *Informe sobre desarrollo humano 1997*, pág. 189]

Por ejemplo, en todo el mundo: la actividad económica de las mujeres representa ya el 70% de la de los varones.¹⁵⁵ Los cambios que esto supone son extraordinarios. Por un lado, en la economía misma: una mayor masa laboral en las profesiones y trabajos usuales para hombres; no solo en términos cuantitativos, también en los cualitativos: las características especiales de la mujer moldean el tipo de empresa económica, sus habilidades son diferentes a las de los varones y esto será cada vez muy importante en el actual contexto histórico. En la nueva sociedad la “fuerza bruta” es menos necesaria; muchas de las habilidades de los varones asociadas a la fuerza y a su peso corporal superiores, a diferencia de otras época, ya no son tan indispensables. En muchas dimensiones de la economía actual, las habilidades femeninas se adaptan mejor a estas

exigencias. Por eso, es muy probable prever un desplazamiento de mano de obra masculina por mano de obra femenina.

La participación en puestos profesionales o ejecutivos es otro indicador del avance de las mujeres. Véase algunos datos en el anterior cuadro. Nótese, sin embargo, la gran diferencia entre los países industrializados y el resto de las naciones. Por ejemplo, en las naciones en desarrollo hay un 60% más de mujeres analfabetas que hombres analfabetas, y la matriculación de mujeres en primaria sigue siendo un 6% menos que la de hombres. A pesar del progreso, los empleos más mal remunerados incluso en los países industrializados los tienen mayoritariamente las mujeres. Véase el gráfico siguiente.



Otra implicación más bien social con relación a la estructura familiar: la participación de la mujer en la vida productiva ofrece a las mujeres una mayor independencia económica y social; esto plantea una reevaluación de roles dentro de la estructura familiar. Puesto en otros términos: las perspectivas y las características de las relaciones entre varones y mujeres en el nuevo contexto son totalmente diferentes a las que se dieron en el pasado.

Todas estas condiciones tienen un impacto en la organización de la vida social y familiar y coloca distintas demandas a la economía, gobiernos, instituciones estatales, empresas privadas, a las ciencias, tecnología, educación, a los sistemas de salud, etc.

Pobreza y desarrollo social

Uno de los temas capitales en nuestro escenario histórico que coloca sobre nuestra especie retos y obligaciones sociales y éticas es el de la pobreza; íntimamente ligado a las estrategias para el desarrollo social.

Comencemos por una primera constatación: ha habido una disminución relativa de la pobreza en el mundo; otro indicador para atemperar las visiones pesimistas o las ideologías basadas en el catastrofismo. En los últimos años la pobreza se redujo más que en los pasados 500 años. Iniciaremos el nuevo siglo con una población entre 3.000 y 4.000 millones de personas con acceso a la educación y la salud. Pero un 25% del mundo en desarrollo aun vive en la pobreza (casi 1.300 millones con ingreso menor de un dólar al día).¹⁵⁶ Unos 800 millones de personas no poseen servicios de salud y más de 1.200 millones no tienen acceso a agua potable. La región más afectada es el Africa al sur del Sahara (con porcentajes de un 40% de la población). Véase el cuadro siguiente.

En los pasados años se han dado avances en la conceptualización del desarrollo, por ejemplo, se ha generalizado la distinción entre pobreza humana y pobreza de ingreso. La primera referida a la privación de tres elementos incorporados en el llamado índice de desarrollo humano consignado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD): longevidad, conocimientos y un nivel de vida decente. Se trata de un indicador más dinámico que el que proporciona la variable ingreso (un ejemplo: en 1993 la pobreza de ingreso en los Estado árabes llegó a ser del 4% pero la pobreza humana era del

32%).¹⁵⁷ Si se usa el segundo indicador: entre 1987 y 1993 (con base en la medición de un dólar diario), la pobreza se redujo de un 31% a un 29%.¹⁵⁸

La pobreza concierne no solo a los países del Tercer Mundo. En los países industrializados la globalización ha supuesto si bien un aumento del ingreso general también un incremento del desempleo¹⁵⁹ y la desigualdad social: 100 millones de personas viven por debajo de la línea de pobreza de ingreso; 37 millones no tienen empleo.¹⁶⁰ Los países que salieron del socialismo han pagado su transición en términos de pobreza: 120 millones por debajo de una línea de pobreza de \$4 diarios (algunos países han visto reducida su expectativa de vida en 4 o 5 años).¹⁶¹ En Europa y Asia Central, con un porcentaje de población que vive con menos de un dólar diario, el Banco Mundial informó a mediados del años 2000: 0,2% en 1987, 4% en 1993, y un 5,1% en 1998.

POBREZA DE INGRESO EN LOS PAÍSES EN DESARROLLO (1 dólar PPA en dólares de 1985 por persona por día)					
	Porcentaje de la población total bajo la línea de pobreza		Porcentaje del total de pobres		Número de pobres (millones)
	1987	1993	1987	1993	1993
Estados árabes	5	4	1	1	11
Asia oriental y sudoriental y el Pacífico	30	26	38	34	446
Asia oriental y sudoriental y el Pacífico (excluida China)	23	14	10	7	94
América Latina y el Caribe ^a	22	24	7	9	110
Asia meridional	45	43	39	39	515
África al sur del Sahara	38	39	15	17	219
Países en desarrollo	34	32	100	100	1301

^a Línea de pobreza de 2 dólares diarios.
Comentario: entre 1987 y 1993, solo en la región de Asia oriental, sudoriental y el Pacífico; se redujo significativamente el porcentaje de la población bajo la línea de pobreza; sin embargo, éste sector representa tan solo el 7% del total de pobres de la región.
Fuente: [PNUD: *Informe sobre desarrollo humano* 1997, pág. 31]

Con relación a América Latina: ningún análisis prospectivo puede pasar por alto que la pobreza será una condición de partida. Con un indicador de pobreza (el IPH) de 15% en 1993 posee una pobreza de ingreso del 24%.¹⁶² Según la CEPAL el número de pobres es de 36%, unas 200 millones de personas.

Véase el cuadro anterior. Según el Banco Mundial (*Informe sobre el desarrollo mundial 2000–2001: lucha contra la pobreza*), el porcentaje de la población que vive con menos de un dólar por día fue de 15,3 en 1987 y 1993, pero aumentó a un 15,6% en 1998. Las diferencias sociales son muy extremas: el 20% más rico posee un ingreso mayor de \$17.000 y el 20% más pobre no llega a los \$940.¹⁶³ Aunque entre 1990 y 1997 los recursos destinados a combatir la pobreza crecieron en un 38% (lo que se manifestó en reducciones importantes, por ejemplo, en Brasil, Chile y Panamá), desde hace 2 años el ritmo decreció. El tercer informe anual sobre los indicadores del desarrollo por parte del Banco Mundial (en abril de 1999) ya había concluido que América Latina no podría reducir la pobreza a la mitad en el año 2015 (como se había planteado), como consecuencia de las crisis económicas que se han dado recientemente (la financiera en Asia, la volatilidad económica de Brasil, etc.). No obstante, en setiembre del 2000, el FMI dio previsiones de crecimiento de la región mejores que las esperadas, aunque en dependencia de asuntos como el alto precio del petróleo o la inestabilidad política: un 4,3% para el 2000 y un 4,5% para el 2001.

AMÉRICA LATINA: ALGUNOS INDICADORES DE POBREZA (Millones)						
	Adultos Analfabatos	Población sin acceso a servicios de salud	Población sin acceso a agua potable	Niños menores de 5 años malnutridos	Tasa de mortalidad materna (por 100.000 nacidos vivos)	Población que se estima que no sobrevivirá hasta los 40 años
	1995	1990-1995	1990-1996	1990-1996	1990	1990s
América Latina y el Caribe	42	55	109	5	190	36

Fuente: [PNUD: *Informe sobre desarrollo humano* 1997, pág. 31]

La evidencia de la desigualdad y la diversidad que hemos ofrecido ya sería suficiente para dibujar los contornos de esta realidad de la pobreza en el planeta. Nos parece pertinente, sin embargo, hacer una digresión sobre la situación de las políticas, un balance y perspectivas, porque éstas invocan los planos de la acción internacional, la situación de la economía y todas las otras grandes variables que determinan nuestro entorno. Nos ayudan a comprender mejor la arquitectura posible de nuestro destino como especie.

Existe bastante consenso sobre que la pobreza solo podrá ser disminuida o erradicada a partir de serias estrategias de desarrollo nacional y con el concurso internacional de una manera *radicalmente diferente*. Por un lado, cada país deberá contar con planes apropiados de crecimiento económico (lo que es un punto de partida ineludible) pero, también, será necesario contar con voluntades políticas locales que impliquen programas de solidaridad y aumento de las oportunidades dentro de cada país.¹⁶⁴

Aunque existe un debate en torno a cómo armonizar en un plan el crecimiento económico y la solidaridad social (con cronograma preciso), nadie niega que acciones en ambos terrenos deberán ser tomadas. Las lecciones de la experiencia internacional parecieran indicar la prioridad inevitable del crecimiento económico, a pesar del riesgo de descomposición o inestabilidad sociales, pero con acciones de solidaridad crecientes de acuerdo al desempeño económico. Estas últimas requieren una voluntad nacional lúcida y, también, el concurso internacional (más en unos países que en otros).

En el plano internacional lo más humano y progresivo sería una *acción afirmativa internacional*, que ofreciera apoyo para mitigar miseria o apoyara las transiciones macroeconómicas drásticas con consecuencias sociales negativas, y, por otra parte, que promoviese alternativas más equitativas de competencia económica internacional (los recursos involucrados que se requerirían deberían trascender los que hoy ofrecen los organismos financieros multinacionales como el FMI o el Banco Mundial). Sin embargo, esto supondría un consenso entre las naciones para enfrentar internacionalmente los problemas del desarrollo y la pobreza en la escala mundial con una *actitud* diferente a la que se ha exhibido hasta ahora. El asunto no debería colocarse en las "nubes", rayando lo inalcanzable: la realidad es que erradicar la pobreza es menos costoso de lo que se imagina: un 1% del ingreso mundial (no más del 2% o 3% del ingreso nacional de todos los países).¹⁶⁵

¿Estrategias y tácticas? En lo que se refiere al influjo internacional, por ejemplo, nadie niega la urgencia de superar el asistencialismo y la caridad (que predominaron en décadas pasadas) y, más bien, lograr un impacto constructivo en los sistemas financieros y en la economía internacional para poder promover condiciones internacionales de desarrollo (modificar la estructura financiera y crediticia¹⁶⁶ y los sistemas de patentes y licencias, y las "dobles morales" de países desarrollados, compensar y preparar a los países pequeños para que

compitan en mejores condiciones, introducir la solidaridad de manera operativa, etc.). Con la desigualdad en el acceso al comercio, mano de obra y finanzas, se calcula que los países en desarrollo pierden unos \$500.000 millones al año.¹⁶⁷

¿Cuáles son las posibilidades de acción afirmativa internacional en esta dirección? En una fase histórica caracterizada por un mundo multipolar muy competitivo, parece ser poco probable. Declaraciones como las que se hicieron hace unos pocos años en la *Conferencia de Copenhague*,¹⁶⁸ un punto de partida a pesar de la ausencia de compromisos más concretos, no han logrado provocar un camino hacia de compromiso práctico (con agenda y cronograma).¹⁶⁹ Si bien con base en la *Agenda 21* de la *Conferencia de Río*,¹⁷⁰ y los compromisos de Copenhague, se ha podido ya trabajar, desgraciadamente, existe una contradicción entre el discurso general y la realidad práctica de los fondos internacionales para la colaboración (especialmente con la actitud de algunos de los principales países desarrollados). Como balance general: la *Cumbre de Copenhague*¹⁷¹ demostró que la lucha por el desarrollo humano sostenible dio un primer paso¹⁷² pero, también, que queda muchísimo por hacer. Demostró que no existen todavía consenso y voluntad políticas, o no existe el contexto económico apropiado, para darle a esta tarea el lugar que le corresponde en la etapa de la evolución de nuestro planeta.¹⁷³

Hay más indicadores que confirman nuestra percepción, como la cooperación oficial al desarrollo, "Asistencia Oficial para el Desarrollo" (AOD), que ha sido la contribución más estable del Norte hacia el Sur después de la Segunda Guerra Mundial. En los últimos años, ésta ha entrado en una encrucijada y no parecen existir muchos signos de que cambiará en los próximos años. Medida en dólares constantes de 1994, la AOD recibida por los países en desarrollo estuvo en el rango de 54.000 y 61.000 millones durante la década pasada. En el mismo periodo se pasó de un 0,33% a un 0,29% del PIB de los países donantes, el nivel más bajo desde 1973.¹⁷⁴ De hecho el *Informe sobre Desarrollo Humano* de 1997 consigna un 0,28%.¹⁷⁵ Hay algunas leves señales de recuperación: en 1997, 6 de los 21 donantes aumentaron su AOD (principalmente Canadá y Reino Unido). La disminución se debe en parte a problemas financieros en los países donantes pero sobre todo a un replanteamiento de la cooperación internacional.¹⁷⁶

Sobre esto último, ya sea debida a las dificultades económicas domésticas en los países del Primer Mundo (creciente competitividad), a los errores y al mal uso de fondos por países receptores o por nuevas filosofías de cooperación, esta reducción es un hecho de mucho significado.¹⁷⁷

¿Conclusión? Podemos decir que el flujo de capital entre Norte y Sur pasará menos por estos canales oficiales y cada vez más por los directamente privados. Pero los canales privados de capital poseen reglas orientadas por la eficacia de la inversión, es decir, de la ganancia y no por aquellos de solidaridad social internacional.

En el escenario mundial, ¿cuál es la consecuencia de este tipo de situaciones? Se vuelve más realista suponer un aumento de la polarización y de la violencia sociales en diferentes partes del planeta, procesos de pauperización sectorial, *focalización* de la miseria, fraccionamiento y división interna en regiones y países y un deterioro de la calidad de vida para muchas personas. En el largo plazo, tal vez, la colaboración internacional se colocará en un marco más amplio, probablemente más definitivo. Y puede que entonces tenga un impacto social positivo considerable, pero hasta ahora esta transición que vivimos teje demasiadas contradicciones.

Las estrategias para la disminución de la pobreza y el desarrollo social probablemente constituyen el asunto más trascendente a resolver de manera nacional e internacional en el actual contexto. Y aquí hay asuntos metodológicos, que deberían estar claros. No basta el crecimiento económico, como han afirmado algunos teóricos y políticos, para erradicar la pobreza y mejorar la distribución de la riqueza. Argentina, por ejemplo, en los años 50 creció un 2% por habitante al año, mientras su pobreza de ingreso aumentó; igual con Honduras: entre 1986 y 1989 creció un 2% anual pero su pobreza de ingreso aumentó al doble.¹⁷⁸ El crecimiento del PIB está asociado a reducción de la pobreza, pero la dirección puede considerarse en dos sentidos: primero, aumento del PIB que provoca reducción de la pobreza, o, segundo, reducción de la pobreza que empuja el crecimiento económico.

El asunto es complejo: el crecimiento es factor necesario pero no suficiente. El mundo ya lo sabe. Sin embargo, no se han dado suficientes pasos, voluntad política y lucidez intelectual, para lograr fórmulas viables y razonables en el corto plazo. Una señal positiva en torno a esto la dio, en diciembre de 1999, el costarricense Eduardo Doryan, vicepresidente de desarrollo huma-

no del Banco Mundial, al mencionar que ahora el Banco Mundial propone “un marco integral de desarrollo basado en gobiernos honestos, sistemas legales y jurídicos que garanticen la transparencia, sistemas financieros supervisados y una red de programas de seguridad social”.¹⁷⁹ Esto como expresión de que para el Banco Mundial ahora el problema central es la pobreza y no los desequilibrios macroeconómicos.

En los próximos años, muchas de las principales construcciones teóricas y formulaciones políticas, económicas y sociales deberán recaer sobre esta temática sistemática y rigurosamente, si queremos un mundo mejor para todos.

Pensando en implicaciones académicas: este tipo de asuntos combinados obliga a fortalecer, de nuevo, estudios multidisciplinarios que integren demografía, desarrollos urbanos y rurales, matemáticas actuariales, sociología, economía y, en general, estudios del desarrollo e ingeniería sociales.

LAS PERSPECTIVAS DEL DESARROLLO HUMANO SOSTENIBLE

Mucho se ha hablado en los últimos años del *desarrollo sostenible*. Pero ¿cómo se conceptúa? El término fue presentado en 1987 en un informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, y fue definido como: “el desarrollo que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades.”¹⁸⁰ En la misma “olla”, debe hacerse concurrir el sentido de la sostenibilidad ofrecido por la UNESCO: “La sostenibilidad requiere un equilibrio dinámico entre muchos factores, incluidas las exigencias sociales, culturales y económicas de la humanidad y la necesidad imperiosa de salvaguardar el entorno natural del cual forma esa humanidad. Lo que se procura es lograr, para todos, la condición de ‘seguridad humana’.”¹⁸¹

Sostenibilidad y colaboración internacional

Desde los años 50 la población en el planeta ha crecido más del doble y hoy la actividad económica mundial ha crecido más de cuatro veces. El impacto de estas dos variables en el ambiente es considerable.¹⁸² El consumo actual, también, afecta con fuerza los ecosistemas en varias dimensiones: contaminación, debilitamiento de los recursos renovables y los desechos. Dos indicadores: en los países en desarrollo desde 1970 el consumo *per cápita* de agua potable se redujo a una tercera parte, y la contaminación del aire en Europa provoca pérdidas de \$35.000 millones al año. Con relación al agua, y según cifras de las Naciones Unidas y la Comisión Mundial sobre el agua para el Siglo XXI: 500 millones de personas en 29 países sufren escasez de agua, y 1.500 millones no tienen acceso a agua potable. La perspectiva es lánguida: en el 2025, 1.000 millones con escasez en 48 países y 2.500 millones para el 2050. Para el Instituto Internacional de Gestión del Agua (E.E.U.U.): la disminución afectará a una tercera parte de la población mundial en el 2025.¹⁸³

Nadie pareciera negar que las consideraciones ambientales son imprescindibles en las estrategias de progreso nacional e internacional, y, además, de una forma *permanente*. Sin embargo, no se ha resuelto cómo armonizar pro-

yectos colectivos de desarrollo, explotación económica, defensa del ambiente, equilibrio social y humano y disminución de la pobreza; un asunto verdaderamente importante que reclama una dosis muy amplia de reflexión.

Resulta aquí conveniente la identificación de dos dimensiones en la sostenibilidad: por un lado, la parte *ambiental* orientada al equilibrio con la naturaleza y, si se quiere, una de sus tareas: la conservación. Por el otro lado, una dimensión *humana*, orientada hacia la calidad de vida social. En general, lo que sintetiza ambas dimensiones es el ahora y el después. Las definiciones de desarrollo humano sostenible que se han acuñado en los últimos años, especialmente en la última década, hacen referencia a ésta combinación de dimensiones vitales para la preservación de la especie humana.

¿Globalización *versus* sostenibilidad? En general, la mundialización abre posibilidades extraordinarias para un tratamiento internacional y una mayor conciencia en torno al desarrollo humano sostenible posibilita acciones que en la época de la Guerra Fría (con las distorsiones ideológicas y geopolíticas) eran imposibles de tomar. No obstante, hay tendencias, también, contra la sostenibilidad. Primero: en muchos lugares, la ausencia de regulaciones institucionales estatales.¹⁸⁴ Segundo, asuntos más universales, nadie puede borrar el egoísmo como una de las características persistentes de naturaleza humana y la sociedad moderna de la que somos parte: sobrestimación las opciones individuales en detrimento de las solidarias socialmente. Dos factores que conspiran contra el desarrollo sostenible.

¿Progreso económico *versus* equilibrio ambiental? Debe reconocerse que existen proyectos de desarrollo nacional equivocados con un exagerado énfasis en la destrucción y utilización no recuperable de recursos naturales, en la ampliación de las contradicciones sociales y la generación de más pobreza. Esto constituye, también, otra amenaza. Pero debe añadirse otra cosa: la competencia multipolar o nacional. La competencia entre las naciones condujo incluso a guerras mundiales; en nuestro tiempo, las tensiones económicas y la dura competencia pueden conducir a un debilitamiento de la sostenibilidad, debilitar presupuestos, aumentar pobreza, disminuir opciones para los grupos del planeta menos favorecidos, debilitar acciones y recursos para el equilibrio ambiental. En aras de un posicionamiento económico más favorable *en el corto plazo*, se amenaza el futuro de todos.

¿Cuál es la clave para debilitar un crecimiento económico que desequilibra el ambiente? Una respuesta general está en la educación y la cultura ambientales. Pero debe añadirse a esto, y con gran relevancia, el conocimiento: *el uso de tecnología limpia*. Ahora bien, para los países desarrollados es más fácil recanalizar recursos para desarrollar tecnologías limpias, pues la situación no es la misma para los países menos adelantados o en vías de desarrollo, que tratan de sostener procesos de industrialización muchas veces con costos ambientales evidentes. Esos procesos de industrialización sucia se vuelven tantas veces instrumentos para aumentar las oportunidades individuales y colectivas de una nación. Y son difíciles de manejar por la comunidad internacional. Puesto en la perspectiva histórica larga, ¿cómo se le puede pedir a Brasil, China o a México que sus industrias no contaminen, cuando Inglaterra, por ejemplo, para lograr su prosperidad, a través de la Revolución Industrial, lo hizo extensamente? Sin la contaminante Revolución Industrial británica habría sido muy difícil lidiar con la presión demográfica y los problemas del desarrollo británico en el siglo pasado.¹⁸⁵ ¿Quién le pone el cascabel al gato? Toda esta situación coloca en primer término, una vez más, la colaboración internacional: la defensa del ambiente y la adopción de proyectos de desarrollo sostenibles y limpios, no pueden considerarse asuntos a tratar de manera aislada por cada país. La defensa ambiental ligada a los grandes problemas del progreso constituye una de las tareas estratégicas a abordar de manera global. Los países altamente industrializados deberán desviar sus propios recursos en alguna medida para favorecer planes de desarrollo internacional en armonía con el ambiente. Y se deben sacar las conclusiones pertinentes: asumir la necesidad de que países menos avanzados se salten etapas de su desarrollo a través de tecnologías más modernas proporcionadas por los países más industrializados. ¿Constituye esto una salida unilateral? ¿Un flujo del Norte al Sur, y no del Sur al Norte? Pensamos que no. El eje de la colaboración tiene una razón de fondo: producto del crecimiento poblacional y los avances en el manejo y utilización de los recursos naturales, la humanidad ha llegado a colocar en una delicada situación el equilibrio ambiental; esto amenaza a países ricos como a los pobres. Desde la contaminación, el calentamiento global, el debilitamiento de la capa de ozono, hasta la ruptura de los equilibrios en los ecosistemas, todos los factores de desequilibrio están en mayor tensión como producto del crecimiento humano.

Esta problemática invoca la responsabilidad colectiva, la colaboración internacional y una visión de largo alcance. Lamentablemente, estas actitudes parecen ir en contradicción con la lógica económica de la rentabilidad del capital y con los intereses de algunos grupos políticos dominantes internacionalmente. Sin embargo, la cultura y la educación entran en la ecuación a favor de la sostenibilidad: aparte de las tendencias negativas, debe reconocerse el desarrollo humano sostenible como un valor crecientemente aceptado como fundamental para el progreso de nuestras sociedades, una premisa cultural fuerte. Como lo hemos dicho en varias oportunidades, en la historia humana siempre conviven tendencias positivas y negativas: retos y oportunidades.

Nos parece pertinente para completar esta sección mencionar que en los últimos años se han dado importantes avances en la conceptualización del desarrollo y las posibilidades del progreso humano. Son relevantes las contribuciones del economista Amartya Sen,¹⁸⁶ recientemente galardonado con el Premio Nobel en su disciplina. Uno de los puntos interesantes consignados por el profesor Sen es la vinculación del desarrollo no solo a las necesidades que deben ser satisfechas en la población, sino a la adquisición de capacidades.¹⁸⁷ Las observaciones de Sen se refieren al modelo o enfoque de las necesidades básicas, que fue desarrollado durante los años 70 y 80 por una serie de economistas y políticos como Paul Streeten, Frances Stewart; con relación a esto afirma la necesidad de expandir el enfoque de las necesidades básicas incluyendo necesidades del tipo "autonomía, inteligencia, comunicación simbólica y convivencia en solidaridad".¹⁸⁸ En este tipo de orientación se establece una ética de las capacidades y no solo de las necesidades, que plantea una reforma de las necesidades clásicas como la libertad y los derechos o la justicia, con base en las capacidades humanas: un nuevo paradigma para el desarrollo, según la opinión del norteamericano David Crocker.¹⁸⁹

Las posibilidades del futuro

El progreso de la calidad de vida se ha convertido en un imperativo, un valor casi ético en el desarrollo internacional y, como tal, su ausencia solo puede representar una fractura del ordenamiento político y cultural de nuestro futuro. Pero que sea un valor en esta fase histórica no quiere decir que sea posible de realizar y que, más bien, debe plantearse como algo en perspectiva y en el

largo plazo, si se quiere, también: en el *tiempo generacional*. Puesto en otros términos: no está claro que, en el corto o en el mediano plazos, el valor del desarrollo humano sostenible esté por encima de otras premisas menos relevantes para el destino humano presentes en nuestra vida social, como el posicionamiento económico. Incluso, a pesar del fin de la Guerra Fría, la ganancia geopolítica sigue estando por encima de ese valor, es innegable.

En perspectiva, el afianzamiento de los polos-bloques ofrecerá posibilidades de desarrollo mayores a sus miembros y a quienes en el mundo menos industrializado logren integrarse a ellos de alguna forma. La realidad, sin embargo, es que muchas naciones y regiones no podrán integrarse apropiadamente a ninguno de estos bloques.

No parece razonable esperar una etapa de cambios estructurales, económicos o financieros internacionales que beneficien substancialmente a los países en desarrollo. Es decir, a pesar de las grandes posibilidades que ha abierto la globalización y el nuevo contexto histórico, las naciones en desarrollo no podrán esperar un apoyo substancial del mundo industrializado en el corto y el mediano plazos; en el largo: todo es hipotético. No obstante, se ha ido avanzando hacia ciertas "reglamentaciones" y a una atmósfera que benefician al mundo en desarrollo, como marcos más libres, de verdad, para el comercio internacional. Pero eso es todo.

¿Existe una clave para el progreso de los países en desarrollo? Lo único que pareciera evidente es la urgencia de estrategias lúcidas de desarrollo local asumiendo puntos socioeconómicos fuertes, amplia disciplina nacional y uso inteligente del contexto y las nuevas oportunidades que éste ha brindado. La prescripción que hace Oscar Arias para Costa Rica bien puede ser un punto de partida aplicable a muchas naciones:

“En síntesis, mi primera y más segura predicción sobre el futuro de Costa Rica apunta a hacia la ineludible inserción de nuestra sociedad en una hipersociedad global que no nos garantiza ni la piadosa contemplación de nuestro pasado, ni el respeto desinteresado a la identidad que queremos atribuirnos. Para sobrevivir dentro de ella, vamos a depender de nuestra capacidad para adaptarnos a los tiempos nuevos, de nuestra habilidad para ser flexibles y de nuestra creatividad política”.¹⁹⁰

Todo esto implica un extraordinario reclamo social y responsabilidades mayores para los países del Sur en lo que se refiere a desentrañar el contexto histórico, sus tendencias positivas y negativas, sus posibilidades en el largo plazo y para lograr manipular este contexto en su beneficio. Visto de otra forma, el reclamo intelectual, político y social de los países del Sur es mayor que para el Norte, y obliga a avanzar tres pasos adelante cuando antes, tal vez, se obligaba a menos.

Una idea parece absoluta en este escenario: si la información, el conocimiento y la comunicación son ejes del contexto histórico actual, son ellos quienes configurarán las diferencias en el desarrollo de la humanidad y establecerán con claridad los objetivos y la agenda para los países del Sur, y esto convoca –con mucho relieve– a la cultura y la educación.